LEON BLOY

Cartas a Maritain y Van der Meer

EDITORIAL MUNDO MODERNO

LEON BLOY

CARTAS A MARITAIN Y VAN DER MEER

Prefacio de Moisés Alvarez Lijó

2a. Edición

EDITORIAL
MUNDO
MODERNO

Título del original en francés:

LETTRES A SES FILLEULS
JACQUES MARITAIN ET PIERRE
VAN DER MEER DE WALCHEREN

Traducción de M. M. de C. N.

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA
LA LEY DE PROPIEDAD INTELECTUAL 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINA

JACQUES Maritain ha dicho: "Para mí la vida se divide en dos partes: la que precede y la que sigue al encuentro de León Bloy".

Maritain.

El jalón se explica: Maritain, junto con su joven esposa, Raïssa, se había formado, filosóficamente, en el ambiente cientista de la Sorbona. De origen protestante él, y judío, ella, buscaban, empero, ansiosamente la Luz. La entrevieron a través de Bergson (años más tarde Maritain habría de dedicar un libro al maestro, con su "Filosofía bergsoniana") pero sólo la hallaron a través de Bloy a quien conocieron leyendo sus libros "La Mujer Pobre" y "Cuatro años de cautiverio". Le entrevistaron tras la lectura, en 1905, y la amistad que desde entonces les unió fué canal para la gracia: un año después Jacques y Raïssa recibían el bautismo y entraban en la Iglesia. Poco después el joven filósofo y su esposa partían para Heidelberg, donde permanecieron dos años. Parte de las cartas que se recopilan en este volumen corresponden a esa época. Los esposos Maritain residen actualmente en los Estados Unidos, en cuya Universidad de Princenton Jacques es profesor.

Van der Meer.

Pierre van der Meer, el otro destinatario de esta correspondencia, es también ahijado de León Bloy. Fué bautizado, con su hijo Pierre-León, en 1911. El diario de su conversión se conoce en nuestra lengua con el título de "Nostalgias de Dios". Desde entonces ha publicado varios libros, difundiendo en Holanda los principios y las bellezas de nuestra fe.

Bloy.

El autor de la correspondencia es también, en cierta manera, un convertido, pues, si nacido en el catolicismo, habría de tardar cuatro lustros en reconocer a Cristo. Nacido en 1846 en Perigueux (Francia), tras una adolescencia borrascosa abandonó el hogar y marchó a París.

Era el segundo de los siete hijos de un ingeniero de caminos, prototipo del burgués pacífico y laico cuyas únicas deidades son el trabajo y el deber.

Su madre, española, era en cambio devota mujer cuyas virtudes cantó el hijo en muchas de sus emotivas páginas.

Su herencia romántica está pintada así: "De su madre, muerta hacía ya mucho tiempo, había heredado el romanticismo ridículo de origen español, común, por otra parte, a toda esa clerigalla cuyas idénticas fechorías pueden leerse en casi todas las novelas anticlericales".

Su temperamento ardiente e inquieto, en un hogar de cónyuges tan contradictorios, le granjeó una niñez desdichada.

Alumno poco notable y estudiante indócil, a los dieciséis años lavaba capiteles dóricos, junto a su padre, mientras estudiaba piano y dibujo. No resistió estas disciplinas y abandonó el hogar, en dirección a París. A los dieciocho años, devorado por las pasiones, perdía su fe. Durante la revolución de la "Commune", en 1871, llegó a ser su único pensamiento el odio a Jesús y a su Iglesia.

El escritor.

De su iniciación literaria ha dicho: "Solo, casi sin esfuerzo, aprendió en dos años lo que la tiranía embrutecedora de todos los maestros de la tierra no hubiera podido enseñarle en medio siglo. Se encontró de pronto saturado de letras clásicas y comenzó a soñar con un porvenir literario".

Bloy es, sin embargo, el gran fracasado, el hombre que destinado a un tranquilo bienestar burgués se arroja a la bohemia literaria y salta de una administración ferroviaria a una notaría, y de una plaza de ingeniero a la redacción de

"L'Univers". Las pasiones juveniles más que hacerle perder la fe, se la esfuman. Con un sueldo de cien francos mensuales se coloca al servicio de un arquitecto. Cae en sus manos "Nôtre Dame" y comienza a devorar libros, de toda laya y sabor. Un día, en una librería tropieza con el poeta Barbey d'Aurevilly, ya anciano, que sin ser modelo de cristiano resulta instrumento de la Providencia para convertir a Bloy. Y el literato del catolicismo brillante y externo es, sin embargo, la débil y potente palanca con que el Señor levanta de nuevo y para siempre la fe de León Bloy. Es el tesoro que no concluirá de agradecerle al poeta, a quien, por eso mismo, se empeña en elevar de su cristianismo formal.

Ese encuentro fijó la ruta definitiva. Comienza a estudiar las Escrituras y merodear por las redacciones.

Y cuando, tras de conocer, se propone retratar a los intelectuales de su época, lo hace con el estilete frío que muestra su corte en esa cena de artistas que describe en El Desesperado, *libro que más que una novela social o un drama de miseria, es la puesta en romance de las admoniciones bíblicas, la traducción al lenguaje contemporáneo, en el estilo vibrante que requieren las pústulas de la época, de la única fórmula capaz de detener a un mundo que despedazado por odios y ambiciones marcha hacia la desintegración.*

El doliente.

Dueño de una inteligencia vivísima, conocedor de todos los estilos, géneros y escuelas, inclinado por temperamento a la censura, su condición casi nata de crítico literario fué aprovechada por la prensa de todos los matices que retribuía malamente sus joyas literarias y concluía por despedirlo aterrorizada por la cruda sinceridad con que León Bloy fustigaba a los autores. Ni "L'Univers", el diario católico de Luis Veuillot, se salvó de sus brulotes incendiarios. Frecuentaba a Daudet, Richepin, Paul Bourget, Hello, Feval; pero la amistad tampoco compra su pluma; y cuando se presenta la oportunidad de hacer la autopsia intelectual de los popes *de las letras en Francia, esgrime sin vacila-*

ción, con valentía y crudeza, el estilete y muestra la calidad de cariátides de quienes pretenden sostener el monumento de la cultura latina.

Con la misma violencia con que se había hundido en el fango, León Bloy se arroja en brazos de Jesús para no abandonarle más. Su milicia ha de ser sangrante y dolorosa. No le ha deslumbrado la liturgia ni le ha cautivado el contenido social del cristianismo. La gracia le ha ganado. Y ha de ser así, compañera inseparable de su vida, la pobreza. Más aún, la miseria. Paupérrimo, harapiento, habrá de observar un día a un amigo que le visita en su covacha y pisa la única alfombra deshilachada que la cubre: "¡Cuidado, estás pisando mi cama!"

"La Mujer Pobre".

Por eso cantará a la pobreza; y escribirá La Mujer Pobre *donde en ráfagas violentas pasa del misticismo emotivo con que retrata las lágrimas de Nuestra Señora, a la descripción de ambientes fétidos que nada envidian en color y precisión al realismo de su época. Panorama sórdido de donde arranca a un ángel cuyas vestiduras no habían conseguido salpicar todas las inmoralidades que las acecharon. Con él hace el protagonista su hogar, sombrío y miserable en el aspecto físico hasta anidar en un muladar, pero cuyas sólidas bases morales habían de permitir el surgimiento de la mujer fuerte, de la* mujer pobre *en su indigencia material y riquísima en virtudes hasta ser "la cristiana viviente y fuerte que ha comprendido que no hay, sobre todo para la mujer, sino un medio de estar en contacto con Dios, y que ese medio absolutamente único, es la Pobreza".*

Bloy no conoce los términos medios. El mismo lo dice: Un catolicismo especulativo no puede satisfacerme. *Cuando su camino toma la ruta de la Cruz, va a Dios en línea recta, sin importársele los obstáculos que la sociedad, la* contemporización *o la* urbanidad *saben poner en la senda del Calvario. En una de sus cartas dice: "No hay nada verdadero sino lo absoluto. El ideal es el martirio y cuando se tiene*

sobre la cabeza la aureola sobrenatural de la Fe, para llevar dignamente la diadema, es preciso tener fuerza de virgen, impecabilidad de sacerdote y santidad de patriarca". Y él, que pasa muchos días sin otro alimento que la comunión, porque no quiere vender su pensamiento ni aún en los diarios que ofician de católicos, lo sabe y lo practica. Le repugna la vanidad de Luis Veuillot, director de "L'Univers". Lo retrata en estas líneas: "El —él y nadie más— es el portaestandarte de la Verdad católica. Hace labor y dice cosas para las cuales es preciso ser héroe, y el señor Veuillot no es un héroe. Está rodeado aquí de una tropa de personajes bastante mediocres que le adoran de rodillas las veinticuatro horas del día. Yo he demostrado que no adoraba más que a Dios, y esto ha disgustado".

León Bloy sale, lógicamente, de "L'Univers", donde tenía a su cargo la crítica literaria y donde sus artículos, tajantes y severos, habían entusiasmado a muchos, disgustado a otros y sorprendido a todos. Pasa a "Restauración", hoja legitimista a la que define, en carta a Barbey d'Aurevilly, con su habitual estilo: "Esta basura legitimista cuesta un franco".

Narra su amargura:

"Más que nunca fué entonces un desesperado, pero uno de esos desesperados sublimes, que lanzan su corazón al cielo, como un náufrago lanzaría toda su fortuna al océano para no zozobrar por completo antes de haber, por lo menos, entrevisto la orilla."

La guerra del 70 pone una mochila sobre sus hombros. Pero la disciplina militar no consigue modificar su carácter. Se permite censurar a un capitán que ha autorizado un duelo; y el soldado valiente recibe trato de degradado.

Sufre una crisis de vocación. Entra en la Trapa. Pero, como lo explica, "no tenía, sin duda, vocación cenobítica. Dos años antes, después de la muerte de su hijo, le había tentado el propósito de ingresar en la Trapa y llegó a someterse a prueba en la Casa de Dios. Pero la experiencia, aunque muy bien realizada, dió un resultado tan rotunda-

mente negativo que le dijeron sin reparo que la excesiva actividad de su imaginación no condecía con la arquitectura rígida y piadosa del acéfalo llamado trapista."

La tristeza del mundo

Dolorido por el fracaso en su intento monacal, vuelve al mundo. Confiesa su tristeza en estas líneas: "no habiéndome honrado Dios con vocación sacerdotal —escribe— tuve que buscar el camino en un mundo que no me gusta, con la enorme desventaja de ser apasionado por lo que desprecio."

Este apasionamiento ha de llevarle a la mujer. Lo confiesa en esa especie de autobiografía velada que es El Desesperado. *Va al arroyo y consigue rescatar de él un alma amada. La pasión y el amor se entremezclan en el drama, como se unen el espíritu y la carne. Y como coro crucial a esta existencia, la miseria sórdida y tangible, con su arpegio de sufrimientos, sigue tañendo su campana. "He vivido cuatro meses —cuenta— encerrado, sin recursos, con una hermana queridísima que se había vuelto loca y cuyo estado me veía precisado a ocultar, escribiendo bajo la amenaza del fuego y del cuchillo, artículos a cinco céntimos la línea; he disputado a los guardianes del anfiteatro el cadáver ya despedazado de una pobre muchacha que no me había sido posible salvar de la solicitud del señor Quintín.*

Vuelto al mundo encuentra, en el Barrio Latino, a Ana María Roulet, descripta en sus novelas como Verónica Cheminot.

Miseria y dolor

En el muladar en que se hospeda mueren, quizá de hambre y de frío, sus dos hijitos varones. El dolor le afianza en la fe. Y cuando escribe El Desesperado, *en 1886, no es la suya una desesperación delicuescente, a lo Rousseau o a lo Byron, sino una desesperación aguda y vigorosa que no se debate en la impotencia sino que se sublimiza por la fe. Es la desesperación del profeta que ve desplomarse una civilización que se llama cristiana y bastardea su nombre*

porque ha abjurado a Cristo. "Lamentación en torno al Christus vincit, *es un grito de angustia para apresurar el advenimiento de la justicia que es el amor", ha dicho Colleye. En efecto, a pesar de la crudeza del relato, cuya horrorosidad en ciertos pasajes ha llegado a lamentar su mismo autor, ese libro, como* El mendigo ingrato, *como* La mujer pobre, *como* El Peregrino de lo Absoluto, *tiene cadencias proletarias y anatemas de fuego contra la injusticia social. Pero León Bloy no es un anarquista de escenario que reduzca el problema de la miseria a ecuaciones económicas o lo traduzca en postulados políticos. Sabe que el problema social es, en última instancia, un problema moral. Y que la suma de los tratados de economía política y todas las especulaciones de la tecnocracia resumidas en estatutos y programas son incapaces de resolverlo porque carecen de la sublime fuerza moral contenida en uno sólo de los versículos del Sermón de la Montaña.*

Esas mismas ráfagas hirientes arrullan al lector cuando León Bloy describe las lágrimas de Nuestra Señora en El Simbolismo de la Aparición, *en el canto emotivo que descubre la divina impaciencia de un hombre en busca de Dios.*

"El simbolismo de la aparición"

El Simbolismo de la Aparición *proporciona una magnífica lectura espiritual que nos presenta a un León Bloy dulce y sereno. Fué escrita a los treinta años del nacimiento del autor y de la aparición de la Salette, que por designios de la Providencia coincidieron. Sin embargo no se publicó nunca en vida de León Bloy. Apareció como obra póstuma, publicada por su esposa, Juana de Bloy, en 1925. Había sido escrita a raíz de una peregrinación al santuario, por sugerencia del abate Tardiff de Moidrey. Es una refutación histórica y teológica de los ataques llevados por el anticlericalismo liberal. Dos desgarrones espirituales la interrumpieron: la muerte del abate y la locura de su amada Verónica.*

Pero también incidió en la suspensión de este libro la crítica de hereje, que le prodigó la "Universidad Católica"

de Lyon, acusándole de anunciar la próxima encarnación del Paráclito. *Bloy se defendió con su natural energía y renovó su fidelidad a la Iglesia. Pero el libro, este maravilloso canto a Nuestra Señora que debían integrar 400 páginas, quedó reducido a las 150 iniciales y engavetado. Y bastan ellas para encontrar, sin las asperezas de sus otros volúmenes, al juglar cristiano que emerge de la miseria que le rodea y entona uno de los más maravillosos himnos que han sido escritos en alabanza de Nuestra Señora.*

El incomprendido

Como todos los grandes, Bloy ha sido calumniado unas veces, tergiversado otras, incomprendido las más. Delfina Bunge de Gálvez ha sido quizás el primer escritor argentino que conoció y comprendió a León Bloy. Cuando sólo Rubén Darío o Pablo Rojas Paz lo elogiaban, la Señora de Gálvez vió en el Viejo de la Montaña *algo más que un espantador de burgueses.*

Habían de pasar, no obstante, muchos años hasta que se difundieran los trenos de este profeta irascible.

Recién a cinco lustros de su muerte, comienzan a traducirse a nuestro idioma sus libros, tajantes, amargos y violentos pero consoladores en su mística orientación y penetrantes por la agudeza y vigor de su verbo incomparable.

Tras las ediciones españolas —y siempre en América, donde paradójicamente parece apreciársele más— surgen las versiones inglesas que en los Estados Unidos empiezan a descorrer el velo tendido sobre su existencia.

Pregón de la verdad

Parece que hubiéramos temido la desnuda sinceridad con que León Bloy gritó su Verdad, que es la nuestra. Hace casi veinte años, sin embargo, Maritain nos habló en Buenos Aires, con emotivo acento, del insigne escritor francés a quien, con Pierre Termier, Van der Meer y otros intelectuales franceses, debía mucho de su conversión. Las palabras de Mari-

tain se recogen en un folleto que publicaron los Cursos de Cultura Católica. Poco después Delfina Bunge de Gálvez, que hizo comprender el valor profético y literario de Bloy, daba a estampa su libro En torno a León Bloy. *Refunde en él aquellos artículos que escribiera sobre el* Peregrino de lo Absoluto. *Relata su primera impresión, al leer* Celle qui pleure *y su empeño en solicitar a París los otros libros que se desconocían en Buenos Aires. Resalta la ortodoxia de Bloy, acusado de hereje por quienes no interpretaban sus arrebatos y su verba apocalíptica. Muestra cómo la intransigencia del* Mendigo Ingrato *no era sino efecto de su gran optimismo. Señala las diferencias que le distinguen de Hello y de Huysman, los otros dos grandes escritores católicos que se destacaron en Francia. Comprende la luminosidad de Bloy y su arte, no sólo de escribir, sino de hacerse leer. Recuerda que si disonaba con los católicos timoratos de su tiempo y era despreciado o burlado por sus contemporáneos frívolos (que sin embargo le leían para gustar su estilo demoledor), llegada la guerra, fué el único escritor francés que podía hacerse escuchar sin que el ruido del cañón ahogara las palabras, sin que éstas fueran irrisorias ante aquel dolor. Bajo la metralla y el fango eran estúpidas las superficialidades bonitas de Anatole France y las complicaciones amatorias de las heroínas de Paul Bourget. Sólo Bloy quedaba en pie, como ante el Sinaí. Lo mismo ocurre hoy, tras la segunda conflagración; y ello explica el interés que sus obras despiertan. No falta, en este inteligente y sentido reflejo del escritor francés, una consideración sobre su mística, que la autora considera muchas veces imaginativa y nunca doctrinaria. León Bloy, por otra parte, era hijo fidelísimo de la Iglesia y su exaltación nunca, ni remotamente, puede considerarse soberbia. Bloy, como dice su hija, fué el "perro del rebaño", el que no reemplaza, pero ayuda al Pastor, el que a veces, para apartarlas del lobo, debe dar una que otra dentellada a las ovejas, a fin de volverlas al redil.*

En L'Ame de León Bloy, *Hubert Colleye ha acometido la empresa —difícil como una ascensión al Aconcagua— de sondear esta figura torturada y flamígera. No ha reducido su libro a una biografía vulgar o a especulaciones más o*

menos abstractas de su pensamiento filosófico. Ha ido a la raíz misma del asunto. Ha registrado la correspondencia íntima del Desesperado, *los diarios y epístolas que los editores circunspectos no se atreven siempre a publicar. Y sin procurárselo, ha logrado diagramar el pensamiento y el sentimiento vivo del profeta.*

Dice Colleye que encontró a un hombre marcado con la cruz, un hombre que era más bien una cruz sombría y luminosa. Y que a él debía esta confesión, porque él había abierto literalmente sus ojos. Quiso con la colaboración de la viuda del maestro, hurgar en sus pasajes y trazar la génesis de El Desesperado, *el primer gran libro de Bloy. Y ordenando sus papeles íntimos y su correspondencia, Colleye va abriendo ante los ojos del lector la infancia sufrida de Bloy, amado por su madre, incomprendido por su padre.*

Casi simultáneamente apareció Mission de Leon Bloy, *escrita por Stanislas Fumet, director de* Temps Presents, *periódico demócratacristiano de París. Fumet demuestra que el mentado orgullo de León Bloy no fué sino una ilimitada confianza en su elección espiritual.*

Se conoce también una Introducción de León Bloy, *de Pierre Termier, el sabio geólogo que despertó al catolicismo leyendo una página de* La Mujer Pobre.

Rica ya la bibliografía sobre León Bloy es de esperar que sigan vertiéndose a nuestra lengua las imágenes maravillosas de este profeta del siglo XIX, que odiado por los cómodos partidarios del justo medio, *temido por los cristianos tibios, respetado por los intelectuales, admirado por los artistas y amado por los fieles hijos espirituales —que merced a su palabra y a su vida de asceta renacieron a la Fe—, murió en 1917, en la santa pobreza en que había vivido siempre.*

La correspondencia que integra el presente volumen es muestra de ese estilo y de esa fe. Sus destinatarios son testigos y partícipes de ella a la que llegaron, para honrarla con facturas literarias y filosóficas, por providencial designio, merced al espíritu batallador y magnífico del peregrino de lo Absoluto.

MOISÉS ALVAREZ LIJÓ.

CARTAS A
JACQUES Y RAÏSSA MARITAIN

Al señor Jacques Maritain.

París, 21 de junio de 1905.

Señores (o señor y *señorita,* porque ese nombre "Raïssa" me sorprende y desconcierta):

La carta de ustedes, tan simple y afectuosa, me ha emocionado sobremanera.

Nada me cuesta declarar que los veinticinco francos llegaron oportunamente. Esa mañana había tenido que pedir prestada una pequeña suma al peluquero, para el almuerzo de mi mujer y mis hijas.

Nada de *temerario* hay en el hecho de aspirar a mi amistad. Si son ustedes almas vivientes, como presumo, cuenten desde ya con el cariño de este viejo hombre de dolor, que estará encantado de conocerlos.

En la nómina de mis libros que dicen ustedes haber leído, no he encontrado ni *El mendigo ingrato* ni *Mi diario.* Tengo el gusto de ofrecerles estas obras, que les llegarán por correo probablemente mañana. Podrán observar que esos libros y *Cuatro años de cautiverio* forman una trilogía. Es el relato ininterrumpido de diez años de mi espantosa vida. Léanlos, pues, y háganme saber sus impresiones. Mi único

salario, o poco menos, es el sufragio de algunos seres amados de Dios que se acercan a mí.

El mes próximo cumpliré los cincuenta y nueve años, y lucho todavía por mi pan; sin embargo, he podido socorrer y consolar a muchas almas, y esto es un paraíso para mi corazón.

De ustedes,

LEÓN BLOY.

Próximamente aparecerá mi nuevo libro *Beluarios y porquerizos*, editado por Stock. Quizás salga a la venta esta semana.

*
* *

París, 23 de junio de 1905.

Queridos amigos:

A pesar del gran deseo de verlos, nos vemos obligados a pedirles que posterguen la visita de pasado mañana, sábado. ¿No podrían venir el domingo, a cualquier hora de la tarde? Si así fuera, no necesitarán escribirme. Estaremos en casa, con toda seguridad.

No hay para qué decirles con qué emoción hemos recibido los cincuenta francos. He ahí la explicación de mi vida extraordinaria.

He venido al mundo en una época enemiga del Arte y del Pensamiento; por lo tanto, privado del salario de mis trabajos, debo subsistir forzosamente de lo que Dios me da, en una especie de milagro continuo. Así hemos vivido desde nuestro casamiento en 1890, en constantes angustias de muerte. Ya lo verá cuando lea los tres tomos de mi diario. Pero

sabemos que el sufrimiento, y hasta a veces el gran dolor, es bueno para nuestras almas. Mi arte de escribir es como una flor en un abismo. *"Cada uno de mis libros es una confesión arrancada por la tortura"* (Prefacio de *Mon Journal*).

¿Podría un hombre feliz haber escrito un libro como *La mujer pobre*?

He ahí la razón por la cual puedo influir sobre algunas almas semejantes a las de ustedes. Las hay pocas, infinitamente pocas en este tiempo del deporte y del automóvil. Cuando aparecen una o dos, Dios se apresura a enviármelas. Así nos hemos conocido, queridos amigos.

Vengan, pues, el domingo o cuando les parezca bien. Los esperamos con amor.

De ustedes,

LEÓN BLOY.

Itinerario. Tomar el ómnibus que va de la plaza del Odeón a la de Clichy, y bajar en ésta. De allí seguir hasta la plaza Saint-Pierre y tomar el funicular, que en cinco minutos lleva al Sacré Coeur. Después de subir unos diez escalones, cruzar el atrio de la Basílica y seguir hasta el Nº 40 de nuestra calle.

*
* *

París, 28 de junio de 1905.

Queridos amigos, queridos ENVIADOS:

Mi mujer les escribió ayer. No tengo mucho que agregar a lo que les dice ella, pero conviene que no guarde silencio.

Aquí los queremos mucho ya y se siente que nos han sido ustedes *realmente enviados,* como acabo de expresarlo.

Parecería que necesitábamos los unos de los otros, y que la hora ha llegado.

Pero quisiera verlos en su casa. Me expresaron su deseo de que almuerce con ustedes un día. ¿Podría ser mañana? Estaré en la calle Jussieu a las once. Esta carta les llegará esta tarde, lo bastante temprano, espero, para darles tiempo de contestar si no pueden recibirme.

A otra cosa. Tendría necesidad de un ejemplar de *Sudor de sangre,* para obsequiarlo a una persona que quizás consienta en hacer una nueva edición. La resonancia de una obra de esa índole parece estar asegurada de antemano en estos momentos en que todo el mundo habla de guerra con Alemania. Debo ver a esa persona el sábado. Sería conveniente y ventajoso para mí poseer el libro ese día y no sé cómo procurármelo.

¿Podrán ustedes ayudarme también en eso?

Les estrecha afectuosamente la mano este Mendigo de ustedes.

LEÓN BLOY.

*
* *

París, 12 de agosto de 1905.

Querida amiga:

Acabo de recibir su copia. ¿Cómo agradecerle? ¡Ha realizado usted semejante trabajo para mí! ¡Ha agregado esa fatiga a su sufrimiento de enferma! No puedo sino bendecirla desde el fondo de mi corazón, como todos los viejos pobres.

Su copia no ha llegado demasiado tarde, como tampoco

su amistad. Son ustedes de aquellos que nunca llegan tarde, mis buenos amigos. Dios sabe lo que hace, y los tenía en reserva para este momento de mi vida dolorosa; para éste y no para otro.

Perfectamente seguro de que *todo lo que sucede es adorable,* pienso simplemente que estaban ustedes designados, de una manera muy particular, para traerme un poco de juventud al entrar en mis sesenta años.

Debilitado por la edad y padre de las dos deliciosas criaturas que usted ya conoce, deseo, como es natural, una existencia menos difícil, aunque es mi esperanza obtener la gracia de no ser nunca rico, pues sé que sólo los pobres tienen el poder de dar el Paraíso.

Suyo,

LEÓN BLOY.

Le ruego salude afectuosamente a su hermana Vera, de quien tengo el más dulce recuerdo.

Mi mujer y mis dos hijitas la abrazan con cariño.

*
* *

Agosto 16 de 1905.

Mis queridos Jacques y Raïssa:

Recibí la carta de ustedes por la mañana y debí despachar esta contestación esa misma noche, pero me vi obligado a correr con verdadera angustia durante varias horas, no para nosotros, sino para otros a quienes no debo ni quiero abandonar. Como no tengo dinero para dar, doy mi tiempo y mi fatiga. Doy también los latidos de mi corazón, esfor-

zándome por reprimir los ímpetus de la más justa cólera. Pasamos, una vez más, por una crisis de enorme tristeza: he ahí todo. Por suerte, la vida es corta.

Verónica está mejor. El médico asegura que no es cosa grave. No me he afligido mucho, además, porque tengo la seguridad de que, *en cierto modo*, hemos pagado *dos veces* lo que teníamos que pagar.

Ya les he dicho en distintas ocasiones que la amistad de ustedes es un hallazgo maravilloso en estos tiempos y en estas circunstancias. Han llegado tan oportunamente, que ello bastaría para demostrar la Providencia.

El amigo de quien les hablé, mi fiador, pertenece a la especie de aquellos que son perfectos mientras no se les pide un sacrificio, mientras no llega el sufrimiento. Cuando pasa este límite, *abeunt tristes*, como el joven rico del Evangelio. La carta *triste* ya llegó, espero con angustia la carta furiosa. Es evidente, por otra parte que no se puede andar por mi camino sin sufrir.

Podía haberme escrito: "Sea, consiento en llevar una parte de su carga, mi querido Bloy". ¡Qué dulces hubieran sido estas cristianas palabras! Pero el sufrimiento es demasiado hermoso para ser deseado.

Me hablan ustedes de quinientos francos. Lo mejor es que ustedes mismos le envíen los trescientos francos a X, para ganar tiempo. Es sabida la horrenda exactitud del banco, de manera que hay que estar seguro de contar con la suma a más tardar la víspera, es decir, tener en la mano ese instrumento de tortura el miércoles treinta de este mes. Los otros doscientos francos nos los remiten a nosotros. Servirán para cumplir a medias con el panadero, el carnicero, el almacenero y el proveedor de vino, un buen hombre, felizmente,

con quien ya tenía una deuda antes de recibir la última remesa, que se está terminando. ¡UF!

Hace tres días que Juana, viéndome cansado y triste, tuvo la caridad de sentarse al piano y tocar para mí la sublime *Marcha Fúnebre* de Chopin. Usted conoce eso, Raïssa. Ese canto doloroso, esa súplica, ese clamor del alma desolada, actúa sobre mi corazón de una manera poderosa, lo he sentido una vez más. Hemos llorado juntos, admirando nuestro magnífico destino de tormentos y humillaciones.

Esta especie de embriaguez se la hará sentir, poco menos que en cada página, Ana Catalina Emmerich, que fué, sin saberlo, una de las más grandes artistas del mundo. Lloro al pensar que un día estaremos todos juntos en la Luz.

Jacques y Raïssa, les ruego vuelvan a leer en *Mi diario* la carta al matemático. Nada he escrito que me haya satisfecho tan ampliamente.

Los abrazo a los dos con ternura.

LEÓN BLOY.

*
* *

París, agosto 25 de 1905.

Querida amiga Raïssa:

Para comenzar, sólo puedo decirle lo mismo que escribía el 29 de junio de 1903 *(Cuatro años de cautiverio)* a un pobre músico que también me había hablado con entusiasmo de *La salvación por los judíos:* "Es usted, entonces, verdaderamente mi hermano y verdadero amigo de Dios. *El que ama la grandeza y ama al abandonado, reconoce la grandeza donde ella existe.* Esta magnífica frase es de Ernesto Hello, que fué un abandonado".

Raïssa, usted debe ser verdaderamente mi hermana, para haberme hecho esta caridad. Cuando se ama *La salvación,* se es forzosamente mucho más que un amigo, pues este libro es poco menos que inaccesible; representa, en un sorprendente resumen, años de trabajo, de oraciones y de dolores imponderables.

Declaro con toda ingenuidad que en esa época, en 1892, yo esperaba que algunos hebreos ilustrados y profundos comprenderían la importancia de este libro cristiano —*paráfrasis del sublime capítulo XI del judío San Pablo a los Romanos*— el *único,* al cabo de diecinueve siglos, donde una voz cristiana se haya hecho oír en favor de Israel, afirmando con la ciencia y la elocuencia necesarias que las promesas divinas no se prescriben y que todo debe pertenecer, al fin de cuentas, a la Raza que ha engendrado al Redentor.

Me equivocaba. Los judíos demostraron ser tan imbéciles como los cristianos, unos y otros triturados por el rodillo de un poderoso cretinismo.

Además, este libro ha tenido la peor suerte, usted lo sabe. Sin embargo, aún se podría hacer algo. Bastaría que un judío no idiotizado por el dinero y capaz de ver y de sentir la excepcional validez de semejante testimonio, realizara, por sí mismo o por sus amigos, la liberación, el rescate de ese papel impreso, ridículamente estancado en Gentilly entre los enseres de un taller de plomero.

Desde el punto de vista *práctico,* que no es precisamente el mío, el negocio podría ser bueno, pues se cuenta con trabajo hecho y se evitaría al mismo tiempo la competencia. Sólo habría que cambiar las tapas y reimprimir la primera página para tener una nueva edición.

Búsqueme eso, querida Raïssa. Hace diez años que su-

fro por esta relegación del más hermoso de mis libros, y le aseguro que éste es uno de mis dolores más refinados.

Ahora voy a tratar de responder a la parte más seria de su carta. "No soy cristiana —dice usted—. Sólo sé buscar gimiendo". ¿Por qué continuar buscando, amiga mía, si *ya ha encontrado?* ¿Cómo podría usted amar lo que escribo si no pensara y sintiera como yo? No sólo es usted cristiana, Raïssa; es una ferviente cristiana, una hija amadísima del Padre, una esposa de Cristo al pie de la Cruz, una servidora amorosa de la Madre de Dios en su antecámara de Reina del mundo...

Sólo que usted no lo sabe, o más bien, no lo sabía, y para que lo sepa, me ha sido usted enviada.

A la espera de que haya realizado usted ciertas cosas fáciles y suaves que Jesús le pide sangrando en la Cruz, puede *comulgar* por mí. Me dice usted que está triste porque no lo puede hacer. Es un error. Todo se puede. Naturalmente, no le es permitido recibir el Cuerpo de Cristo, invisible bajo la especie sacramental; pero puede recibirlo —más invisible aún— *por el deseo,* y existen millones de criaturas maravillosas que se ocupan únicamente de pedir, con sollozos espirituales, que tenga usted ese deseo.

La importancia, la DIGNIDAD de las Almas, es inexpresable, y las almas, de ustedes Jacques y Raïssa, son tan preciosas que fué necesaria la Encarnación y el suplicio de Dios para rescatarlas, lo mismo que la mía.

Se vive entre lugares comunes y brutalidades. Creo que lo mismo sucede a orillas del Don que en Francia, en Dinamarca o en Inglaterra. El Paraíso perdido, es decir, la Caída, es en todos los países cultos *una leyenda* agradable o me-

lancólica, según los temperamentos: en el fondo, un divertido embuste...

Mire a su alrededor, contemple en las lejanas montañas, en todos los horizontes, esas cabezas pánicas, esos millones de fisonomías de horror y de dolor, en cuanto se habla de la Caída y del Paraíso perdido. Es el testimonio universal de la conciencia de los hombres, el testimonio más profundo, más invencible.

Sólo existe un dolor, el de haber perdido el Jardín de voluptuosidad, y no hay más que una esperanza o un deseo: el de volverlo a encontrar. El poeta lo busca a su manera y el más abyecto libertino a la suya. Es el único objeto. Napoleón en Tilsit y el inmundo borracho tirado al borde de un arroyo, tienen exactamente la misma sed. Necesitan del agua de Los Cuatro Ríos del Paraíso. Saben instintivamente que nunca se paga eso demasiado caro. *Empti estis pretio magno*: habéis sido rescatados a gran precio. Esto, mis amigos, es la Llave de todo en lo *Absoluto*. Hemos sido rescatados, como valiosísimos esclavos, por la ignominia y la tortura voluntarias de Aquel que ha creado el cielo y la tierra. Cuando se sabe eso, cuando se ve, cuando se siente eso, se es como Dioses y no se deja de llorar.

Su deseo de verme menos desgraciado, mi buena Raïssa, es algo que estaba muy profundamente en usted, en su ser sustancial, en su alma, que Dios alienta desde mucho antes del nacimiento de Nacor, abuelo de Abraham. Es estrictamente el deseo de la Redención, acompañado del presentimiento o de la intuición de lo que ella ha costado a Aquel que podía pagar. Esto es el cristianismo, y no hay otra manera de ser cristiano.

Arrodíllese, pues, al borde de este pozo y ruegue por mí de esta manera:

"Dios mío, que me has rescatado a tan alto precio, te ruego muy humildemente que me unas en fe, en esperanza y en amor con este pobre que ha sufrido en tu servicio, y que sufre quizás, misteriosamente, por mí. Líbralo y líbrame, por la vida eterna que has prometido a todos aquellos que estuvieren hambrientos de Ti".

He aquí, mi muy querida y muy bendita Raïssa, todo lo que puede escribirle un hombre verdaderamente desgraciado, pero colmado de la más sublime esperanza para sí y para todos los que lleva en su corazón.

Suyo,

LEÓN BLOY.

*
* *

París, agosto 29 de 1905.

Degollación de San Juan Bautista, 13º aniversario de la terminación de *La salvación por los judíos.*

Es usted, Maritain, el buen samaritano (6).

Acabo de recibir su carta certificada, y no quiero dejar pasar ni una hora sin escribirle algunas líneas. Pero sólo unas líneas, pues estoy agobiado de trabajo.

Debo despachar dentro de pocos días el volumen de mis páginas escogidas, y contaba terminar esta tarea, mucho más difícil de lo que hubiera creído, para completar este arduo fin de mes, que me atemoriza desde hace tanto tiempo.

(6) Maritain y samaritano (*samaritain*) son consonantes en francés. (N. del T.).

He renunciado a salvar el manuscrito que usted menciona, y desde el momento en que realmente me decidí a hacerlo, no he sufrido más, pues la vida de este mundo es una ilusión, un sueño. Ya lo verá usted más tarde.

"Quizá sea verdad que somos cristianos sin saberlo, cristianos de deseo", dice usted, y me interesa señalar eso en su carta. Lo que por mi parte sé muy bien, es que el azar no existe y que no nos hemos encontrado en vano.

Busco, agrega usted. ¡De manera que usted, profesor de filosofía, usted, cartesiano, cree con Malebranche, que la verdad se *busca!* ¡De manera que cree que el espíritu humano puede algo! Es como creer que, aplicándose a ello con voluntad, alguien que tenga los ojos negros podría cambiarlos por otros de color de cielo, bordeados de oro.

Terminará usted por comprender que nada se encuentra hasta el día en que se ha renunciado con la mayor *humildad* a buscar lo que se tenía al alcance de la mano sin saberlo.

En lo que a mí respecta, le declaro que nunca he buscado ni encontrado nada, a menos que se llame hallazgo el chocar ciegamente contra el umbral y por el mismo golpe verse lanzado de lleno en la Casa de la Luz.

El entusiasmo que despierta en ustedes *La salvación por los judíos,* es un MILAGRO preliminar. Habrá otros.

Hasta pronto, queridos amigos. Los abrazan cariñosamente

LEÓN BLOY.

JUANA LEÓN BLOY.

*
* *

Setiembre 25 de 1905.

Queridos amigos:

Son las tres de la mañana y pienso en ustedes. ¿Por qué no habría de escribirles?

He entregado mi libro, que no podrá aparecer hasta enero. Ningún trabajo me fué tan cansador, tan difícil como esta selección de páginas mías. Espero haber tenido acierto. Los miserables lectores modernos podrán entrever mi obra, dar un recorrido a mi mundo en algunas horas de automóvil.

Hemos recibido el miércoles último una carta de Ch. y J. G., anunciándonos una publicación. Espero el precioso envío para contestar de inmediato.

La ausencia de ustedes nos parece interminable. ¿Cuándo regresarán? En nuestro encuentro hay algo de misterioso que quisiera llegar a descubrir. En lo Absoluto, donde me he colocado, no concibo que se me admire ni que se me ame sin estar resueltamente conmigo. Sin embargo, es así, o al menos parece serlo, y nada comprendo.

Cuando vuelvan veremos juntos algunos hermosos y terribles grabados que me ha enviado Joseph Florian, el desconcertante dedicatorio de *Belluaires*. Juntamente con los grabados, obra de un gran artista moravo, recibí una especie de cuadro sinóptico titulado: *Le Paradis de la Synthèse,* que trataremos de descifrar juntos. Es un torbellino enloquecedor de palabras y números, alrededor del Triángulo divino. Se me menciona, claro está, entre los grandes hombres, y parecería que soy el precursor de los acontecimientos más inauditos. El bueno de Florian ha debido, seguramente, trabajar en ello horas y horas, pues todo es manuscrito. Cuento con usted, mi querido Jacques, para obtener un poco de luz.

Parece que se opera o se prepara una evolución en mi destino. Diversas almas vienen a mí, y me torno, dicen, más *atrayente* que otros titulares de la Intelectualidad. Mi editor también empieza a observar este movimiento y cree que *Pages Choisies* lo acelerará más. ¿Se acerca al fin el tiempo de la mies?

De ustedes,

LEÓN BLOY.

*
* *

París, octubre 30 de 1905.

Mi querido Jacques:

Un telegrama es generalmente inquietante, sobre todo en mi situación, pues la desgracia, contrariamente a la justicia, posee pies ágiles y a veces también alas. Pero al ver la procedencia nada temí, pues ninguna tribulación puede llegarme por su intermedio.

Evidentemente, existe en todo esto algo de misterio, como ya le escribí en otra oportunidad. No es natural tener tales amigos, sobre todo cuando se ha trabajado durante treinta años en crearse enemigos. Es verdad, soy de aquellos a quienes todo puede suceder. Podría sucederme, incluso, que un día me hicieran Papa, lo que ocasionaría serias dificultades con mi mujer, que lo ha previsto todo, menos eso.

Y, sin embargo, mis queridos Jacques y Raïssa, creo que nunca he visto nada más sorprendente que la amistad de ustedes, que nos dan sus corazones como se da la sangre a Nuestro Señor Jesucristo cuando se tiene alma de mártir.

Este pobre viejo León Bloy sólo puede decir que ha sido verdaderamente consolado por ustedes y que los quiere como hijos enviados por la magnífica providencia de Dios.

Suyo,

LEÓN BLOY.

P. D. Juana, tan emocionada como yo, me encarga recordarles que el viernes es de obligación estricta para nosotros la abstinencia de carne. Aunque ustedes piensan en todo y seguramente lo han tenido en cuenta, creo que no está de más recordárselo.

*
* *

Diciembre 15 de 1905.

Querida amiga:

Recibimos ayer los trescientos francos, pero no quisiéramos oír hablar de ningún suplemento. ¿Por qué las relaciones de amistad conmigo tienen siempre ese carácter?

Mi buena Raïssa, un día que en la calle me dió usted lo que le quedaba, me vió llorar. Cuántas veces me sucede lo mismo sin que me vean. Es en verdad incomprensible que un hombre que tiene tanta necesidad de dar como de comer y respirar, esté precisamente condenado a recibir siempre.

La nueva edición de *La salvación por los judíos* devolverá quizás su verdadera fisonomía a este Mendigo que yo parecería ser exclusivamente. En este momento de mi vida hace falta probablemente muy poca cosa para determinar una corriente de prosperidad.

Hasta ahora una mano muy pesada nos oprime. Piense que pasado mañana nos veremos obligados a ir al cementerio de Bagneux para renovar la sepultura de nuestro Andresito. Ese es el destino de una sexta parte de los trescientos francos.

Juntamente con esta breve carta van las tres pruebas para Jacques, a quien le ruego lo abrace usted en mi nombre. No estoy descontento de la nueva disposición de las pequeñas mayúsculas con relación a las notas, pero me ha contrariado mucho la supresión de la viñeta al final del capítulo IV. ¿Por qué el impresor no lo ha hecho como le pedí?

Queda convenido que nos veremos el lunes a las dos de la tarde en el Museo Moreau. Yo le avisaré a Rouault.

Hasta siempre, mi querida amiga; la abrazamos con todo nuestro corazón.

LEÓN BLOY.

P. D. Juana, con una fuerte gripe y muy dolorida, se disculpa de no escribirle.

Estoy afligido porque la impresión de *La salvación por los judíos* no adelanta. Si a Jacques le parece, estoy dispuesto a hacer un viaje hasta Suresnes.

*
* *

15 de diciembre de 1905.

Queridos amigos:

Estoy de enfermero e impedido de trabajar. Hace justamente diez años fuí también enfermero y creí morir. Parecería que voy a comenzar de nuevo. Acaso me equivoco, pero esa es mi impresión.

Les escribo apresuradamente, sin otro fin que contar mi pena a mis amigos.

Mi afecto.

LEÓN BLOY.

*
* *

Domingo 18 de diciembre de 1905, por la noche.

Queridos amigos:

No cuenten con este desdichado. Me es imposible asistir a la cita en el museo Moreau. La situación se agrava en una forma espantosa.

Tengo el corazón y el espíritu torturados.

Mi afecto.

LEÓN BLOY.

*
* *

Diciembre 21 de 1905.

Queridos amigos:

Recibí la carta de Magdalena. Les llevaré a Verónica, que necesita ver a su hermanita. Son las diez; estaremos en casa de ustedes antes de mediodía y me veré obligado a regresar de inmediato.

Díganle a Magdalena que su mamá está bien.

LEÓN BLOY.

*
* *

Diciembre 24 de 1905.

Queridos amigos:

La noche fué buena. La fiebre parece, por fin, haber desaparecido, y hay que esperar la convalecencia.

Pienso, querida Raïssa, que acaso no sea usted extraña a este feliz desenlace. ¡Tienen un poder tan enorme ciertos actos!

Abrace por nosotros a nuestras queridas hijitas y dígales que tienen la obligación de escribir sin demora a su abuela, saludándola con motivo de Navidad. Lo acabo de hacer yo en nombre de Juana. Quizás Verónica haya olvidado la dirección. Es ésta: "Señora Molbech, Askov, Vejen-Station, Dinamarca".

Afmo. amigo de ustedes,

LEÓN BLOY.

*
* *

Lunes por la noche, Navidad.

Querida amiga:

Le ruego abrace muy fuente en nuestro nombre a nuestras queridas criaturas. Esperamos que hayan pasado una Navidad sin tristeza y que las podremos ver mañana florecientes y alegres.

La pobre madre continúa sufriendo, pero ya parece segura la convalecencia.

Una vez más, creo salir de un abismo.

Estoy, sin embargo, un poco preocupado al pensar en la enorme incomodidad que les impuse, admirables amigos.

¿Es posible que la amistad de Marchenoir tenga un valor tal que sea preciso pagarla tan cara?

Suyo,

LEÓN BLOY.

Diciembre 25 de 1905.

*
* *

Viernes, 9 de la mañana.

Queridos amigos:

La desgracia se cierne sobre nosotros más y más. La noche no fué mala, pero la fiebre continúa casi sin interrupción y la debilidad aumenta.

Había encontrado una buena enfermera, una pobre anciana que me ayudó durante tres días, pero ha tenido que marcharse, enferma ella también, dejándome abatido. Mi angustia es horrible y empiezo a desesperarme.

¿De Nittis vendrá esta mañana? ¡Ay de mí! Ya no sé qué hacer, sino llorar amargamente.

Ocúlteles esto a mis pobres hijitas. Que sigan con la idea de que su madre sólo necesita un poco de reposo. Creo, sin embargo, que tendrán que venir mañana. ¡Mi pobre mujer tiene tanto deseo de abrazar a Magdalena!

Si usted pudiera rezar con Verónica y Magdalena —aun-

que fuera maquinalmente— un Pater y una Avemaría por Juana, creo, mi buena Raïssa, que ella y yo nos aliviaríamos.

Los abraza,

LEÓN BLOY.

Un abrazo también para mis hijitas, con la mayor ternura.

A pesar de mi tormento pude corregir las pruebas. Como hay muchos errores, se las envío a Jacques, a mi querido Jacques.

¡Qué amigos son para nosotros usted y él, Raïssa!

29 de diciembre de 1905.

*
* *

Viernes 5 de enero de 1906.

Queridos amigos:

Anteayer, cuando volví con Magdalena, encontré a mi mujer muy enferma y la noche fué terrible.

Su mal, incomprensible para mí, había cambiado totalmente de aspecto; la fiebre y el delirio fueron reemplazados por grandes dolores articulares. De Nittis, a quien avisé en seguida, no ha llegado aún, pero los dolores han cesado. Un decaimiento general ha sucedido a tanta tortura.

Tal es el boletín. ¿Cómo y cuándo acabará esto?

No trabajo; mi única función consiste en acumular deudas. Felizmente Magdalena no es insoportable.

Al mismo tiempo que esta carta, le envío, mi querido Jacques, las nuevas pruebas recibidas. Me aflige no conse-

guir lo que tanto he pedido, es decir, la devolución regular de las pruebas corregidas anteriormente por mí. Lea mi queja de la página 88, la que, por supuesto, va dirigida al impresor. Si no contara con usted, amigo mío, estaría terriblemente inquieto.

En este momento recibo una carta de De Nittis, anunciándome su visita inminente y acusando recibo de *El mendigo ingrato*. Esta breve carta es de un hombre realmente superior.

La pobrecita Magdalena no es insoportable. Nuestra casa resulta demasiado reducida, he ahí la desgracia. Pero la enfermedad de su madre ha evolucionado en forma tal que el ruido ya no le afecta tanto.

Hasta pronto, queridos y buenos amigos. Que Dios los bendiga como los bendice

LEÓN BLOY.

Mis saludos a mi amiga Vera y a los G., cuyo vino me conforta.

*
* *

Domingo por la noche.

Queridos amigos:

Nos han ofrecido ustedes volver en busca de Verónica y Magdalena. Nos vemos obligados a aceptar, por lo menos en lo refente a esta última. Como ven, el heroísmo de la amistad de ustedes nos torna audaces. Pero no podemos elegir otra *carrera*, como canta el divino Hanotaux. Una fatalidad quiere que devoremos a los que nos aman.

La presencia de Verónica sería posible, dado el temperamento dulcísimo de esta deliciosa criatura; pero las dos

juntas comprometerían la convalecencia de su madre, cuya gran debilidad me aflije y me inquieta... Por lo demás, queridos amigos, han hecho ustedes demasiado ya para detenerse. Hay que terminar. Tengan la seguridad de que nos han sido *enviados* justamente en el momento en que nos hallábamos en trance de correr, de muchas maneras, un gran peligro.

En lo que personalmente me concierne, me veo obligado a declarar que mi fatiga física es grande. He interrumpido todo trabajo, excepto la corrección de pruebas de *La salvación,* pruebas muy queridas, por encima de aquellas otras, de las cuales espero que el Niño Jesús me salvará.

Bien, amigo Jacques, contésteme mañana y dígame si puedo enviarle las niñas y a qué hora.

Abrazo a mis dos amigos.

LEÓN BLOY.

7 de enero de 1906.

*
* *

Jueves por la mañana.

Queridos amigos:

Envío juntamente con ésta las últimas pruebas recibidas. Esta vez me han remitido las primeras con las segundas, pero no se tuvieron en cuenta todas mis correcciones (por ejemplo, pág. 98). Quisiera que el impresor no desoiga mis indicaciones tipográficas. Creo que son razonables, y no se trata de un libro corriente.

La angustia ha desaparecido. Juana se levanta un poco todos los días y parece que se acerca el fin de la enfermedad.

Y usted, mi querida Raissa, ¿cómo está?

Los abraza su amigo

LEÓN BLOY.

11 de enero de 1906.

*
* *

Viernes por la mañana.

Queridos amigos:

Una buena noticia. La convalecencia parece ya segura, y probablemente será breve. Podría haberles escrito ayer por la tarde, pero la noche anterior había sido mala y no tenía la misma confianza que tengo hoy.

El doctor De Nittis ha sido perfecto y lo considero muy competente. Quisiera poderle probar mi reconocimiento.

Espero que nuestras queridas criaturas no hayan puesto a prueba la abnegación de ustedes. Abrácenlas ustedes en nuestro nombre; estamos extrañando sus cariños.

Y ahora soy yo el enfermo. Estoy con gripe y reumatismo.

Mi afecto.

LEÓN BLOY.

*
* *

Viernes 12 de enero de 1906.

Querida amiga:

Recibí su telegrama ayer a medio día, precisamente cuando llegaba del correo de enviarle a Jacques las pruebas que me pidió. ¿Ha observado usted que los expresos son más

lentos que las cartas comunes? Su única superioridad consiste en el precio.

Confío en que, a pesar de todo, *La salvación por los judíos* saldrá sin ninguna falta grave. El celo de Jacques vencerá la indocilidad del impresor.

Si pueden venir mañana, como prometieron, les daré las restantes pruebas de galera, incluso de los capítulos XXVIII y XXIX.

Suyo,

LEÓN BLOY.

*
* *

Enero 15 de 1906.

Mi querido Jacques:

Pagar exactamente el alquiler de enero después de lo que nos ha sucedido, sería un favor inaudito de la Fortuna al servicio de la ambición más desenfrenada.

Si llegan a mis manos los cuarenta francos que usted menciona, podremos *respirar*, por mucho que un pago a cuenta no hará sino desacreditarnos horriblemente. Nuestro casero es un buen cristiano paralítico y vigilante. Por lo tanto, hay que temerlo todo. Tenía esta mañana el alma en paz, pero la presentación puntual del recibo, trámite odioso en las actuales circunstancias, me ha envenenado el corazón. Por lo demás, es el efecto que desde hace muchos años me produce todo contacto con el casero.

En fin, Dios proveerá. Se me ha concedido una débil esperanza. Ya veremos.

Le envío adjunto el capítulo XXX, el más largo y cu-

rioso del libro, y también acaso el más incomprensible en esta época tan excepcionalmente baja y estúpida.

Con su ayuda, querido amigo, espero una edición muy limpia de esta desgraciada *Salvación*, designada tal vez, inconcebiblemente, para ser el fin de mis tormentos.

¿Cuándo les veré, mis buenos amigos? ¿Y qué será de todos? Un abrazo en mi nombre a mi muy querida amiga Raïssa, y tengamos el convencimiento de que nada vulgar amenaza a personas como nosotros.

Suyo,

LEÓN BLOY.

Juana va mejorando, aunque recupera sus fuerzas muy lentamente. El sábado despedimos a la enfermera, pero no se puede pensar en salir. *Usquequo, Domine?*

*
* *

17 de enero de 1907.

Queridos amigos:

He recibido en el sobre adjunto un giro por cincuenta francos, que emplearé de la manera indicada. Como le escribí el lunes, nos hubiera sido funesto un pago a cuenta. Expliqué a la portera la imposibilidad de abonar hasta dentro de unos días, a causa de los grandes gastos de esta enfermedad que felizmente toca a su fin, y nos han dejado en paz hasta ahora. Creo, por otra parte, que aun no ha nacido el casero que sea capaz de demostrar la inutilidad de la protección con que Dios nos ampara.

Recibí esta mañana una tarjeta de Ernesto Payen, sin una palabra. ¿A qué se debe esta atención?

Al mismo tiempo, me llegaron también —¡por fin!— las primeras pruebas de *Pages choisies,* inexplicablemente diferidas hasta ahora. Me predicen para este libro un gran éxito. ¡Cuánta esperanza!

La preciosa edición de *La salvación por los judíos* y esta antología serán las dos flores de mi primavera de 1906. Me parece que somos acreedores a algo hermoso que nos compense de nuestras recientes y sombrías tribulaciones. Han dado ya oportunidad a cosas muy buenas, entre ellas, la vinculación con el amable doctor De Nittis.

Mi buena amiga Raïssa, ¿necesita usted todavía los dos libros de Ana Catalina, el tomo primero de la *Vida de Nuestro Señor* y la *Vida de la Santísima Virgen?* Si pudiera devolvérmelos, estaría encantado de facilitarle otros.

Otra cosa. Magdalena reclama el asno que le trajo San Nicolás y que dejó olvidado en su casa. No podemos estar sin ese animal doméstico.

Los abrazo, queridos amigos, con todo mi corazón.

LEÓN BLOY.

P. D.: Ya sabe usted, Jacques, la importancia que tiene la tapa de *La salvación.* Convendría que nos pusiéramos de acuerdo. Dígame la hora y el lugar que le son cómodos y acudiré con mucho gusto para conversar de ese asunto.

* * *

Domingo 28 de enero de 1906.
10.30 hs.

Mi querido, mi admirable amigo Jacques:

Voy a llevar a la oficina de correos las últimas pruebas de página (fin del libro) que recibí, no ayer sábado, sino

esta mañana, domingo, unos minutos antes que su telegrama.

Su medio de propaganda me parece bueno; ya conversaremos el martes, si no podemos vernos antes.

Insisto, por supuesto, en ir a la imprenta, donde tantas horas y tan generosamente pasa usted por mí. Pero es necesario que nos pongamos de acuerdo. Abrumado por la corrección de las pruebas de varios centenares de *páginas escogidas*, me sería difícil ir hasta el Jardín Botánico. Tendría usted que darme cita en el camino a Suresnes o en Suresnes mismo, a una hora exacta.

Creo en el éxito de una acción *conjunta de usted y Raïssa*. Creo tanto más, cuanto que mis "páginas" aparecerán poco después. Acaso mi dura vida esté a punto de cambiar.

Que Dios los bendiga, mis buenos amigos.

Suyo.

LEÓN BLOY.

*
* *

31 de enero de 1906.

Mi querido Jacques:

Siempre con la obsesión del famoso alquiler, he aquí lo que he pensado esta mañana; quizás sea una buena idea.

La nueva edición de *La salvación por los judíos* ha sido fijada a cinco francos el ejemplar. Con ese precio, el derecho de autor no puede ser inferior a setenta y cinco céntimos, en lugar de cincuenta.

Por lo tanto, una tirada de mil ejemplares daría setecientos cincuenta francos. Habiendo recibido ya seiscientos, quedaría a mi favor un saldo de ciento cincuenta, es decir, exactamente mi alquiler. ¿No es luminoso?

Vea usted si puede hacer algo.

Hasta muy pronto, mis buenos y queridos amigos, a quienes llevo en mi corazón.

Abrace por mí a la dedicataria.

LEÓN BLOY.

*
* *

París, febrero 5 de 1906.

Es evidente, mi querido amigo, que atravesamos ambos una crisis, primero yo y ahora usted. La enfermedad de Raïssa después de la de mi mujer, y menos grave felizmente, y su penuria *consecutiva* a nuestra miseria. Sufrir con nosotros parecería ser para ustedes el aporte de nuestra amistad.

Tiene usted toda la razón en eso de *Acaba de aparecer.* La palabra *poderoso* no conviene, en efecto; parece una *réclame.* En lugar de eso ponga *inteligente,* hágame el favor. Creo que es preferible.

Ahí van unas líneas para Vallette. De su parte no hay ninguna dificultad. Como no tengo sobres chicos, le envío el mensaje en una hoja de papel. Puede decirle que yo se la mandé en esta forma. Recuerde que Vellette es para mí tan amigo, por lo menos, como editor.

Quiero someterle ahora una idea, no sé si mala o buena, o acaso excelente. Usted juzgará. Desde hace dos o tres meses no se habla sino de una probable guerra francoalemana. ¿No le parece que el momento es oportuno para ofrecer a un editor, a Victorion, por ejemplo, la reedición de *Sudor de sangre?* Podría resultar un *buen negocio,* sobre todo si

se ilustra el texto con algunas láminas, pues se trata de una obra de fácil interpretación. Primeramente había pensado en *El Desesperado,* edición de *venta segura,* tan segura que, suponiendo el fracaso de *La salvación por los judíos,* el editor de una y otra obra cubriría sus gastos. (¡Qué estilo abyecto!). Pero me pregunto si *Sudor de sangre* no sería mejor en estas circunstancias.

La salvación me hace pensar en las reediciones. Creo que mucho se puede esperar de ellas.

Los abrazo, queridos amigos.

LEÓN BLOY.

*
* *

Viernes por la noche.

Querido amigo:

He aquí la lista elaborada con todo cuidado en el *Mercure,* con la ayuda de un amigo muy bien informado. Es una selección inteligente. Se puede esperar que estos individuos hablarán del libro. Se trata de gente vinculada al editor, no a mí, de manera que no tengo por qué firmar esos ejemplares. El lunes llevaré la nómina de mis amigos y haré las dedicatorias.

Vi a Vallette, siempre en buenas disposiciones para conmigo. El corre con los gastos de empaquetado, que son bastante considerables, como podrá ver en la tarifa adjunta, pero no puede hacerse cargo del franqueo, pues toda hoja suelta y fuera del texto paga un sobrecargo.

El *Mercure* tiene una tirada de tres mil quinientos ejemplares. Habrá que mandar otros tantos volantes, que pesen como máximo cinco gramos por unidad, con la suficiente

anticipación para que estén en Poitiers, *a más tardar,* el 25 de febrero, en casa de los señores Blais y Roi, calle Víctor Hugo 7.

El editor adeudará veinte francos al *Mercure.* Esta publicidad bien los vale. Los tres mil quinientos ejemplares del *Mercure* representan más de veinte mil lectores pertenecientes al mundo intelectual. No hubiéramos podido nunca soñar esta publicidad con tan poco gasto.

Vallette ha insistido mucho en que, al enviar los *Acaba de aparecer,* se le dé aviso, pues si no todo andará al revés.

Creo no haber olvidado nada. Hasta el lunes y que Dios los bendiga, queridos amigos.

Suyo,

LEÓN BLOY.

*
* *

París, 8 de febrero de 1906.

Mi querido Jacques:

Su carta nos aflige mucho y quisiéramos serle útil. A causa de nuestras hijas tenemos poca libertad y la distancia es grande. Sin embargo, me arreglaría para llegar hasta allá mañana, viernes, alrededor del medio día. No se preocupe por mí, se lo ruego.

Mi mujer no puede salir ni hoy ni mañana, pero irá a pasar con ustedes el sábado y cuidará con mucho cariño a nuestra querida enferma. Llegará a eso de las 11 y permanecerá allí hasta la noche. Ya hemos tomado nuestras providencias. Así quedará usted libre y Raïssa recibirá quizás un poco de consuelo para su alma.

Tenga la seguridad, mi querido Jacques, mi buen amigo, que estoy a su lado con el corazón entristecido.

Hasta mañana, pues.

Lo abrazo.

LEÓN BLOY.

*
* *

París, 15 de febrero de 1906.

Mi muy querida amiga Raïssa:

Mucho la recordamos en nuestra casa, y con mucho cariño.

Esta mañana, en la misa del alba, he llorado por usted, amiga mía. He pedido a Jesús y a María que tomen de los tormentos de mi pasado lo que haya de más meritorio y se lo apliquen buenamente, se lo apliquen con fuerza y poder, para alegría de su cuerpo y gloria de su alma.

Me inundaron lágrimas tan dulces, que creo que he sido escuchado...

Raïssa, el amor que le profesamos es muy grande. Escuche a Juana; todo lo que ella le diga es como si yo mismo se lo dijera. Usted sanará y conocerá alegrías inmensas.

Suyo,

LEÓN BLOY.

*
* *

París, 1º de marzo de 1906.

Mis queridos amigos:

Sólo unas pocas palabras, respondiendo a la carta de Jacques que recibí esta mañana.

No puedo pasar más tiempo sin verlos. Sería tan injusto como penoso.

Además, tengo muchas cosas que decirle, mi querido Jacques. Iré, pues, mañana viernes hacia el medio día. Les ruego que no se tomen ningún trabajo por mí. Es tiempo de cuaresma y un huevo me bastará.

Me aflije que se sienta tan cansado. Se adivina en su letra.

Hasta mañana, mis queridos amigos. Le ruego, Jacques, abrace a la dedicataria de *La salvación por los judíos*.

Suyo,

LEÓN BLOY.

¿Cuándo podré ofrecerle su ejemplar de lujo? He hecho que Victorion reservara especialmente para ella el N° 1 de papel Japón.

*
* *

París, 30 de marzo de 1906.

Jacques y Raïssa, muy queridos amigos:

Estoy triste de no verlos. Esta distancia es absurda, en efecto. Para almorzar con ustedes y verlos cómodamente, se necesita todo un día. Es desolador.

Sin embargo, no puedo permanecer así. Escríbanme unas líneas.

Deseamos saber si vendrán a almorzar el domingo. De lo contrario, me resolveré a visitarlos el lunes o martes u otro día que les convenga.

Pero les ruego que si pueden venir pasado mañana, lo hagan para almorzar y no traigan nada. Estamos ricos.

Este mes de marzo, temido por mí desde hace años, ha sido esta vez muy favorable.

Gracias a Termier, nadamos al fin en la abundancia. Hemos podido pagar ya todas las deudas atrasadas, *vestirnos* y hasta comprar algunas cosas. Esta excelente persona no quiere descansar hasta los cinco mil francos, exactamente la cantidad que usted había soñado para nosotros, amigo Jacques.

Por lo tanto, puedo trabajar y espero que estará usted contento de mí.

Las *Páginas escogidas* no aparecerán, me dicen, antes de fines de abril; pero como conozco los habituales retrasos del *Mercure*, mucho me temo haya que esperar hasta mayo.

Sucederá en esto como con todo lo demás. Los tipógrafos no pueden sino cumplir la voluntad de Dios.

Los abraza

LEÓN BLOY.

*
* *

París, 12 de abril de 1906.

Queridos amigos:

Les escribo haciendo un esfuerzo, pues desde ayer mis viejos dientes me hacen sufrir muchísimo. Tanto mejor; así tengo algo que ofrecer en esta semana de redención.

El recuerdo de ustedes en el día de mi santo me ha emocionado profundamente y les pertenezco cada vez más, mis queridos amigos Jacques, Raïssa y Vera.

¿Me preguntan ustedes por Bunau-Varilla? El lunes me desencontré con él por unos minutos, y citado para el día siguiente a las cinco de la tarde, sólo nos vimos un momento. Es un viejecito vulgar, que estrecha la mano diciendo: "Encantado de conocerlo". Me dejó con un secretario importante, que quiso adularme. Me necesitan, pues, pero no veo el medio de aprovechar de ello. Nunca adivinarían ustedes lo que se me pidió para empezar. ¡Es fantástico! *La inmolación de los ingenieros,* de *todos* los ingenieros, con motivo de la catástrofe de Courrières (7).

Creo haberles contado que a ruego de Termier he sido recomendado a Bunau por el hermano de éste, que es ingeniero de Puentes y Caminos.

Ligeramente aturdido, me negué a aceptar, pues no tengo la costumbre de vociferar por encargo. El secretario insistió, visiblemente contrariado, y ante mi negativa formal me ofreció la piel de Chaumié, el inmundo ministro, prometiendo enviarme no sé qué documentos. Respondí con vaguedad y me marché. Convencido de que nada habría para mí en esa casa pública, retiré de paso *La resurrección de Villiers,* que había dejado el día anterior. Tuvieron el impudor de decirme que la consigna invariable allí era ponerse al nivel de la multitud. Lo sabía. No escribiré, pues, entre Harduin y Camille Pelletan.

En seguida comuniqué el resultado a Termier, haciéndole comprender que el dinero que él consigue tan fácilmente para mí, me es enviado con el fin de que realice mi obra y no la de los demás.

---

(7) *Courrières,* población de Francia, departamento de Pas-de-Calais, en cuya cuenca hullera ocurrió en 1906 una catástrofe que costó la vida a numerosos mineros.

De *Le Matin* me fuí a ver a Blaizot, a quien le ofrecí el *Villiers*. Espero una respuesta favorable. Sería un folleto curioso y una publicación muy ventajosa para el escultor Brou.

Los abraza sufriendo,

LEÓN BLOY.

*
* *

París, 15 de mayo de 1906.

Queridos amigos:

¿Por qué no nos escribimos? Vinieron ustedes una vez y yo estaba ausente. Raro y penoso contratiempo. Cuando llegué, acababan ustedes de marcharse. ¿Cuándo nos volveremos a ver?

No sé absolutamente nada de las queridas almas y de los cuerpos de ustedes, y esta ignorancia me es dura.

Cada día, *cada mañana* sobre todo, mi corazón se siente atraído por ustedes, palpita por ustedes; pero, ¿qué decir, qué hacer? Ya saben lo que deseo, y temo parezca que los persigo.

Mi libro *Páginas escogidas,* atrasado por las huelgas, será puesto en venta el *jueves*. Hay un ejemplar en papel Holanda para mi querida Raïssa. ¿Desean que lo envíe por correo o prefieren que lo guarde? Le mandaré, de todos modos, un ejemplar común. Acaso les resulte divertido ver en esa selección mis preferencias.

Termier (8) ha estado perfecto. Sus diligencias tuvieron

(8) El ingeniero Pierre Termier, a quien se alude en este pasaje, es el "admirador desconocido" cuya carta recibiera León Bloy el 14 de enero de ese año. (Ver *El Invendible,* pág. 104, ed. *Mundo Moderno*). Dicha carta fué el punto de partida de una amistad entrañable cien veces testimoniada en éste y en los siguientes volúmenes de los "diarios" de Bloy.

éxito. Pudimos liberarnos de nuestro acreedores y del montepío, vestirnos, hacer provisiones y comprar gran cantidad de cosas necesarias o útiles, que deseábamos en vano desde hace quince años. Por primera vez en mi vida estoy en paz; y esto, en gran parte, es obra de ustedes, mis queridos amigos.

Anteayer, domingo, el bueno de Termier vino a ruego nuestro a almorzar bajo nuestras lilas, con sus tres hijas mayores. Este cuarto domingo después de Pascua fué de los más agradables. Lástima que no estuvieran ustedes con nosotros.

Les ruego que cuando me contesten acerca del volumen en papel Holanda me digan sin reserva si necesitan un empujoncito. Ya me entienden. Estoy en condiciones de darles una ayuda, y la recibirían por el próximo correo.

Los abrazo.

LEÓN BLOY.

*
* *

La Salette, 21 de agosto de 1906.

Queridos amigos:

Es verdad que todo lo que sucede es adorable, y necesito repetírmelo sin cesar. La tristeza de la próxima partida de ustedes viene a agravar la que me es propia y que me esperaba en esta bella montaña de Dolor, donde hace veintiocho años se decidió mi destino...

Ha de saber usted, Raïssa, para estímulo de su piedad, que el autor de *La salvación por los judíos* es aquí profundamente despreciado, que se lo considera poco menos que un canalla y que ese libro, que obsequié el día de nuestra llegada (ese libro inspirado hace mucho tiempo por Nuestra

Señora de la Salette, precisamente por esa Virgen que llora en lo alto de la pequeña fuente cuyas aguas parecen brotar de sus ojos), ha sido acogido como una inmundicia.

Confieso que esto me ha resultado muy amargo. Pero teníamos mucho que rezar por nuestros amigos y enemigos, vivos y difuntos, y hemos decidido quedarnos quince días. Las niñas, por lo demás, están muy bien y les aseguro, Raïssa y Vera, amigas mías, que *beber* algunos días *las lágrimas de María* en esta montaña les sería a ustedes mucho más provechoso que todas las consultas y curas prescriptas en otros lugares.

Como nuestros quince días terminan el sábado, volveremos a casa de Termier (Villa Termier, en Varces, Isère), donde nos encantaría recibir una última carta de despedida con algunas líneas suyas a su autor, mi querida Raïssa, para consolarlo de sus fracasos.

Mi mujer está de acuerdo conmigo en todo cuanto les aconsejo, y cualesquiera sean las circunstancias, pongan siempre lo Invisible antes que lo Visible, lo Sobrenatural antes que lo Natural. *Sabemos* que esta regla, aplicada en todos sus actos, les investirá de fuerza y quedarán saturados de profunda dicha.

Vi a Florian el 14 por la noche. Pasó dos días aquí. Sólo dos días, y nos ha dejado una impresión un poco extraña. Es un hombre que *no habla*. Interrogado por mí, respondió: "¿Para qué hablar? Escribir es suficiente".

No nos satisfizo en absoluto, y la situación hubiera sido harto embarazosa sin la presencia de un sacerdote moravo que lo acompañaba, joven muy interesante, el que me hizo concebir una idea halagadora de mi latín, único medio de hacerme entender. Mi mujer le hablaba en alemán. Imaginen

ustedes estos cinco idiomas durante las comidas: el latín, el francés, el alemán, el checo y el silencio de Florian. Ya éramos famosos y nos íbamos a hacer célebres...

En verdad, no sé qué decirles de Florian. Es un hombre demasiado cerrado. Hay que suponer que contiene exquisitos perfumes, y renuncia a destaparlo. He aquí lo único que pude sacarle: "Vine solamente para orar a Nuestra Señora de La Salette, para *verle a usted* y para oír a Verónica". Como no hay piano, ésta cantó para él sus melodías en una maravillosa pradera de la montaña, a algunos pasos de un abismo sublime; su voz fué acompañada por la música de un inmenso rebaño que pacía en los alrededores, balando y cencerrando.

Adiós, buenos y queridos amigos, adiós por un año, ya que el Señor lo quiere así. Escríbanme en cuanto les sea posible. Les contestaremos con toda fidelidad.

Mi afecto.

LEÓN BLOY.

Mi querido Jacques, si la *Raison,* de Blanc de Saint Bonnet puede serle útil, llévela. De otra manera, confíesela a Vera. Creo que me sería útil releerla.

*
* *

París, 20 de septiembre de 1906.

Queridos amigos:

Estoy avergonzado. Les escribí mi última carta desde la Salette, el 22 de agosto. La contestación de ustedes, fechada el 2 de septiembre, me llegó aquí el 4, día de mi partida para

Tréport. Y hoy experimento la alegría y la confusión de recibir otra carta suya, querido Jacques. No sabe el placer que me proporcionan sus cartas, tan exaltadas, tan expresivas como nadie me las escribiera antes, ni siquiera el sorprendente y enigmático Florian, que busca ahora hacerme comprender su inexplicable mutismo en la Salette. Creo que les relaté nuestra entrevista en la Montaña.

Mucho tuve que sufrir allí, y lo sabía por anticipado, como se sabe que es necesario someterse a un tratamiento riguroso pero saludable. El contacto con la piedad moderna, inevitable en un espacio tan reducido, es para mí, no lo ignoran ustedes, lo más desolador; una sensación realmente perniciosa, capaz de lanzarme a la desesperación.

Pero lo mismo que en el 79 y en el 80, la Salette influye en mí a la distancia. Primero, tinieblas; luego, iluminación. Creo que haré un buen libro, donde quizás Termier encontrará la luz que desea, pues él ha sido el instrumento de todo esto. La hospitalidad de su casa me resultó gratísima.

Lo mejor de mis vacaciones fué mi estada en Tréport, con mi querido Brou. Después de cuatro días regresamos juntos, felices de retornar al trabajo. Estoy terminando el enorme estudio sobre Bizancio para dar comienzo al libro sobre la Salette. El, por su parte, ha empezado la ejecución en grande del monumento a Villiers. He ampliado y modificado el folleto y estoy terminando la corrección de las pruebas.

Beso con cariño a mis queridos ahijados.

LEÓN BLOY.

*

* *

París, 8 de octubre de 1906.

Queridos amigos:

Es la una de la tarde. Acabo de llegar de la *Nouvelle Revue,* que va a publicar mi estudio sobre Bizancio. Me entregaron un anticipo sobre los trescientos francos que me pagarán por ese trabajo de cuatro o cinco mil líneas y que representa un esfuerzo extraordinario de varios meses. Mi vida es tal, que me considero feliz con este comercio.

Hemos pasado por enormes preocupaciones. ¡Ah, mis queridos amigos, qué amables resultan los malvados y cómo los llenaríamos de caricias cuando los comparamos con los honestos imbéciles!

Mis peores enemigos, los más crueles —ya irán conociéndolos cada día más, ahora que se han convertido ustedes en hijos de la Iglesia —son los católicos. Fíjense que no hablo de hipócritas. Las personas verdaderamente piadosas, llenas de amor y de compasión por mí, están llamadas a ser mis verdugos. Ese es mi porvenir. Todo lo que sucede es infinitamente adorable.

En los primeros días de noviembre aparecerá el folleto sobre Villiers. Se espera un buen resultado de la suscripción.

He comenzado el libro sobre la Salette. Acaso consiga escribir algo equivalente a *La salvación por los judíos,* mi dulce Raïssa.

¿Por qué está usted enferma? ¿Por quién sufre usted, mi querida ahijada?

Los abrazo a los dos llorando y con todo mi corazón.

LEÓN BLOY.

*

* *

París, noviembre 3 de 1906.

Mi querida amiga Raïssa:

Me veo forzado a pedirle un poco de benevolencia hasta que pueda contestarle su hermosa carta de la fiesta de Todos los Santos. Cuando llegó a mis manos, estaba por escribirle unas rápidas líneas a Jacques para rogarle me enviara urgentemente, en unas pocas palabras, su adhesión al monumento de Villiers de l'Isle Adam, por Federico Brou. El folleto, convenientemente modificado, será irreprochable, según creo, y está a punto de aparecer; pero el editor Blaizot quisiera tener todo en regla. Es el encargado de recibir el dinero de las suscripciones y desea, como es natural, que se constituya una comisión.

Brou, que ha comenzado ya su costoso trabajo, seguramente necesitará dinero, y para conseguirlo deberá tener una autorización formal de dicha comisión, la que deseamos integrar exclusivamente con *amigos* seguros. Creo que Jacques no hará objeción alguna, y espero su adhesión a vuelta de correo. Su nombre tiene que figurar en el folleto junto al de los demás miembros: Desvallières, Rouault, Martineau, etcétera.

El mes de octubre ha sido muy penoso para nosotros. Con verdadera tristeza dejamos nuestro jardín de la calle de la Barre. Además, nos hemos distanciado de una manera casi irreparable con mi hermano de Périgueux, cuya mujer se interpone tonta y perversamente entre nosotros. Ya ha vivido lo suficiente, mi querida Raïssa, para saber que no hay intimidad que perdure entre superiores e inferiores. La educación y la cultura son dos abismos infranqueables, como el seno de Abraham en el capítulo XVI del Evangelio de San Lucas.

El trabajo sobre Bizancio, aceptado por la *Nouvelle Revue* (calle Racine, 24), va a aparecer en cuatro partes, el 1º y el 15 de noviembre y el 1º y el 15 de diciembre. Se lo mandaré. Como el material es copioso, se hará una tirada aparte, para publicar después un pequeño volumen.

El libro sobre la Salette ya está comenzado. Será mi esfuerzo de este invierno. Espero ser ayudado sobrenaturalmente, pues se trata de una obra difícil. ¿No cree usted, mi querida y dulce dedicataria y ahijada, que *todo* puede suceder a un pobre a quien Dios ha querido poner en el origen, en el punto de partida de tantas conversiones? Para hablar sólo de los amigos *conquistados por mis libros,* considere que ya son cuatro: Vera, Jacques, usted misma y Mad. G. Y acaso un día serán conquistados los padres de ustedes.

Los abrazo a los dos.

LEÓN BLOY.

Termier es el excelente hombre de siempre. Lo he entusiasmado leyéndole los dos primeros capítulos de la Salette. Le dedicaré este libro, que él ha deseado tanto y que no hubiera podido empezar sin él.

*
* *

París, noviembre 10 de 1906.

Mi querido Jacques:

Sería una caridad enviarle algunas líneas a Termier, calle Vaugirard 164. Uno de sus hijos, un delicioso niño de trece años, fué muerto anteayer en un accidente del ascensor de su propia casa. Vi al pobrecito antes que lo amor-

tajaran; felizmente no estaba desfigurado. El horrendo aparato le destrozó el tórax, y sólo tuvo tiempo de gritarle: "¡Me muero!" al hermanito que lo acompañaba y que, medio muerto de horror él mismo, no pudo hacer otra cosa que clamar la terrible noticia. El pobre padre llegó justamente cuando los bomberos, rodeados de una multitud, trataban de retirar el cuerpecito. El dolor sin protesta de estos cristianos es un espectáculo torturante.

Un consuelo para ese hogar es la reconocida piedad del pobrecito niño. Parece que el 2 de noviembre se sintió muy impresionado y que los últimos días no hablaba sino de la muerte. Esa misma mañana habíale dicho a su hermano: "Tal vez no tengamos más que una hora de vida". Siento una impresión extraña y sobrenatural. Desde hace dos días no hago sino llorar. ¿Qué ha pagado esta criatura? ¿Y por quién ha pagado?

Lo abrazo, lo mismo que a Raïssa.

LEÓN BLOY.

*
* *

París, diciembre 4 de 1906.

Queridos amigos:

Hemos sabido por Vera que Raïssa está siempre enferma y les escribo para comunicarles una idea que me parece buena.

Muy apurado, voy a tratar de expresarme en pocas líneas.

Como les escribió Verónica la semana pasada, trabajo mucho en mi libro sobre la Salette. Esta historia es más misteriosa de lo que se cree. La han oscurecido cuanto fué po-

sible, y a tal punto, que la mayoría de los que deberían enseñarla, la ignoran.

.....

Me dirijo ahora a usted, Raïssa. Se ha descubierto que los milagros, las curaciones sorprendentes obtenidas invocando a Nuestra Señora de la Salette, han sucedido a personas que creían firmemente, implícitamente en este temible *secreto,* sin conocerlo, seguros de que todo en ese Acontecimiento —el más extraordinario desde Pentecostés— debía ser infinitamente admirable y de una importancia imposible de expresar. Hay casos de curación inauditos, muy distintos a los de Lourdes, pues parecería que en la Salette el Espíritu Santo actúa directamente.

Verónica ha copiado para usted la oración adjunta, que ha realizado curaciones corporales fulminantes, abrasando las almas en el Amor de Dios.

Compenétrese de ella, mi pequeña Raïssa, mi querida ahijada; récela nueve días seguidos con todo su corazón, y si puede, agregue las letanías de la Santísima Virgen.

Esto es, mis queridos amigos, lo que quería decirles. Me es difícil enviar la continuación de *Bizancio* y no me agrada hacerlo leer por entregas; recibirán el opúsculo después del 15 de diciembre, y espero que la lectura completa les gustará. En cuanto al folleto sobre Villiers, aún no ha aparecido.

Los abrazo.

LEÓN BLOY.

Con íntimo deseo y esperanza, los amigos de Montmartre se unirán a ustedes en la oración.

*

* *

París, Montmartre, 31 de diciembre de 1906.

Queridos amigos:

Me acusan ustedes, sin duda, de negligencia. Tienen razón. Otros tienen también razón de hacerme el mismo reproche. Soy muy desgraciado. Desgraciado de varias maneras, y me siento, además, terriblemente descorazonado. La miseria ha vuelto y este fin de año es muy sombrío. Se necesitaría un poco de refuerzo material para encarar el porvenir más próximo. Ya saben lo que está sucediendo en Francia.

Es verdad, muy pocos católicos son capaces de comprender que todo lo merecemos, como lo he repetido y escrito tantas veces, y que *ha llegado el momento*. Este mundo espantosamente imbécil, que durante sesenta años ha desoído, ha menospreciado las advertencias milagrosas de la Salette, espera aún algo de los medios humanos y continúa sus torpezas, seguro de salvar su querida carne y su santo dinero. Más que nunca se quiere seguir siendo rico...

Les escribo con mucha prisa, mis queridísimos amigos, porque estoy enfermo y cruelmente atormentado.

Rueguen por mí como puedan, tanto como puedan. Existe entre nosotros un vínculo, ya lo saben, un vínculo poderoso, y soy uno de los pocos cuyo testimonio desea Dios.

Jacques, Raïssa, Vera, los quiero con todo mi corazón, humana y sobrenaturalmente. Ayúdenme para que tenga el valor de combatir a las bestias feroces y a los animales inmundos.

Y que Dios los bendiga maravillosamente.

Los quiere

LEÓN BLOY.

*

* *

París, 23 de enero de 1907.

Mis queridos amigos y ahijados:

Ayer por la mañana, fiesta de los santos Mártires Fabián y Sebastián, media hora antes de recibir la carta de ustedes me llegó una tarjeta del padre Durantel, informándome que Raïssa se hallaba grave y que había recibido la extremaunción. La *alegría* de Juana fué grande: "¡Está salvada! —decía—. Ayer terminé mi novena y creo que está salvada. Nuestros sufrimientos de los últimos días han debido pagar lo que se debía pagar."

Y un momento después, llorábamos todos leyendo la carta de Jacques. Dicen ustedes que están "bajo la embriaguez del milagro". Juana me dijo que ella estaba bajo la embriaguez de la esperanza.

¿No tenía yo razón de hablarles de la Salette? Todo lo que se pide allí es concedido por anticipado, es pagado por anticipado, como a los caseros. Dios sugiere la oración sólo para que no parezca que da gratuitamente.

¡Si supieran ustedes! *Si scires donum!* ¡Qué arrobamiento cuando puedan leer esta historia incomparable! Mi libro es tan *deseado,* que los documentos llegan a mis manos sin buscarlos, documentos ignorados, de los cuales nadie habla; y tengo el temible honor de parecer verdaderamente el *designado* para escribir el libro que faltaba desde hace sesenta años. Es necesario creer que pertenezco muy especialmente a la Salette, pues he nacido climatéricamente setenta días antes de la Aparición, el mismo año. Pero esto no es más que un entretenimiento para los cabalistas. He aquí algo más grave:

Leyendo la semana pasada la correspondencia de Mé-

lanie, que acaba de publicarse, no fué poca mi alegría al encontrar numerosas líneas que parecían escritas para mí en cuanto a las ideas, en cuanto a ciertas consideraciones sobre el porvenir y también en cuanto a la forma. He observado con profunda emoción que las cartas de Mélanie concuerdan también en la fecha, es decir, que en tal o cual de mis libros, ciertos pronósticos corresponden a palabras idénticas de Mélanie, escritas o pronunciadas en la misma época. Lo que ella recibió por revelación directa, yo lo he tenido *simultáneamente* por intuición.

Esta hermana mayor podría haberme estrechado entre sus brazos antes de morir en las tinieblas y en la soledad, como Marchenoir. Demostraré lo trágico y excepcional de esta historia, a la cual nada es semejante.

Raïssa, ahijada mía, es usted mi muy querida hija espiritual, y la dulce Vera no me es menos amada que usted. Oremos juntos, apresurémonos a convertirnos en santos, a prepararnos para el Testimonio, para el Martirio.

Los quiere

LEÓN BLOY.

*
* *

París, Montmartre, Martes Santo de 1907.

Mis queridísimos Jacques, Raïssa y Vera:

Esta mañana, leyendo en la Basílica la Pasión de Nuestro Señor, he pensado mucho y dulcemente en ustedes. No esperen de mí ni ideas, ni frases. Sólo soy capaz de escribir que los amo con ternura y que daría gustosamente mi vida por ustedes, lo mismo que por mi mujer y por mis hijos. ¿No son ustedes mis hijos espirituales, por ventura?

Pensaba, pues, esta mañana en esta gracia inaudita con que Dios me ha colmado; pensaba en la primera fiesta de Pascua de ustedes y participaba por anticipado de la embriaguez de Paraíso que les está reservada para ese día, si son valerosos. Porque probablemente serán ustedes atacados con furia, Raïssa sobre todo, insisto en advertirlas.

¡Ah, queridas almas! ¡Si supieran lo que veo y lo que espero desde hace treinta años! Quizás el martirio para cada uno de nosotros, pero semejante a un festín angélico. *"Dic, Maria, quid vidisti in via?"* Verónica María, lea esto en la sublime *secuencia pascual.*

¡Qué no ha de serles concedido cuando se imprima en ustedes el *carácter* del sacramento de la Confirmación!

Es éste mi deseo cada vez que los recuerdo, es decir, muy a menudo y con lágrimas de amor. Recuerden también ustedes a este pobre padrino que se ha constituído audazmente en Testigo de Nuestra Señora de los Siete Dolores y que tanto necesita que lo ayuden de todas maneras.

Los abrazo.

LEÓN BLOY.

*
* *

Lunes de Pascua de 1907. (1º de abril).

He aquí, queridos ahijados, el obsequio que les ofrece el padrino, a manera de *huevo de Pascua.* Creo que nunca podré escribir nada mejor que este capítulo (9).

Dulce Verónica María, acójalo como una respuesta a su deliciosa carta. No sólo existirá muy pronto la Orden

(9) *El Paraíso,* cap. III de *La que llora.* (Ed. *Mundo Moderno*). (N. del T.).

de los Apóstoles de los Ultimos Tiempos, sino que creo que estamos también designados para formar parte de ese grupo. En lo que a mí respecta, va a hacer treinta años que tengo esa seguridad.

Les envío un consejo junto con mi *Paradis*. Y acaso esté revelando uno de mis secretos. Han leído en *La salvoción por los judíos* que Dios no puede hablar sino de Sí mismo. Ahora bien, Dios es Jesús y nosotros somos sus *miembros*. Por consiguiente, el Espíritu Santo está obligado a hablar también de nosotros y cada uno está en el derecho de aplicarse a sí mismo, *en calidad de tal*, cada una de las palabras del Santo Libro. Mucho tendría que decir sobre este asunto.

Me limito a este consejo, completamente pascual. Háganlo así y se sorprenderán del resultado. Llego hasta pretender que la Escritura nos profetiza a cada uno de nosotros de una manera especial y precisa. Cuando se lo descubre, es para morir de amor. Busquen en su *Quincena de Pascua*, en el 3er. Nocturno del Viernes Santo, el Salmo 87. Durante veinte años lo he querido descifrar para saber qué es lo que Dios quiere de mí.

Los abrazo.

LEÓN BLOY.

Dic nobis, Maria, quid vidisti in via?

*
* *

París, 11 de abril de 1907.

Queridísimos míos:

Sería inútil decirles que hemos leído sus cartas con deleite. No es una novedad. Saben que su padrino los ama y cuánto. Saben también cuánto los quieren mi mujer y mis

hijas. Este amor es verdaderamente sobrenatural. Hemos llegado al extremo de llorar de ternura cuando hablamos de ustedes.

Desde hace un tiempo, Jesús pasa y vuelve a pasar por nuestra casa, sensiblemente. Nuestra Semana Santa ha sido luminosa. Verónica se había impresionado de una manera verdaderamente extraordinaria con la muerte de la Señora de Viñes, y sobre todo por el pesar inmenso de nuestro amigo Ricardo. Quiso entonces consolarlo de algún modo. Su *Notre Dame des Orphelins* nos causa poco menos que miedo, tal es su belleza.

—Esta pobrecita está agobiada con su don —me decía Juana con gran fuerza expresiva.

Recordé esas florecillas inclinadas bajo el peso de la nieve, de las que habla Dante. Todo lo que pudiera decirles de su nueva obra no tendría sentido. Es una composición exclusiva y santamente religiosa, y no encuentro comparación que me permita darles a ustedes una idea de ella. Es como si se oyera llorar a María....

Ocurre algo más. Día a día tengo una visión más clara de mi tema, una certeza mayor, más deslumbrante. No es posible dudar que Dios desea mi libro. De otro modo, ¿por qué habrían de sucederse estas cosas? ¿Qué libro será, pues, *La que llora?* Pero Dios, que quiere todo a la vez, premisas y conclusiones, me dará lo que necesito.

Actualmente me ahogo, lo cual nada tiene de extraordinario, pues me ha sucedido con frecuencia. Me ahogo completamente, es indiscutible...

¿Les he hablado ya del hermano Dacien, ese pobre religioso tan asombrosamente enamorado de mis libros que, antes de conocerme, había pasado la mitad de su vida co-

piando y volviendo a copiar *La salvación por los judíos,* para difundirla?

Poseo, de este humilde entre los humildes, las cartas más sorprendentes. Ayer, al mismo tiempo que las dos cartas suyas, querido Jacques, recibí una de él, con motivo de mi santo, conteniendo un giro por veinticinco francos, que representan seguramente seis meses de economía. Dios, en su bondad, ha querido que el dinero de su pobre nos llegara muy oportunamente. Pero hay más: me rogaba el envío de un ejemplar de mis *Páginas escogidas* y otro de *La salvación por los judíos,* para un importante financiero, uno de sus antiguos discípulos, con cuya estimación cree contar. Adivino una combinación. Es un obsequio que quiere hacer para acompañar un pedido.

He aquí ahora lo que pido a mis tres ahijados. La letra de ustedes es muy buena. Si cada uno copia una tercera parte de mi *Paradis,* terminarían el trabajo rápidamente y podrían enviarlo a mi querido hermano Dacien. Habría que agregarle algunas líneas enérgicas y expresivas de Jacques, diciéndole lo que ha sucedido entre nosotros en estos dos años y que el envío de esa copia responde a mi deseo de introducirlo en mi paraíso. Tendrían así un hombre colmado de alegría y dispuesto a servirles. ¿Podrán hacerlo? Es urgente.

Los abrazo.

LEÓN BLOY.

*
* *

París, 10 de mayo de 1907.

Mis ahijados muy queridos:

El giro de ustedes llegó esta mañana, viernes, en el momento mismo en que se iban nuestros últimos centavos. El monstruoso compañero de toda mi vida oprimió sus garras sobre mi garganta por un instante. Jacques, Raïssa, Vera, el viejo mendigo los bendice desde lo más profundo de su corazón. Muchas veces llora de ternura recordándolos.

Admiremos todo lo que Dios hace. Esta mañana, despertar doloroso. Viva impresión de mis dos miserias, la exterior y la interior, y casi seguridad de sufrir siempre. Existen, decía para mí, almas especialmente elegidas a las que Dios gusta ver sufrir: "Tengo el éxtasis y el terror de ser un *elegido*". (Paul Verlaine).

Entonces, ¡todo está muy bien y vivan las almas! Si Dios suprimiera el "terror", ¿cómo se podría sufrir? *"Cœpit pavere"*, dice San Marcos relatando la Agonía.

Con espanto trataba de hallar una solución, cuando apareció el cartero. Lo muy particular en mi historia es que la *absoluta certeza* de ser siempre socorrido a tiempo, de una manera o de otra, no me impide jamás tener miedo cuando estoy amenazado.

La confianza no se quiebra, pero nada se realizaría si Dios me privara de la angustia.

Los hombres no podrían salvarse sin el sudor de Sangre de Jesús, provocado por su miedo y su *tedio*. *"Cœpit pavere et tædere"* (10). ¡Qué texto!

---

(10) "...Comenzó a atemorizarse y angustiarse". (*Marcos*, XIV, 33). (N. del T.).

Les relataré lo que nos aconteció el 29 de abril. Al día siguiente debía pagar unos centenares de francos y me había comprometido a hacerlo contando con Dios. Confiaba en tal forma con su ayuda, que no había realizado ninguna diligencia. ¿Cuál, al fin? A pesar de todo, todavía no era presa de la angustia. Durante toda la semana no había recibido ninguna carta, ningún signo feliz. A eso de las cuatro, llegan, una tras otra, primero una carta de Termier enviándome cien francos por medio de un amigo suyo, y un cuarto de hora más tarde, otra, de un ingeniero, también amigo de Termier, apasionado por mis libros, rogándome que aceptara quinientos francos. Lo volvimos a ver dos días después, y quería estar conmigo nuevamente antes de su partida para Hungría, donde trabaja. Lo invitamos a comer, y ya es mi nuevo discípulo. Al otro día recibí cien francos de Martineau, a quien no había recurrido. En total, setecientos francos en veinticuatro horas. Hubiera necesitado el doble, pero hemos podido respirar a fondo. Renovado nuestro crédito con este rocío, hemos tirado hasta la semana que termina hoy.

"...Mis caminos —le decía yo a X...— son extraños y sin dulzura, ya lo sabe. Es muy cierto que no conozco otros. Las personas que han llegado a mí han sido seres desgraciados o con necesidad de sufrir. ¡El sufrimiento es una gracia tan grande! Las almas designadas para esta escuela, verdaderamente politécnica, llegan a mi lado sin saberlo, como las ovejas van a pacer o van al matadero..." Raïssa, le transcribo para divertirla esto que me escribió el domingo un joven músico muy simpático, de la Schola, que vino para contemplar al autor de mis libros y salió de mi

guarida ebrio de entusiasmo: "Ahora sé cuán peligroso es transponer el umbral de su puerta. Queda la impresión de que uno *no puede* ni debe darse ya a nadie."

Es mi más reciente recluta.

El hermano Dacien es sublime. ¿Les había contado ya que este simple y pobre religioso, antes de conocerme, o más bien, antes de atreverse a escribirme, había copiado varias veces, con su buena letra de colegial, *La salvación por los judíos*, desde la primera hasta la última línea? Le envié varios ejemplares de la nueva edición, para que economizara su tinta y su papel. Su deseo sería que este libro llegara a todas las manos, con su nombre, dulce Raïssa. Haría usted bien de encomendarse a las oraciones de este humilde entre los humildes, de este generoso entre los heroicos, cuando necesite auxilio.

El querido hermano, sin saber nada pero adivinándolo todo, se esfuerza en este momento para que una señora muy rica de Tours se interese por mí. Le dejo hacer, convencido de que los santos viven en la tierra para operar milagros. Y este sería uno muy grande.

Me felicito de haberles presentado al hermano Dacien. Con frecuencia me pregunto si no es él el único de mis contemporáneos que me inspira entusiasmo.

¿Qué más decirles? Pasa el tiempo sin que mi libro adelante. Esta circunstancia espantaría a nuestro bueno y sabio Termier, pero es así, y la explicación no resulta muy fácil. Es evidente que Dios desea ese libro, ya que se le oponen tantos obstáculos. Desde que lo comencé pude descubrir que mucho era lo que debía aprender aún, que la Santa Montaña era movediza, hasta flotante, y que debía des-

plazar constantemente mi objetivo. Terminaré, y muy pronto sin duda, por enfocar donde corresponde.

Confíen ustedes también, mis queridísimos, y rueguen por mí, por el pobre padrino que tanto ha rogado por sus ahijados.

Los abrazo.

LEÓN BLOY.

*
* *

París, 26 de junio de 1907.
San Juan y San Pablo.

"Hodie mecum eris in Paradiso: En el Paraíso, ¡qué mansión!; hoy, ¡qué prontitud!; contigo, ¡qué compañía!" (Bossuet).

Mis queridísimos:

Son las siete de la mañana. Vuelvo de la basílica, de rogar y llorar amorosamente por ustedes durante dos misas. Juana me reemplaza en este momento. ¡Qué gran fiesta la de hoy: *Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!*

Hemos subido con ustedes a la Montaña y estamos a su lado más presentes que las personas que los rodean y algunas de las cuales son, sin duda, fantasmas.

Ayer por la mañana, al mismo tiempo que la carta de Vera, recibí unas líneas de Termier, diciendo que los pases habían sido enviados —¿de segunda, verdad?— y nos alegramos muchísimo. Ya ven, todo se arregla.

Mucho espero para ustedes y para nosotros de esta peregrinación. Una gran alegría de amor para ustedes tres y para mí, la paz exterior y la luz interior. ¡Ah, cuánto espero

todo eso y cuánto lo deseo! ¡Con qué fervor he pedido a Nuestra Señora de la Salette, a quien los confié e hice responsable de ustedes! Los recordamos siempre y nuestro corazón está junto a ustedes en todas partes, en la fuente y ante las tres imágenes (el desgraciado Huysmans, que se esforzó en ridiculizarlas, debe conocer ahora su sentido profundo); en el camino de la meseta, admirable sucesión de paisajes; en el pequeño cementerio donde reposa desde hace veintiocho años el abate Tardif de Moidrey, que me abrió el libro, el único Libro.....

Los seguimos a ustedes paso a paso, nuestros corazones no se alejan de los de ustedes y no podemos recordarlos sin emoción.

¡Qué felicidad sería recibir unas líneas escritas desde la Montaña!

Después de pasar momentos sombríos, de grandes penas, he podido continuar *La que llora,* libro infinitamente difícil. He redactado ya varios capítulos nuevos, que no creo inferiores al del Paraíso.

Hasta pronto, queridos ahijados. Socórranme desde Allá Arriba. Los abraza

LEÓN BLOY.

*
* *

París, 28 de junio de 1907.

Queridos peregrinos:

Han de haber recibido hoy, hacia el mediodía, junto con la nuestra del miércoles, una carta de Termier enviándoles los pasajes y una invitación para que se detengan en su casa de Verses. Estos resultados me satisfacen de tal modo

que creo soñar. ¡Cómo será, que escribo este lugar común hasta con borrones!

Vimos ayer al admirable Termier, cuya amistad con nosotros parece aumentar día a día. Naturalmente, están ustedes comprendidos en este cuadro de progreso, y he aquí que toda una familia cristiana desea verlos, recibirlos en ese valle sublime. Esta noticia nos ha llenado de alegría. A Termier le sería muy grato ir a esperarlos personalmente en la pequeña estación de Saint-Georges-de-Commiers cuando vuelvan ustedes de la Salette y de la Mure. "Ya que desean ser confirmados en Grenoble —me ha dicho—, hallarán en Varces, a media hora de la ciudad, el alojamiento indispensable, mientras se hagan los trámites necesarios; para nosotros será un gran honor y una gran alegría ayudarlos en todo."

El único miedo de este excelente amigo es que ustedes teman prolongar la estada en la Salette uno o dos días más, lo que sería una pena y una tristeza. Les escribo sólo para avisarles, queridos amigos, que es preciso que acepten sin titubear, poniendo toda su confianza en Dios. Todavía no han sido ustedes engañados. Quiero creer que están en este momento en la Montaña, en plena alegría y salud, después de un feliz viaje, y que éste, aparentemente peligroso para Raïssa, le haya sido, por el contrario, de gran beneficio. Y si así no fuera, aun faltaría el sacramento de la Confirmación, cuyos efectos son con frecuencia milagrosos, sobre todo en circunstancias como ésta.

Esperen, pues, con confianza y crean en lo que Dios y su Madre que llora les dicen por mi intermedio y por el de ese cristiano verdadero. Juana y yo tenemos la viva impresión de que ha de cumplirse en nosotros algo de gran importancia querida por Dios.

Por lo tanto, valor, confianza y oración. Jacques, Raïssa, Vera, amados de Jesús, no dejamos de estar con ustedes.

LEÓN BLOY.

*
* *

París, 11 de agosto de 1907.

Mi querida ahijada:

Estoy tristísimo de no verla, y más aún sabiendo que sigue usted siempre enferma. Pero al pensar en todo lo que ha sucedido, no sé si hay que lamentarse o envidiarla.

Muchas veces me he preguntado si nuestra pequeña Raïssa no será acaso un holocausto, una ovejuela elegida por Dios. Hablaba ayer con Jacques de la Fe, que los pretendidos cristianos poseen sólo por excepción y que quizá sea el privilegio de algunos judíos y de un gran número de idólatras. En una de mis últimas cartas a Termier le hablaba también de ese *don de Dios* que se cree tener, lo que es absurdo, pues bastaría *un poco* de Fe para realizar milagros como los de Moisés. Jesús lo ha dicho.

Afirmaba, pues, a nuestro querido sabio que es esto lo único que debemos pedir, y se lo afirmo también a usted, Raïssa, con todas mis fuerzas. Pídale a Jacques que le lea el milagroso capítulo XI de San Pablo a los Hebreos. Es seguramente uno de los que inspiró a San Jerónimo esta frase, que Jacques le traducirá: *Quotiescumque lego Paulum Apostolum, videor mihi non verba audire, sed tonitrua....*

Quocumque respexeris, fulmina sunt.

¡Desciendan sobre usted, mi dulce Raïssa, todas las bendiciones! He creído sentir que debía escribirle estas líneas,

a riesgo de interrumpir mi continua meditación sobre el misterio de la Salette. Pero, no; no creo haberlo interrumpido.

Su padrino, que la ama tanto como le es posible.

LEÓN BLOY.

*
* *

París, 25 de setiembre de 1907.

Mi querida y pequeña Raïssa, queridos míos:

Tendrán que partir usted y Jacques (pues creo que Vera quedará aquí) sin haber visto a mis viajeras. Dios ha querido esta privación. Iré a Tréport el martes y pasaré allí tres o cuatro días antes de traer a mi familia. Verónica necesitaba imprescindiblemente reponerse. *Pero les dedicaré a ustedes el lunes* o cualquier otro día de esta semana, incluso el domingo, siempre que me avisen. Para estar juntos el mayor tiempo posible sería preciso almorzar en la calle Cortot. *Prevénganme* para que prepare alguna cosa.

Que Jacques no vea a Stock. Tengo en vista una nueva combinación, y su entrevista con él podría hacerla fracasar. Sigo esperando mucho de ese libro, que me ha costado tanto; pero nada de lo que es para la Salette se realiza sin sufrimiento. Me preparo para grandes penas. Varias veces he tenido la oportunidad de ver y sentir que *La que llora* es inaccesible y carece de interés para los que no ponen a Dios antes que todas las cosas.

Hasta el lunes, mis queridos amigos.

Los abrazo.

LEÓN BLOY.

28 de octubre. (¡Vean dónde estoy!...)

París, 30 de octubre de 1907.

Muy queridos:

Tenemos al fin la dirección de ustedes, que habían olvidado dárnosla. Esto nos sorprendía y era motivo de la mayor tristeza para nosotros. La noche anterior —le ruego que me crea— soñé con usted, mi querido Jacques. Le reprochaba su silencio y usted se disculpaba dando como explicación su inquietud por Raïssa. Después, todo se esfumó.

La salud de Magdalena es también para nosotros una preocupación. La pobrecita está con ictericia, y a pesar de mi desagrado ha sido necesario llamar al médico, que opina que no es nada grave. Soy del mismo parecer, pero hemos sufrido demasiado para no preocuparnos cuando se presenta cualquier enfermedad.

Además, ¡cuántas otras cosas! Ningún editor quiere saber nada con *La que llora.* No busco más, convencido de la buena voluntad de Dios. El libro será publicado, de una manera o de otra, en tiempo oportuno.

Lean la carta adjunta de un sacerdote a quien no conozco. La recibí el viernes, probablemente en el mismo momento en que ustedes me escribían después de haber venerado a los Santos Apóstoles. Tanto he pedido y deseado, desde hace días, que se publique mi libro de cualquier modo, para la Gloria de María, que he creído ver en esa carta *una respuesta.* Por medio de mis libros he influído en las almas, ustedes lo saben. ¿Por qué no ha de llegarme algo por ese lado? Lo sabré mañana. Contesté en pocas líneas que

esa carta me honraba sobremanera y que recibiría encantado la visita anunciada. Ya les relataré lo que resulte.

Ya no tengo tos, pero estoy triste, constantemente desolado. No llego a conformarme con mi situación miserable, con mi importancia, con la excepcional injusticia que sufro. La aparente imposibilidad de publicar *La que llora* es el último golpe. En fin, pertenezco a la Salette, a la Inmaculada Concepción estigmatizada, coronada de espinas. Por lo tanto, es necesario sufrir; espero toda clase de tribulaciones.

Había decidido empezar *La sangre del pobre,* como hablamos en la última visita de ustedes, pero me ha sido preciso renunciar momentáneamente a ello y hacer otro trabajo más fácil. Elegí preparar el cuarto volumen de mi diario, que titularé modestamente *El invendible* (continuación de *El mendigo ingrato, Mi diario* y *Cuatro años de cautiverio)* (11).

INTRODUCCIÓN SIN TÍTULO

—¡Buen Dios o buen diablo! ¡Siempre se vende lo mismo!

Exclamación de un vendedor ambulante, que arroja un haz de luz sobre el siglo XX. Dios y el diablo están, y cada vez más, al margen de toda discusión. Su afirmación o su negación no es sino bagatela para la edad pueril de la Humanidad. Cuando por fin la raza humana sea razonable, entonces venderá... y solamente venderá. Venderá todo. ¡Malhaya el que da! ¡Malhaya la Jerusalén de los que dan! ¡Desdichado de mí!..

¿Es precisamente *desdicha,* lo que debe decirse?

—¡Tú eres tan pobre, que has podido dar a los más ricos! ¡Te has dado tú mismo, con tal profusión, que Aquel que ha redimido a todos los hombres ya no sabe lo que te debe! Mezquina parecería la munificencia de Creso, si se la comparase con una gota del sudor de la frente de un pobre que trabaja por Jesucristo.

---

(11) *La sangre del pobre,* como asimismo estos cuatro y los tres posteriores volúmenes que comprenden los "diarios" de León Bloy (*El viejo de la montaña, El peregrino de lo absoluto* y *En el umbral del Apocalipsis*) han sido publicados en castellano. (Ed. *Mundo Moderno*). (N. del T.).

Tus libros, olvidados y perdurables, que se parecen a noches de amor, han consolado a tres o cuatro desesperados. Han repatriado a media docena de ciegos desterrados, que a tientas y en vano buscaban la Luz; han restituído a Jesucristo el Buen Ladrón, que ignoraba que el tremendo Suplicio tuviera un reino...

¿Acaso esto no se paga con la ignominia y los tormentos?

Serás INVENDIBLE a perpetuidad, tan Invendible en tus libros como en tu persona, y de este modo se realizará la completa separación, que naturalmente deseas, entre los que venden y los que se venden.

Tu participación no será otra que la miseria invencible y la constante saciedad de tribulaciones. La mendicidad, la enfermedad, *los hijos muertos,* el desprecio de los inferiores, el ultraje universal, y siempre esa angustia inmensa del hombre que, paralizado por una inexplicable fuerza, asiste impotente a la perdición de los otros...

Por último, tu senilidad, tu vejez, anciano león en medio de las crines de los asnos...

¡Invendible serás entonces, más que nunca! ¡Ya ni siquiera se te editará, y tendrás mucha fortuna si logras una sepultura!...

Tales son mis pensamientos y sentimientos, sugeridos por el miserable blasfemador mencionado al comienzo.

He aquí, mis ahijados muy queridos, todo lo que soy capaz de escribir hoy. Agrego, para no privarme de rendir homenaje a la verdad, que el exilio de ustedes es para mí una dura penitencia.

Los abrazo.

LEÓN BLOY.

*

* *

París, 4 de diciembre de 1907.

Queridos amigos *Jacques, Raïssa* y *Vera:*

Escribo los nombres de ustedes sólo para darme un placer, como si respirara en un bello jardín misterioso.

Han llegado los veinticinco francos y estoy obligado a declarar que este dinero de los pobres nos fué utilísimo. Pero es necesario que me recuerde a mí mismo, para no sufrir, que es la propia sangre del Sudor Divino que fluye de las almas heroicas, mis queridísimos hijos.

Todo parece arreglarse con respecto a *La que llora*. Las circunstancias son maravillosas y hacen creer que la Santísima quiere este libro, y que esta formidable defensa, que no podía realizarla sino yo, me dará lo que siempre me ha faltado: el éxito.

Estoy enfermo y estas líneas han sido interrumpidas por una veintena de accesos de una tos fortísima. Toso así noche y día, desde hace dos o tres meses.

Abracémonos a través del Rin y rueguen por mí.

LEÓN BLOY.

*
* *

París, 23 de diciembre de 1907.

Y bien, ahijado y ahijadas, ¿no tutearé a nadie y nadie ha de tutearme? Comprenderán ustedes que eso me hace tener la sensación de una infinita soledad.

No puedo aceptarlo. Queda, pues, convenido, Jacques, Raïssa y Vera, que los tutearé audazmente. Y voy a esto: no apruebo los envíos de dinero, los de ustedes, se entiende. Los tres se han privado de algo para nosotros, y eso nos entristece. Termier, precisamente, acaba de proporcionarnos una dulce sorpresa, pues quiere que nuestra nochebuena sea menos fría y más alegre.

Pero me urge salir para el correo y no tengo ánimo para

nada. Me siento atontado, sin otro deseo que el de enviar este papel a tiempo para que les llegue el día de Navidad.

Los abrazo tiernamente, "te" abrazo, mis queridos ahijados, y cierro esta carta con el mismo afán.

¿"Has" recibido, mis queridos ahijados, una carta de Magdalena? Verónica está en este momento en la Schola. Yo la reemplazo.

Abrazos de

LEÓN BLOY.

P. D. Y ahora que se ha roto el hielo, mis ahijados queridos, me siento completamente cómodo para "decirte" que tengo una verdadera pena. Nuestro pequeño Siam ha muerto y lo enterramos en el jardín. Se había tragado una horrible espina y murió en mi presencia, sufriendo mucho. Dígase lo que se quiera, he llorado, y volvería a llorar, aunque este pobre ser tantas veces me había exasperado.

*
* *

Calle Cortot, 12, enero 16 de 1908.

Muy queridos ahijados:

Pienso siempre en ustedes mucho y con amor, en la Basílica o en casa, y nunca les escribo. ¿Se lo explican?

Esta mañana, especialmente en la Misa, el recuerdo y las queridas imágenes de ustedes me visitaron con una fuerza extraordinaria. ¿Qué hacían y dónde estaban a las siete? Tuve la sensación de hallarme muy cerca de ustedes, y lloré de ternura. Sólo soy capaz de una oración, de un deseo para los que amo y para mí: *¡Hacednos santos!*

Mi fiel Barbot vigila personalmente, con piadoso celo, la impresión de *La que llora,* y las pruebas me embriagan. Acaso ese cántico de guerra que María me reclamaba hace treinta años y que necesité treinta años de dolores para ponerme en condiciones de escribir, determine un cambio en mi vida. ¡Rueguen ustedes para que así sea, mis queridos ahijados! Rueguen que cambie mi vida moral, para que no siga siendo un cristiano cobarde, para que cambie mi situación material y deje de ser un cautivo. Esta gracia no les será negada a mis hijos espirituales.

Cuando hube terminado el libro, se lo ofrecí a Bloud, el editor católico más importante de la hora actual, explicándole con toda claridad mis deseos. El rechazo, desde luego previsto, fué inmediato. Dos meses más tarde, después del hallazgo de Barbot, Bloud, arrepentido, me escribe que ha reflexionado. Le respondo que es tarde ya, pero que le daré con gusto la preferencia para estampar como pie de imprenta su sello de editor. Dios quiera que acepte. Sus catálogos se remiten a todas partes y llegan hasta los más oscuros seminarios y las parroquias más lejanas. *La que llora* sería conocida universalmente y de inmediato, y así, de un solo golpe, mi vida cambiaría y tendrían ustedes un padrino famoso.

Rueguen por mí todo lo que puedan. Cuento con ello.

¿Cuándo volverán? Se habló de Pascua o de otra época, ya no lo recuerdo. Me parece que todo está infinitamente lejos. ¡Son ustedes tan queridos y deseados aquí! Verónica y Magdalena los extrañan y me encargan, lo mismo que su madre, que los abrace mil veces.

LEÓN BLOY.

París, febrero 5 de 1908.

Queridos míos:

¡Qué afán de enviarnos dinero! ¿Es que tienen ustedes de sobra? No nos perjudica, estamos obligados a reconocerlo; pero desearía que las cosas fueran de otra manera y que llegara mi turno de dar.

Estoy enfermo de cuerpo y alma, enormemente triste y cansado. Todo lo que veo y oigo hiere en mí el sentimiento de justicia, hasta en lo más profundo. Soy como un sediento moribundo que sólo tuviera a su alrededor raudales de plata viva o ríos de plomo fundido, en una primavera de purgatorio. Mi impotencia, que parece aumentar día a día, me trae un sufrimiento infinito.

La que llora se imprime con lentitud. No hay más que un solo juego de tipos y la imposibilidad de inmovilizar un gran número de caracteres obliga a ir tirando pliego por pliego, previo un minucioso y continuo trabajo de *distribución.*

Será una edición muy cuidada, muy hermosa, pero dudo que pueda terminarse para marzo. Lo probable es que salga en abril. Todo es para bien, sin duda, y todo es adorable.

Me imagino, desde luego, que me esperan sufrimientos de otro género en esta oportunidad. La Salette es muy dolorosa, usted lo sabe, y resulta formidable haber sido designado para ser *único* reivindicador.

El Invendible no marcha más rápido que *La que llora.* No sigo bien de salud y el trabajo me fatiga. Sin embargo, este trabajo es grato a mi corazón. Llegué hasta el segundo semestre de 1905. Recibí la primera carta de ustedes el 20

de junio, fiesta de San Bernabé (transferida del 11) y los vi la primera vez el 25. Desde ese momento los encuentro a cada instante. ¡Qué hermosa historia! ¡Y cuánto más hermoso lo que ella supone y que un día nos será revelado!

Jacques, Raïssa y Vera, los abrazo con cariño. Rueguen por mí *muy especialmente*. Lo necesito mucho. Estas palabras son serias y graves.

Los abrazo.

LEÓN BLOY.

P. D. Magdalena recibió la carta de Raïssa. Ya era tiempo. Se estaba hablando aquí de enviarles a Heidelberg una declaración firmada colectivamente, diciendo que ya se habían cansado ustedes de los Bloy, etc.

En todas sus cartas aluden ustedes a un trabajo enorme e interminable de Jacques. Tengo curiosidad de saber qué trabajo es ése. Quisiera que se tratara de la destrucción de algo alemán.

*
* *

Calle Cortot, febrero 14 de 1908.

Mi querido ahijado:

Acabo de releer tu carta, que me devuelve Termier, a quien se la había enviado. Eres muy amado de Dios, mi querido Christophe, y expresamente designado para llevar a su Hijo a través de los más fétidos y furiosos torrentes. Por lo tanto, nada tienes que temer por tu alma, y menos por tu cuerpo. Me refiero a ti y también a mis exquisitas y perfectas ahijadas queridas, Raïssa y Vera.

Creo que los que me aman, que los que están conmigo, nada deben temer, a condición de que no se hagan concesiones al demonio; *nada,* ni siquiera un cabello. Si los sacerdotes han perdido la fe hasta el punto de no confiar en su privilegio de exorcistas y no usar de él, será una horrible desgracia, una atroz prevaricación, por cuya causa están libradas a los peores enemigos las pretendidas histéricas que llenan los hospitales. Porque ustedes saben que el Demonio es un galanteador, un espantoso galanteador, que busca especialmente a las mujeres.

Pero nosotros, los laicos, nada podemos directamente y nada debemos intentar. Emprender nosotros la expulsión de un demonio sería tan temerario como lanzarnos al abismo confiados en el sostén de los ángeles.

Sólo tenemos la oración, cuyo poder es incalculable, infinitamente mayor que la distancia que media entre la tierra y las estrellas más imperceptibles. Hay que detenerse allí, vigilando atentamente para no llegar hasta donde no nos incumbe. Este padrino de ustedes, que es un bonzo lleno de sabiduría, insiste particularmente en ese punto, mis queridos ahijados.

Y ahora vuelvo a mi *Invendible,* que es una especie de vómito. No puedo terminarlo y lo mismo me sucede con *La que llora,* de la que apenas la mitad está compuesta.

Un beso a cada uno, con todo cariño.

LEÓN BLOY.

*
* *

París, febrero 25 de 1908.

San Matías, Apóstol del Espíritu Santo.

Queridos míos:

Les envío adjunta la respuesta de Victorion a mi carta del día 13, cuyo texto decía así:

"Estimado señor: Nunca he sabido exactamente cómo se hizo la nueva edición de *La salvación por los judíos* que lleva su sello. Sólo sé que los admirables amigos a quienes debo esa edición han sido magníficamente discretos. No le pido ninguna explicación, pero le ruego que tenga a bien enviarme una docena de ejemplares, si está usted autorizado para hacerlo".

¿En qué forma se ha realizado la edición? Me lo supongo y Dios sabe todo lo que en mi corazón hay para ustedes; pero la contestación de Victorion me sorprende y me inquieta. En efecto, parecería que este desafortunado libro está nuevamente *enterrado,* pues los que desean adquirirlo no lo encuentran y no saben adónde dirijirse, y yo, su autor, no puedo informarlos. Esta situación resulta tan molesta como curiosa. Es necesario hallar el medio de cambiar esto, mi muy querido Jacques. Los *invendidos* de que habla Victorion, están en alguna parte, en algún lugar oscuro, *húmedo* quizás, y anhelan ser salvados.

La dificultad consiste en encontrar un depositario que se encargue de la venta. Pensé en Vallette, que acaba de adquirir a bajo precio mil cien ejemplares no vendidos de *El mendigo ingrato.* Pero me imagino, suponiendo que acepte, que ha de querer cambiar el título y la tapa, lo cual me parece muy triste, aunque es verdad que así la edición de Victorion,

es decir, la verdadera "edición Raïssa", se tornaría rarísima e inestimable.

Piensa en ello, mi querido Christophe; ante todo, hay que salvar el libro. Vale la pena y ha costado bastante.

Cuando nos escriban comuníquennos sus proyectos, sus intenciones y sus esperanzas para el porvenir. Si tuviéramos la felicidad de que Dios los haga radicar en París, habría quizás algo que proponerles.

La que llora se imprime muy lentamente; sin embargo, hemos pasado ya de la mitad y se espera su aparición para abril.

Si el gran editor católico Bloud acepta que la edición lleve su sello —y hay razones para esperarlo— todo podría andar bien. Acaso María quiera favorecer magníficamente a su abogado.

En cuanto al *Invendible,* no podrá aparecer hasta el otoño.

Los abraza muy cariñosamente a los tres

LEÓN BLOY.

*
* *

Calle Cortot 2, marzo 10 de 1908.

¿Por qué quieres hacernos llorar, mi querido ahijado? ¿No has comprendido aún que nada debemos temer estando, como estamos, sustentados por la mano de Dios?

En este momento debo algo a los proveedores, unos cientos de francos, y no tengo ni un céntimo para pagarles. Pero *sé* que les pagaré a tiempo, y esto me basta. Sé, sobre todo, que si mi confianza es perfecta, la inquietud no me atormentará ni un instante.

Recibí los doce ejemplares de la *Salvación*. Voy a tratar de que Vallette adquiera los *invendidos*. Creo que han de ser muchos, pero no tengo idea de cuántos. Quizás ochocientos, quizás mil. Convendría que esta pregunta te la hicieras tú, no yo...

La que llora se imprime lentamente, pero con seguridad y belleza.

Esta mañana recibí una carta terrible de Florian, anunciándome la muerte de Joseph Polak, aquel joven sacerdote moravo que encontramos con él en la Salette y a quien queríamos con sólo haberlo visto dos días. En algunas difíciles conversaciones en latín —pues sólo podía leer el francés— me hizo saber que me admiraba por encima de todo y he sabido por Florian que la imposibilidad de conferirme un mayorazgo de príncipe del imperio, o por lo menos hacerme vivir, desolaba a ese corazón ingenuo.

Florian cree que Polak ha sido *envenenado*. Los detalles son a tal punto demoníacos, que no me atrevo a transcribírtelos, pues esta carta ha de ser leída por mis queridas ahijadas.

Creo que el piadoso Polak, al regresar de la Salette, había ofrecido por *alguien* el sacrificio de su vida, hasta el extremo de buscar deliberadamente los tormentos. El 17 de agosto de 1906, acompañando a mis dos amigos moravos hasta el lugar donde se pierde de vista la basílica, tuve con él, lo recuerdo muy bien, una última conversación —en latín—, en la que se habló de la suprema alegría del martirio... ¡Qué espantosa inmolación!

No sigo, me falta valor.

Los abrazo a los tres cariñosamente.

LEÓN BLOY.

París, marzo 16 de 1908.

Mi querido Jacques:

Todavía continuamos bajo la dolorosa impresión de tu carta del 10, que seguramente se cruzó con la mía de la misma fecha. Ahí va la respuesta de Vallette a mi apremiante pedido de que adquiera la *Salvación*. Evidentemente habrá que aceptar lo que propone. Figurando en el catálogo del *Mercure,* al menos se sabrá dónde encontrar este desgraciado libro. En cuanto al almacenaje del resto, tengo en casa un buen lugar, al abrigo de la humedad, pero no caben muchos ejemplares. Sería necesario saber cuántos han quedado y, sobre todo, no esperar más. La visible impaciencia de Victorion me inquieta.

Todos rogamos por Raïssa, pero tendríamos necesidad de noticias más frecuentes. Siquiera algunas líneas cada tres o cuatro días, en una tarjeta postal. ¡Su salud nos es tan querida! Tomen esta resolución, Jacques y Vera, y digan a nuestra queridísima enferma que en la casa de los pobres de la calle Cortot se la quiere tierna y profundamente. En lo que a mí respecta, aceptaría encantado sufrir por ella y en su lugar, si Dios quisiera.

La que llora estará terminada seguramente este mes. Dios y su Madre han de procurarme el editor que aún no tengo.

Los abrazo, mis queridos ahijado y ahijadas.

Que Aquella que lloraba en 1846, dos meses después de mi nacimiento, tenga piedad de todos nosotros.

León Bloy.

*

* *

París, sábado Santo de 1908.

Ahijados queridísimos:

Esto no es una carta. Es una simple faja de envío para estas tarjetas postales.

Les escribiré en el transcurso de la semana de Pascua.

Mi vida es la de siempre, colmada de angustias. ¡Tengan piedad de mí!

Pueden estar seguros, mis queridos ahijados, que no es la menor tristeza saber que el Enemigo los persigue. Pienso siempre en ustedes y hace tiempo que no dejo de ofrecer por los tres todo cuanto un hombre puede sufrir.

¿Volverán ustedes algún día?

Usquequo, Domine?

Los abrazo.

LEÓN BLOY.

*
* *

Créteil, agosto 21 de 1908.

Queridos míos:

La carta de Raïssa llegó esta mañana, después de nuestra Misa cotidiana, desgraciadamente la única que se ofrece en San Cristóbal —sí, Jacques— en San Cristóbal. Me parece que nuestra dulce Raïssa lleva sobre sí una pesada carga, y pido a Dios que ponga, al menos una parte de ella, sobre mis espaldas.

Tratamos de descansar de los últimos tormentos que pasamos en París, que nos han dejado extenuados. El demonio había recibido el poder de mortificar al autor de *La*

que llora, y lo consiguió ampliamente. Ya les contaré. Por el momento han de conformarse con estas pocas líneas. Me siento completamente atontado e incapaz hasta de leer. Todos estamos bien, por lo demás.

Los abraza

LEÓN BLOY.

*
* *

Le Tréport, setiembre 8 de 1908.

Natividad de la Santísima Virgen.

Mis queridos ahijados:

¿Dónde están y qué hacen ustedes? No sabemos nada. Nuestra última carta contestando aquella en que nos decían su falta de entusiasmo por Saint-Pierre-en-Port, ha quedado sin respuesta. ¿La habrán recibido? Les ofrecíamos para el mes de setiembre, completamente disponible, nuestra pobre vivienda de la calle Cortot; quizás, les pueda ser útil. En fin, deseamos, sobre todo, noticias de ustedes. ¿Cómo está Raïssa? ¿Cómo estás tú, Jacques? ¿Y Vera? ¿Les es imposible escribir unas líneas a los que tanto los quieren y que están atormentados por la inquietud?

No somos muy felices. Esta estada en Tréport, que tanto deseábamos por la salud de las criaturas, y que parecería sentarles muy bien, no transcurre sin traernos cada día aflicciones más amargas. Nadie responde a nuestras cartas. Partimos confiando en la gracia de Dios, con muy pocos recursos, y no sabemos cómo vamos a continuar. Fiasco de *La que llora.* Fiasco de todo, parecería. Nuestra confianza no está aún comprometida y espero que no llegará a es-

tarlo, pero sufrimos. Hoy hace justamente un año que terminé *La que llora*. Creía que mi Señora de la Compasión me iba a dar un poco de alegría para este aniversario, que es también el de su Natividad. La prueba es ruda. Son las tres de la tarde y no he recibido nada.

Escríbanme, por piedad.

Los abraza

LEÓN BLOY.

*
* *

Le Tréport, setiembre 25 de 1908.

Mi querido Jacques:

Te anuncio que llegaremos a Montmartre el lunes 28. Quisiera descansar después de estas vacaciones, que han sido muy rudas, y en cierto modo hasta un poco terribles; pero tendremos que mudarnos en seguida y pienso en ello con terror.

Aquí, el hotel está pago. Un pequeño envío de Vallette nos alcanzó y tenemos el dinero suficiente para llegar a la calle Cortot en estado de náufragos. Dios hará lo demás. Tendremos que mudarnos, pagar por adelantado la casa de la calle de la Barre, entregar doscientos francos por el arreglo del piano, que nos hará falta de inmediato. Además, necesitamos adquirir algunas cosas indispensables para nuestra nueva instalación; en fin, tendremos que vivir. Todo ello representa una suma bastante seria. El solo pensarlo me marea. Termier, a quien ya he advertido, me ayudará sin duda, pero, ¿con cuánto y cuándo?

Y esto es todo, mis queridos ahijados. Ya ven que mi triste vida no cambia. Nuestro Señor bendito quiere, con cer-

teza, que muera como he vivido, en los tormentos de la miseria. Acepto, pero es mi deseo poder terminar mi obra, dar a algunas almas ciertos libros que llevo en mí desde hace años y crecen por día en mi mente.

Mis fuerzas físicas declinan. Pierdo el sueño y el apetito, me ahoga una obsesionante tristeza y no sé cómo he de luchar nuevamente contra las ansias de la privación, con el aplastante agregado de la educación de nuestras queridas hijas.

Dios mide el viento para la oveja esquilada, lo sé y sigo esperando.

Rueguen ustedes todo lo que puedan por el padrino, por este viejo carnero.

El padre Fáber, que es para mí el más grande escritor ascético del siglo, me ha consolado aquí algunas veces.

"La pena, la tristeza —dice—, son también un éxito para aquellos que en nada han podido triunfar". Esa es mi suerte.

Días pasados le hablé así a Nuestra Señora:

"Mi queridísima Soberana, yo no sé lo que es honraros " en tal o cual de Vuestros Misterios, según fué enseñado " por algunos de Vuestros amigos. Nada quiero saber sino " que Vos sois la Madre Dolorosa, que toda vuestra vida te- " rrenal no fué más que dolor y que yo soy uno de los hijos " de Vuestro dolor. Me he puesto a Vuestro servicio como " un esclavo, os he confiado mi vida temporal y espiritual " para obtener por Vos mi santificación y la de los demás. " Solamente de esta manera, a este solo título, es como yo " puedo hablaros. Carezco de fe, de esperanza y de amor. " No sé orar e ignoro la penitencia. Nada puedo y nada soy, " sino un hijo del dolor. No reconozco en mí ningún mérito,

" ningún acto verdaderamente bueno que pueda hacerme agra-
" dable a Dios, pero soy esto, soy un hijo del dolor. Vos sa-
" béis que en otro tiempo, hace más de treinta años, obede-
" ciendo a un impulso que me venía seguramente de Vos,
" reclamé para mí todo el dolor posible. Puedo, por eso,
" ofreceros mi dolor, que ha sido grande y continuo. *Tomad*
" *de este tesoro para pagar mis deudas y las de todos los se-*
" *res a quienes amo.* Y luego, si Dios lo permite, dejad que
" sea Vuestro testigo en los tormentos de la muerte. Os lo
" pido por Vuestro dulcísimo nombre de María." (12)

El sábado último, día 19, fué el sexagésimo segundo aniversario de la Aparición de la Salette. Circunstancia extraordinaria: este año, lo mismo que en 1846, año también de mi nacimiento, el sábado de Témporas de setiembre cayó el 19, víspera de Nuestra Señora de los Dolores. Esto no acontece con frecuencia. Me pregunto si es por primera vez y si la Santísima Virgen ha querido que coincidiera también con la publicación de mi libro.

¡Cuánto motivo de esperanza... y de temor! Cumplo sesenta y tres años, es mi año *climatérico (siete por nueve)*, el más crítico de la vida humana, según la tradición, en el cual todo puede sucederme, tanto de fausto como de infausto. Sólo Dios lo sabe. Nunca he sentido más necesidad de auxilio.

Hasta pronto, mis queridos Jacques, Raïssa, Vera, amados de Nuestra Señora de la Compasión, que los ha acogido por mi intermedio. Pídanle gracia para el miserable que los abraza con ternura.

LEÓN BLOY.

---

(12) *El viejo de la montaña*, 16 de septiembre de 1908. Ver *Misión de León Bloy*, de Stanislas Fumet. (N. del T.).

Sábado 26.

Mi queridísimo Jacques:

Mi carta no pudo salir ayer. Con gran alegría recibimos la tuya esta mañana y deseo contestarla.

Me veo obligado a aceptar el dinero de mis pobres ahijados, pues llegaremos al lunes con muy poco. Tus cincuenta francos me permitirán darme vuelta en mi lecho de ascuas, y lo demás llegará con o sin sufrimientos. Nunca hemos sido abandonados. Habrá que enviar el giro el lunes para que lo recibamos allá, en la calle Cortot, el martes de mañana. Eso es todo.

Tu carta acrecienta, si ello es posible, nuestro deseo, nuestra hambre de verlos, de abrazarlos tiernamente a ti, Jacques, a ti Raïssa, a ti Vera. ¡Qué alegría volverlos a encontrar!

Sí, Jacques, se está muy solo cuando se va hacia Dios; sentiremos eso más y más. Traten de ir a cenar con nosotros el martes.

Los abraza

LEÓN BLOY.

*
* *

Calle Cortot, 12 (¡Ay de mí, todavía!).

30 de setiembre de 1908.

Muy querida y dulce ahijada Raïssa:

¿Por qué no te escribí ayer? Me entregaron tu carta la noche misma de nuestra llegada, el lunes, y ese pobre dinero, que sin duda les cuesta tan caro, nos salvará por dos o tres días más. Creo contar con Termier para el resto.

Me parece haber vivido hasta ahora en una nebulosa, a causa de la fatiga, del insomnio, de la inquietud y de la continua tristeza.

Hemos visto nuestra nueva casa. Ha sido blanqueada y retocada durante nuestra ausencia por un joven arquitecto amigo mío, que no quiere oír hablar de dinero hasta más adelante.

¡Qué refugio, qué oasis! Se podría alojar a dos familias. Vecindad inmediata del Sacré-Coeur, árboles, algunos frutales, flores, un bonito gallinero, una portera simpática y, sobre todo, soledad, alejamiento infinito de los vecinos horrendos que tanto nos han hecho sufrir.

Cuando vengan a comer, mis queridos ahijados podrán pasar la noche aquí y luego comulgar con nosotros al día siguiente. ¡Qué felicidad!

¿Por qué ha de ser retrasada esta alegría? ¿Y por cuántos días aún?

Pidan a Nuestra Señora de la Compasión que se apiade de su viejo abogado, que no puede más, y que lo trate con dulzura.

Nuestra casa de la calle Cortot está más odiosa que nunca.

Y nada más. Tenemos muchísimos deseos de verlos.

Los abrazo tiernamente, Raïssa, Vera, Jacques.

LEÓN BLOY.

*
* *

Lunes 5 de octubre de 1908, por la mañana.

Queridos amigos:

Sólo puedo escribirles estas líneas.

Termier me ha devuelto el pagaré de seiscientos francos, cancelado por él hace tres meses. Voy en busca de ese documento varado y volveré corriendo a terminar los embalajes, pues nos mudamos mañana.

Estoy muy excitado, pero seguro.

Magnificat.

Los abraza.

LEÓN BLOY.

*

* *

40, calle de la Barre.

Día de todos los Santos, 1908.

Queridísimos:

Son siempre los pobres los que nos ayudan.

Han hecho ustedes lo que alguien que yo sé y que también *sabe*, debería haber hecho.

Gracias a ustedes pasamos esta gran fiesta sin sufrimientos. ¡Que Dios los bendiga una vez más!

Estas bendiciones que pedimos para ustedes son como la multitud apocalíptica *quam dinumerare nemo poterat.*

Les escribo de prisa para decirles que mañana, día de los muertos, Juana y las chicas almorzarán en casa de ustedes, los vivientes. Tienen Schola. Quizás las acompañe yo, pero no es seguro. Soy un viejo jamelgo al que se debe voltear. Es la opinión de algunas autoridades.

Desearía verlos, sin embargo, sobre todo a mi frágil y dulce Raïssa, casi siempre enferma. ¿Por qué Dios me niega el poder de curar?

Los abraza este inútil padrino.

LEÓN BLOY.

*
* *

Viernes 13 de febrero de 1909.

Mi queridísimo Christophe:

Mañana, sábado, honraré a mis ahijados con mi visita. Llevaré mi condescendencia hasta almorzar en su mesa.

El objeto de esta visita es leerles un trabajo sobre San Edmundo, patrono de la Schola, que llevaré mañana a mi amigo de la Laurencie, cuando acompañe a Magdalena a su clase.

Hasta mañana, pues, hijos espirituales de este viejo bobalicón que los ama tiernamente.

LEÓN BLOY.

*
* *

París, julio 23 de 1909.

Mi queridísimo Jacques:

Pasado mañana es la festividad de Santiago el Mayor y de San Cristóbal. Aunque no estoy en este momento en disposición de escribir, deseo que recibas por lo menos un autógrafo de tu padrino. Me llegaron esta mañana siete cartas humeantes de entusiasmo, contestando envíos del

Invendible. Y bien, sólo voy a responder a la tuya, pues no quiero abreviar el número harto incierto ya de mis días.

Me han dicho que algunas de las personas que te rodean se empeñan en que tu patrono es el Menor, lo que no admito. ¿Qué sería de la suerte de Cristóbal, el sublime Auxiliador, compañero litúrgico del Mayor, *Hijo del trueno, de Cristóbal,* que tiene un lugar tan grande en mí y a quien te he confiado tan especialmente, tan amorosamente, para que te lleve sobre sus poderosas espaldas a través de todos los tormentos?

No quiero se te asigne otra fiesta y me opongo a todo cuanto se empeñe en ello.

Dicho esto, te abrazo cariñosamente y continúo. Juven ha accedido al fin a publicar *La sangre del pobre,* que aparecerá en octubre o noviembre; estoy esperando las primeras pruebas. Todo quedó resuelto el día de la Virgen del Carmen, precisamente el día que me escribieron ustedes, mis queridos ahijados. Había confiado en que todo se arreglaría esa mañana.

Nuestra época es tan escasa en espiritualldad, que no espero el éxito que me anuncian mis amigos. Pero Dios, que me ha inspirado este libro, conoce exactamente el número de almas a quienes debe llegar, y esto me basta. Nuestra subsistencia está asegurada por los últimos versículos del capítulo VI de San Mateo. Ese es mi granero, mi inagotable granero.

Recibí los trescientos ejemplares de la *Salvación* que me enviara Victorion. No se humedecerán ni los roerán las ratas, aunque éstas tienen más avidez por esa clase de obras que los hombres.

Quizás llegue el momento en que este libro pueda ser puesto en venta nuevamente con alguna utilidad. Mientras tanto, obsequio algunos ejemplares cuando llega la oportunidad.

Me detengo aquí para proseguir con *El alma de Napoleón,* título de mi próximo libro.

Jacques, Raïssa, Vera, los estrecho entre mis viejos brazos.

LEÓN BLOY.

*
* *

Villa Sans Souci, Nouveau Brighton. Coyeux
(Somme)

Julio 12 de 1910.

Mi querido Jacques:

Es verdad, soy un mal padrino, que no escribe, o más bien, que parecería no escribir. No me halaga mucho venir aquí, pero al menos esperaba librarme de escribir cartas. La verdad es que he escrito muchas, despreocupándome de ustedes, mis queridos ahijados. Desgraciadamente, era necesario lo hiciera, por diversos motivos, aunque habría preferido ocuparme solamente de *El viejo de la montaña,* mi único recurso en este desierto, donde a nadie aconsejaría venir. El quinto tomo de mi diario es, además, una excelente preparación para la *Vida de Melania,* que he de empezar en París cuando me encuentre entre mis libros.

Tenía la seguridad de que gustarías de la obra extraordinaria que te presté. Creo que no hay nada más bello. La santidad de Melania es única, no se asemeja a nada cono-

cido, es realmente colosal y completamente misteriosa. Jacques, Raïssa, Vera, ¿pueden ustedes concebir la tremenda dificultad de la tarea que me he propuesto? Me veré obligado a *huir de todo,* a aislarme de mis contemporáneos, quienquiera que sean, y de sus ascendientes y de toda historia humana. Seré como un pobre marino en un océano inexplorado, sin emperanza de recibir auxilio de ningún barco ni otra brújula que la Gracia de Dios. Confieso que tiemblo por anticipado.

Mi peregrinación a la Salette ha sido singularmente bendecida. Antes *de escalar,* mi excelente guía, el padre Cornuau, me hizo visitar los lugares donde vivió Melania su primera infancia, en compañía del Niño Jesús. Oramos en la tumba de Maximino. Vimos al hermano de Melania, un pobre obrero albañil, de setenta y siete años de edad, que vive de su rudo trabajo. No puedo expresar cuánto me emocionó ese viejecito de voz quebrada, a quien aún creo escuchar y cuyos ojos se llenaron de lágrimas cuando le hablé de su hermana. Ningún peregrino presta jamás atención a esos recuerdos, de los que nadie habla, pues los habitantes de Corps ya los han olvidado y sólo ven en las peregrinaciones una fuente de ganancias.

Es probable que diga todo esto en la introducción de un libro. He sido, pues, favorecido más que otros y las impresiones recibidas en Corps no me permiten dudar de mi *misión.*

Salimos de Corps a eso de las dos de la tarde y ascendimos sin detenernos, envueltos en una bruma espesísima. No se podía ver a diez pasos. ¡Y bien, escuchen esto! Llegados al pie de la Basílica, de la cual distinguíamos únicamente la base, un golpe de viento disipó al ins-

tante la bruma, mostrándonos el cielo en toda su gloria, las imágenes de bronce, la Basílica, y el sol nos inundó durante dos o tres minutos. Pero nada más. Pasados esos momentos, la bruma se extendió nuevamente, cada vez más densa. Cornuau no pudo retener un grito: "¡León Bloy, ese rayo de sol estaba destinado a usted; ha sido la bienvenida a este lugar!" No necesito decir que los capellanes no participaron de ella. Su acogida fué una frialdad absoluta. No faltó más que un pelo, al día siguiente, para que tuviera con ellos una escena desagradable, y creo que nuestra partida los alivió.

He ahí, mis queridos ahijados, todo cuanto puedo contarles, muy de prisa.

Cuando vuelva le enviaré a Benson (13) *La que llora*, con una carta. Si este gran escritor lee el francés, quizás llegue a quererme.

Anoche, después de tu carta, sentí la necesidad de releer tu folleto: *La crítica moderna y la razón*, que felizmente he traído. Es espléndido y estoy orgulloso de mi ahijado.

Los abrazo con todo mi corazón, mis queridos hijos. Juana, Verónica y Magdalena se unen a mí para enviarles todo su cariño.

LEÓN BLOY.

*
* *

(13) Robert H. Benson (1871-1914). Novelista inglés, autor de *The Lord of the World* (*El Amo del Mundo*), cuya traducción castellana ha sido publicada por la *Editorial Difusión* con el título de *El Anticristo* (N. del T.).

Cayeux, julio 23 de 1910.

Mi muy querido Jacques-Christophe:

Hubiera deseado escribirte una carta importante para el veinticinco, día de tu santo a pesar de lo que digas o pienses. Confórmate con estas líneas llenas de cariño. Estoy tan deprimido, tan atontado por el viento furioso que sopla aquí, que mis fuerzas apenas me alcanzarán para llegar a Montmartre el martes por la tarde. Si no te contentas con estas líneas, vuelve a leer mi carta del 12, en la que traté de decir algo.

Tengo la sensación de ser un residuo triste y errante, pero no *un residuo de luz.*

Esta penosa temporada en las riberas de la Mancha no ha favorecido a la pobrecita Verónica, cuyo estado actual nos aflige. Es tiempo ya de regresar.

También quisiera ver a mis queridos ahijados, a mis hijas espirituales, Raïssa y Vera.

Hasta pronto, pues. Que el Mayor y Cristóbal los colmen a los tres de bendiciones.

Los abrazo.

LEÓN BLOY.

*
* *

París, julio 28 de 1910.

Mi querido Jacques:

Martineau me dijo ayer que querías verme el sábado. Te esperaremos todo el día. Trata de almorzar con nosotros, pues hay mucho tema de conversación.

Estoy nuevamente enfermo; ayer no me fué posible escribir por la agitación de la fiebre. Este es el resultado que me producen los veraneos. Hoy me encuentro más tranquilo, pero muy triste. El libro que debo comenzar me espanta: es como si me precipitara en un abismo.

Sé que han estado los tres un poco engripados. ¿Por qué hemos de ser, unos y otros, cristianos tan mediocres, que no tengamos el poder de realizar algún milagro?

Abraza en mi nombre a mis queridas ahijadas. Tengo el corazón oprimido.

Tu *viejo*

LEÓN BLOY.

*
* *

París, 9 de septiembre de 1910.

Queridísimos:

Sólo unas pocas líneas a causa de mi excesivo trabajo. Sé que Vera piensa regresar el lunes, dejando a mi pequeña familia en Binic, lo que me aflige mucho.

Desde hace tres días trabajo hasta matarme para terminar *El viejo de la montaña,* que en poco tiempo más estará listo. Este libro es nuestra única esperanza. En seguida correré a Binic.

Acabo de escribir a Vera suplicándole que me espere, si le es posible, y les ruego a ustedes que se lo permitan.

Temo que mi gente quede muy sola y sería para mí un placer grandísimo encontrar allí a nuestra dulce Vera.

¡Vaya, mis queridos ahijados! ¿No se podría combinar para que Vera permanezca allí una semana más? ..

Les hago este ruego y los abrazo.

LEÓN BLOY.

Montmartre, enero 12 de 1911.

Mi querido Jacques:

Según Vera, pensabas venir el sábado. Desgraciadamente ese día no estaremos en casa. Espero verlos a los tres la semana próxima y presentarte un nuevo ahijado, que Vera ya conoció y a quien seguramente no tardarás en querer.

Besos para todos. Te escribo muy de prisa.

LEÓN BLOY.

P. D. Tendrían que proponerme la visita a Versalles con un par de días de anticipación.

*
* *

Montmartre, enero 16 de 1911.

Mi querida ahijada:

Apelo a todas mis energías para escribirte. Desde esta mañana estoy con fiebre y amenazado yo también por la gripe. No me atreveré a ir a Versalles esta semana.

En este momento, once de la mañana, Verónica y Magdalena están acostadas y Juana pasea su neuralgia de un cuarto a otro.

Hasta la semana próxima, pues. La lapicera cae de mi mano.

Te abraza cariñosamente

LEÓN BLOY.

CAMBIO DE DOMICILIO

León Bloy y señora tienen el honor de participarle que a partir del 15 de mayo de 1911 su domicilio estará instalado en Bourg-la-Reine 3, Plaza Condorcet.

Se ruega no facilitar la dirección a visitantes inútiles.

*
* *

París, mayo 15 de 1911.

Mi querido ahijado:

No tengo el derecho de asegurarte, mi querido ahijado, que no haya nada que temer. Sin embargo, creo que es así. El individuo es un cobarde.

Tu pensamiento sobre la Santísima Virgen es admirable, completamente en lo Absoluto. Ahora bien, has podido notar que he escrito estas palabras: *aparente, fracaso aparente,* lo cual nos pone completamente de acuerdo.

No olvides jamás, Jacques, que mi misión es comer y beber con los publicanos y que escribo sobre todo para la canalla.

Trazo estas líneas al correr de la pluma, entre el polvo y rodeado de baúles.

Abrazo con cariño a mis tres ahijados.

LEÓN BLOY.

*
* *

Taillepetit, por Razac-sur-Lisle (Dordogne), domingo 23 de julio de 1911.

Mi querido Christophe:

No olvido tu santo de pasado mañana, y aunque medio muerto, te envío los besos de tu padrino y de Juana, Verónica y Magdalena, rogándote les digas a Raïssa y a Vera que siempre las recordamos con ternura.

No me feliciten por estar aquí y guárdense muy bien de envidiarme. Vivimos en una hoguera y desde hace veinte días no he podido gozar de este maravilloso paisaje. "En un tiempo yo no veraneaba y me creía desgraciado", escribí una vez en mi diario. ¡Que estas palabras te iluminen!

Una vez más, te abrazamos.

LEÓN BLOY.

*
* *

Bourg-la-Reine, martes 24 de octubre de 1911.

Mis queridos ahijados:

Encantado iré pasado mañana a almorzar con ustedes. ¡Hace tanto que no nos vemos y tenemos que hablar de tantas cosas! Espero que no surja ningún inconveniente y que nuestro querido Pierre Matthias podrá acompañarme.

Llevaré mi introducción a la *Infancia de Melania*, que va a editar el *Mercure*. Ya supondrás, Jacques, por qué deseo leerte este trabajo.

Recibí tu folleto; lo voy a explorar, aunque sabes lo poco que me agrada la filosofía.

Ayer vi al buen amigo Martineau. Te ruego quieras permitir que se presente en tu casa el jueves por la tarde.

La carta de... no disipa en absoluto mis dudas. No habiendo sido ofendido, nada tengo que perdonar; pero, como el condenado al ver la guillotina, *desconfío.*

Besos para mis tres ahijados.

LEÓN BLOY.

*
* *

Bourg-la-Reine, diciembre 4 de 1911.

Mi querido ahijado:

Sólo me hablas de un milagro, y son dos.

He aquí el segundo. Ayer por la mañana estábamos completamente sin dinero. Era el primer domingo de Adviento y habíamos "elevado nuestras almas a Dios", tratando, como quiere la Liturgia, de "revestirnos de Cristo", cuyo vestido, me avergüenza decirlo, me parece muy estrecho. Sin embargo, Dios, *vir dolorum et sciens infirmitatem,* que tiene en cuenta hasta las más cobardes debilidades, se había dignado preservarnos de la angustia. Por excepción, me hallaba completamente en paz. "Creo —le había dicho a Juana— que no nos faltará ayuda, pero si nada llega, utilizaré los últimos céntimos para ir hasta Versalles, a la casa de Jacques o de Martineau".

En el mismo momento llegaba tu carta.

Te abrazo, lo mismo que a Raïssa y a Vera.

LEÓN BLOY.

La *Vida de Melania* progresa; ya han sido corregidas las pruebas de más de trescientas páginas.

Bourg-la-Reine, diciembre 13 de 1911.

Mi queridísimo Jacques:

Hemos decidido con los Van der Meer, que acaban de dejarnos, almorzar todos en tu casa el martes próximo. Llegaremos alrededor de las doce. No olvides que seremos diez en la mesa.

Experimento algo imposible de definir ante lo que deseas hacer por nosotros. Es alegría y es tristeza. Sin embargo, puedo asegurarte que mi deseo era que las cosas pasaran de otro modo. Lo había esperado. Además, entre nosotros no debería mencionarse la cuestión dinero. Este desenlace, imprevisto para mí, debió haber llegado de alguna otra manera. La Providencia de Dios se hubiera hecho presente, como siempre, y aunque estoy cada vez más dispuesto a querer todo lo que El quiere, habría sufrido menos.

Respecto al otro asunto que te preocupa, oportunamente hablaremos. Lo que desde ya puedo decirte, es que la Santísima Virgen quiere ese libro. Al escribirme sobre este tema, obedecías, creyendo hacer un bien, a un impulso que te habría horrorizado si hubieras podido darte cuenta de ello. Si siguiera tus consejos tendría que renunciar para *siempre* a la publicación de la *Vida de Melania*, lo que envenenaría mi vida, pues sería faltar a mi misión.

Te abraza

LEÓN BLOY.

*

* *

Bourg-la-Reine, marzo 16 de 1912

Mi querido Jacques:

Son tales las circunstancias, que para escribirte me veo obligado a dejar a Napoleón por una hora.

Se trata de esto. *Melania* marcha extraordinariamente bien. Creo haberte dicho ya que una comisión anónima de Montmartre compró doscientos ejemplares, y luego cien más, para distribuirlos. Hoy desean otros mil quinientos, es decir, una nueva edición, aunque sólo quieren pagar un franco por ejemplar. Vallette ha respondido que esta operación le era imposible, salvo que yo aceptara sacrificar mis derechos de autor. No dudé un sólo instante, persuadido de que la difusión de mi libro, a cualquier precio, me sería muy provechosa, espiritual y hasta materialmente.

Por otra parte, la Providencia ha venido en nuestra ayuda. Voy a recibir de Lorena quinientos marcos (justamente el monto de mis derechos de autor) de un apasionado admirador a quien nada he pedido, un sorprendente capuchino que ha pagado cien misas por cada uno de nosotros. ¿No es asombroso?

Cierto es que la comisión de Montmartre tiene ciertas exigencias ridículas, que ya te contaré; pero confío en que el sacrificio de dinero que se me impone salvará todas las dificultades.

Fuí ayer al *Mercure* con ese objeto y me aconteció algo estupendo. Rachilde se adelantó a saludarme, rogándome que escuchara la lectura de un artículo que acababa de escribir sobre *Melania*. Es preciso creer que del libro de la Pastora se desprende una poderosa virtud.

La pobre Rachilde, a quien podría creérsela tan ajena a

todo sentimiento religioso, ha sido como fulminada, por obra *exclusiva de Melania,* a quien admira perdidamente. Dejando de lado todas las miserables novelas que por su oficio debe analizar, había dedicado la noche a la lectura de mi libro, escribiendo luego para *Paris Journal* un artículo en verdad extraordinario, que probablemente publicará. Su emoción era tan grande, que casi lloraba. Les ruego, mis queridos ahijados, que mediten sobre todo esto.

Te abrazo, lo mismo que a mis queridas ahijadas, con el más vivo cariño.

LEÓN BLOY.

*
* *

Bourg-la-Reine, mayo 20 de 1912.

Mi querido Jacques:

Nada de particularmente interesante por nuestra parte. Mientras espero la aparición —anunciada para octubre— de *El alma de Napoleón,* y merced a cuyo éxito, si Dios quiere, nuestra vida será más amable, aprovecho el extraordinario entrenamiento de estos últimos meses para continuar mis trabajos de interpretación bíblica. Creo que éste es mi verdadero camino, y escribo sobre Napoleón con la esperanza de atraer al fin la atención y conseguir la autoridad que necesito para que mis exégesis sean aceptadas. Creo, también, haber conquistado la protección de Melania, y por su intermedio, la de *Mi Señora de la Compasión.* Les recomiendo este vocablo, mis queridos ahijados.

He comenzado, pues, un nuevo libro y dentro de pocos

días espero llegar hasta Versalles para leerles un curioso capítulo sobre el Ciego de nacimiento del Evangelio de San Juan.

He sabido que la *Vida de Melania* se vende mucho. ¿No es sorprendente que un libro como éste haya sido editado por el *Mercure?*

En fin, estoy en tratos con el editor Nelson para la reimpresión de *Sudor de sangre,* en gran tirada. Si resulta, me encontraré financieramente en condiciones de ir a Saint Piat el mes próximo, veraneo que me asusta un poco en nuestra situación actual. Sea como fuere, tengo, repito, la seguridad de contar con una protección.

Mis queridos Jacques, Raïssa y Vera, los abrazo con ternura.

LEÓN BLOY.

*
* *

Bourg-la-Reine, mayo 31 de 1912.

Mi querido Jacques:

Te ruego me envíes por certificado mi manuscrito, pues he de necesitarlo.

Esta mañana me llegó carta del editor Nelson, a quien le había propuesto *Sudor de sangre.* El inglés me contesta que no le interesa.

El golpe es un poco duro, después de haber incurrido en la puerilidad de esperar.

Evidentemente, Dios no quiere para mí medios humanos.

¡Que su nombre sea bendito! Acepto seguir sufriendo. Si mis trabajos son de su agrado, El sabrá sostenerme y fortalecerme.

Los abrazo cariñosamente, mis queridos ahijados.

LEÓN BLOY.

*
* *

Bourg-la-Reine, junio junio 4 de 1912.

Mi queridísima Raïssa:

Dile esto a Jacques: "Nuestro padrino es el Ciego de nacimiento. Ese es su secreto.

Desde que se volvió clarividente, dice lo que *ve,* sin preocuparse de lo demás. Tú, su ahijado, dices lo que *piensas.* Sería preciso comprender que ambas cosas no siempre pueden concordar".

Tengo prisa por abrazarte.

LEÓN BLOY,

patrinus multorum.

Cum dabitur Liber scienti litteras, dicetur ei: Lege istum; et respondebit: Non possum, signatus est enim.

Et dabitur Liber nescienti litteras, diceturque ei: Lege; et respondebit: Nescio litteras.

ISAÍAS, XXIX, 11 y 12.

Liber omnium et nullius. Sciens et nesciens, Verbum contemnunt similiter.

*
* *

Saint-Piat (Eure-et-Loir).
Domingo de la Preciosísima Sangre.
Julio 7 de 1912.

Mi querido Jacques:

Tengo a la vista tu carta del 27, escrita en Bour-la-Reine, en mi ausencia, y me considero muy culpable. No te he rendido cuenta alguna. Hay que perdonarme, perdonarme todo, pues estoy viejo y enfermo.

Pasé dos semanas consecutivas en un estado de enloquecimiento, de angustia moral y física. Hoy, no repuesto todavía de ese torbellino de preocupaciones, me veo obligado a escribir no sé cuántas cartas.

El asunto G... ha sido, a la vez, providencial y deplorable. Ese bibliófilo había hablado a X... de quinientos francos. Al día siguiente, ya no había tal. Se negó a dar más de cincuenta céntimos por ejemplar.

Retiré de la encuadernación setecientos setenta y seis ejemplares. Sumados a algunos que tenía en casa y a setenta y siete —los últimos— que le quedaban a Blaizot y que X... compró por ciento treinta y dos francos, hacían un total de ochocientos sesenta y seis ejemplares, que G... adquirió por cuatrocientos treinta y tres francos. La sola venta de la *Epopeya bizantina,* libro de "amateur", le alcanzará para cubrir los gastos, de manera que lo que obtenga de *La salvación por los judíos* será ganancia íntegra. ¡Buen negocio! Rogué en vano a ese miserable que llegara hasta los quinientos francos. El pobre X..., admirable en todo, ha perdido su dinero.

Fué necesario ocuparse de inmediato de los preparativos de la partida. Enorme tormento. Sin Pierre, me hubiera

visto perdido. Nos ayudó con perfecta abnegación y nos acompañó hasta Saint-Piat, quedándose dos días con nosotros para ayudarnos en la instalación. Tal vez dentro de ocho días empezaré a trabajar, pero de ningún modo antes. Sólo entonces me sentiré completamente cómodo y podré escribir a todo el mundo.

Tenemos aquí un párroco algo extraño, pero simpático. Naturalmente, me ignora, pues sólo conoce de la literatura contemporánea a Brunetière, René Bazin, Coppée y Lasserre, que son a su entender genios insuperables... Con todo, se muestra cordial, bondadoso y de una evidente piedad. Dice la misa de una manera irreprochable. Le he prestado *La sangre del pobre* y pienso obsequiarle *La que llora* y la *Vida de Melania.* Pequeñas experiencias de las que he de contarte los resultados.

Ansío comenzar mis trabajos de interpretación, único recurso con que cuento en este exilio. Sin embargo, he recibido muchas cartas y es necesario que responda por lo menos a algunas, tarea que me agobia.

El viernes estuvimos en Chartres, para oír misa, pues nuestro cura se hallaba ausente. Tenía yo tanto cansancio, que no pude gozar de la maravillosa Catedral y apenas conseguí rezar.

Tendría mucho más que decirte, pero corto aquí, pues me hallo sin fuerzas y sin ánimo.

Los abrazo cariñosamente a los tres. Recuerden en sus oraciones al pobre padrino que lleva una carga muy pesada.

LEÓN BLOY.

De Saint-Piat a Versalles, una hora y media. Un día que necesite consuelo iré a almorzar con ustedes. Te avisaré la víspera.

Saint-Piat, sábado, julio 13 de 1912.

Mi querido ahijado:

Sólo unas pocas palabras, para tranquilizarte acerca de mi situación. Gracias a Mme. P..., a quien le había escrito, conseguí un poco de tranquilidad. Esta dama, desde luego, tiene la esperanza de hacerme pagar más adelante, indignada por mi despilfarro y sorprendida de que no pueda vivir con lo que me dan. Amén de lo cual, con mucho tacto, me ofrece oportunos consejos. ¡Se es tan expresivo y elocuente cuando se tiene dinero y cuando se habla a los pobres!

Yo trago todo esto como si fuera un licor. No es tan agradable como el Chambertin, pero no embriaga.

Besos cariñosos para mis tres ahijados.

LEÓN BLOY.

*
* *

Saint-Piat (Eure-et-Loir), julio 23 de 1912.

Mi querido Jacques:

Pasado mañana es el día de tus dos grandes Patronos, ocasión para mí de escribirte cariñosamente y para ti de acordarte en tus oraciones de este pobre padrino que no se encuentra muy bien.

Me pesan mis sesenta y seis años y mi cansancio físico es extremo. Sufro de no poder gozar de esta simpática campiña que hace tanto bien a Verónica y a Magdalena. Juana también se sentiría feliz si mi constante tristeza no la afli-

giera. Pero no consigo sacudir el abatimiento que me abruma, y la menor actividad me significa un gran esfuerzo. Tengo, pues, infinita necesidad de que rueguen por mí, aunque sólo sea para que pueda seguir cumpliendo mi misión de escritor, tan pesada y difícil desde que estoy aquí. Leo la Escritura con infinito esfuerzo, sin recibir ninguna luz, y esto me hace muy desdichado.

Te he hablado duramente de nuestro cura. Es ignorante como tantos otros, pero nada orgulloso. Tengo la prueba. Al comienzo, sin saber nada de mí, creyó conveniente mantenerse un poco a la defensiva, actitud que rectificó de inmediato cuando un amigo mío, admirador incondicional —el antiguo comisario de policía de Sceaux— vino a verme, y dirigiéndose a él para saber mi domicilio, le dijo: "¿Cómo puede ignorar usted que tiene en su parroquia al más grande escritor moderno?" Estas palabras le causaron impresión. El pobre cura se ha vuelto circunspecto y respetuoso. Quizá terminemos siendo amigos. Pero, desgraciadamente, ¿qué consuelo puedo esperar? ¿Es posible que esté yo condenado a educar curas de campaña?

Recibí esta mañana una carta del buen amigo Pouthier, enviándome los originales de un artículo muy benévolo que acaba de escribir acerca de mí y que se propone publicar en octubre, cuando aparezca *El alma de Napoleón,* en un número extraordinario de *Marches de Provence,* modesta revista marsellesa donde me adoran. Ese número estará dedicado exclusivamente a mí. No sé si Martineau, que está en el complot, te ha dicho algo.

Pues bien, leyendo el artículo de Pouthier, que es de carácter puramente literario, pensé que me halagaría mucho si mis dos ahijados, Jacques y Pierre, dieran —cada uno

en particular— su apreciación. Ambos, con temperamentos diferentes, coinciden en el punto de vista cristiano, que no es el de Pouthier. Con eso, yo tendría algo completo. ¿Qué piensas tú? Un par de páginas serían suficiente y dispones de dos meses para escribirlas.

Me detengo aquí, extenuado. Que la Gracia Divina los bendiga infinitamente, queridos hijos espirituales, y que mi Señora de la Compasión los estreche amorosamente en esos brazos que han cargado al Hijo de Dios.

LEÓN BLOY.

*
* *

Saint-Piat (Eure-et-Loir), agosto 7 de 1912.

Mi querido Jacques:

Puedo al fin escribir algunas cartas, pues anoche tuve la gran satisfacción de devolver al *Mercure* las pruebas completas de *El alma de Napoleón,* corregidas con infinito cuidado por Juana, Pierre y yo. Tal vez pueda despachar dentro de quince días los originales para *Marches de Provence.* Martineau me ha escrito que el número llevará fecha de setiembre, pero no saldrá antes del 4 de octubre. Por lo tanto, tienes un mes largo para hacerme una cincuentena de líneas. Raïssa podría ayudarte. Pierre, que ha leído el libro con entusiasmo, se propone escribir en forma de carta a una compatriota suya. Se cuenta también con *León Bloy juzgado por su mujer,* publicado en *Cochons-sur-Marne,* amén de un estudio de Martieau y, como ya sabes, del excelente artículo

de Pouthier. Estaré, pues, rodeado de mis amigos, lo que será gratísimo para mí.

Me hice enviar por Pouthier *La cité des lampes*. Sólo he podido leer algunas páginas, que me han aburrido. Me parece excesivamente sentimental y atiborrado de descripciones. Se trata de una persona que se mira a sí misma con evidente satisfacción. En cuanto a si es sacrílega, aún no puedo abrir juicio. Me has encomendado una desagradable tarea.

¡Ah, si pudieras venir a pasar una tarde en Saint-Piat! ¡Que alegría para nosotros y para los demás ahijados, cuya presencia nos trae tanto consuelo! ¡Y cuánta más alegría si pudieran venir también Raïssa y Vera! Es una lástima que la una sea tan frágil y la otra tan débil. Sólo hay felicidad completa en el Paraíso o en Versalles, el 11 de junio. En fin, solo o acompañado, ponte en marcha temprano a fin de que puedas llegar a la hora del almuerzo. Si nos avisas con tiempo te esperaremos en la estación. Desde Versalles hay sólo "una hora y media de viaje".

Juana ya te felicitó por ella y por mí con motivo de tu nombramiento en el Stanislas; pero no creo que esto te libre inmediatamente de las tribulaciones. Comulgo todas las mañanas por ti, en la seguridad de que la vileza de mi alma y el peso de mis iniquidades sirven para hacer subir tu platillo.

Abrazo a Raïssa y a ti con arrebato, y a Vera con infinitas precauciones.

LEÓN BLOY.

*
* *

Saint-Piat, Natividad de la Virgen, 1912.

Mi querido Jacques:

¿Convendría el sábado próximo, es decir, el 14? Acabo de escribir a Pierre, que quizás aproveche la oportunidad. Partiendo de aquí a las ocho y media, yo podría estar a las diez en Chantiers. Nos encontraríamos, pues, a eso de las once y media, después del *barbero,* en el café que sabes, en la esquina de la calle de L'Orangerie, y almorzaríamos en tu casa. Si Pierre no puede, iré solo, con menos alegría, pero muy contento de volver a ver a mis queridos ahijados de Versalles.

Pasar la tarde con ustedes me aliviará de la tristeza de Saint-Piat, donde estamos terriblemente solos desde la partida de los van der Meer. Cierto es que esta semana nos ha acompañado nuestra buena amiga Margarita Levesque, pero se marcha mañana por la mañana.

Ignoro cómo acabaremos este terrible mes sin sol. Tiritamos de la mañana a la noche y me encuentro completamente imposibilitado de trabajar. Creo que sentiría alguna alegría bajo los rayos del *Nec pluribus impar.*

Cincuenta besos a cada uno.

LEÓN BLOY.

Responde con dos líneas, por favor. Tu silencio lo interpretaré como asentimiento.

*
* *

Bourg-la-Reine, 12 de octubre de 1912.

Mi querido ahijado:

Cada vez que falto a mi confianza en Dios, soy castigado de inmediato, que es lo que acaba de sucederme.

Ha sido un error dirigirme a ti. Te he hecho sufrir inútilmente, puesto que, en ese mismo momento, Dios me ha enviado lo que necesitaba. Héme aquí, por lo tanto, triste y confundido.

Espero, sin embargo, que este pesar me será tenido en cuenta y se me dará el medio de reparar pronto mi falta.

El martes es el día cruel del vencimiento del alquiler. Muchas cosas pueden suceder hasta esa fecha, y no olvido mis deberes de padrino.

En cuanto a la casa de que hablamos, lo resolveré esta noche. Parecería que Dios mismo nos ha encontrado esa ermita. En este momento tiemblo y estoy indeciso.

Si se realiza esa instalación, espero que los ahijados de Versalles y de Bures podrán aprovechar de ella. El lugar es delicioso y la iglesia queda a muy poca distancia. Además, en el pueblo hay otra, pero en ella pocas veces se dice misa, por falta de sacerdote. Creo que en la época de las vacaciones no será difícil encontrar un sacerdote pobre que se sienta feliz de ser albergado y en quien el párroco de Saint-Piat podría delegar sus poderes. Quizás consiguiéramos a nuestro excelente Cornuau.

Puede ocurrir también que para esa época *Napoleón* me haya enriquecido suficientemente.

Esperamos mucho, mi querido ahijado. Todo me lleva a creer que está a punto de operarse un cambio feliz en

mi vida miserable. Además, siento en mí una evolución extraordinaria, como si Dios se acercara.

Los abrazo, mis queridos ahijados, con la mayor ternura.

"Beatus vir, cujus est auxilium abs te; ascensiones in corde suo disposuit, in valle lacrymarum, in loco quem posuit". (Salmo 83 ante missam).

Estas palabras, que tomo para mí, me trastornan cada mañana.

LEÓN BLOY.

*
* *

Bourg-la-Reine, octubre 17 de 1912.

Mi querido Jacques:

A la espera de que mi libro salga a la venta, lo que ocurrirá pasado mañana, he conseguido tres ejemplares. Obsequié a Juana el primero que cayó en mis manos. Los otros dos fueron enviados, uno a la madre del dedicatario y el otro a Raïsa, las tres personas que deben ser servidas antes que nadie.

Te transcribo una página del sexto volumen de mi diario, *L'Illisible* (14), que se publicará dentro de un año. Si resulta de tu agrado, hazme saber la fecha del número de la *Revue thomiste* donde apareció tu trabajo.

He leído en la *Revue thomiste* un artículo de mi ahijado Jacques Maritain: *Les deux bergsonismes* (15). Se conoce ya mi poca afición a la filosofía, que es, a mi parecer, la forma más aburrida

(14) Dicho sexto volumen apareció, en efecto, un año después, pero con el título de *Le Vieux de la Montagne* (*El viejo de la montaña*, ed. *Mundo Moderno*). (N. del T.).

(15) *Philosophie Bergsonienne, étude critique*, 1912, (N. del T.)

de perder el tiempo, el precioso tiempo de la vida, y cuyo dialecto hircaniano me desanima. Pero con Jacques Maritain todo cambia.

Sabía que mi ahijado muy querido era superior en muchas materias, pero no esperaba ver salir un brazo tan fuerte de entre los guiñapos filosóficos. Un brazo de atleta y una potente voz de lamentador. He sentido al mismo tiempo una onda de poesía dolorosa y una poderosa onda de fondo, llegada desde muy lejos...

Bergson se ha hecho célebre con su *Evolucionismo,* detestable palabra bárbara que significa, me supongo, que este profesor opera una *evolución* al modo de las campánulas salvajes tan temidas por los horticultores, o de las coloquintas salvajes, pequeñas calabazas trepadoras y muy amargas. No importa, la expresión es suficiente y, dado que en la actualidad se afirma que todo marcha normalmente y que la religión progresa, cierto número de nuestros excelentes católicos no vacilan en ver a Bergson como una próxima columna de la Iglesia. San Pablo y los viejos Profetas, grandes o pequeños, quedan de desecho. El Pentateuco, irremediablemente desmonetizado, retrocede ante la *Evolución Creadora,* y el pobre Santo Tomás es respetuosamente invitado a enterrarse entre la basura escolástica.

Con una precisión y una fuerza verdaderamente terribles, denuncia Jacques Maritain el *orgullo congénito* que sufre la filosofía, algo así como un velo comparable al espantoso *Velamen* que San Pablo veía sobre la faz de los deicidas. El filósofo que llega al límite de la filosofía —que según parece es el caso de Bergson—, está forzado a entrever la existencia de un Dios personal, viviente y actuante:

"¿Podéis continuar tratando con El como un teórico con su idea, "y no como un hombre con su Señor? Hay secretos que sólo El puede "revelar. Vos mismo sois uno de esos secretos. Si conocieseis sus se- "cretos, vos conoceríais vuestro fin y el medio de alcanzarlo, pero "sólo lo conoceríais si a Dios le place revelároslo. Verdaderamente, "los filósofos juegan un juego sorprendente. Bien saben que una sola "cosa importa, y que todo el abigarramiento de discusiones sutiles "cubre una cuestión única: ¿Para qué nacimos sobre la tierra? Y "saben también que jamás podrán responder. Con todo, continúan "distrayéndose gravemente. ¿No ven que se acude a ellos de todas "partes, no por deseo de compartir su habilidad, sino porque se es-

" pera recibir una palabra de verdad? Si tienen palabras tales, ¿por " qué no las gritan sobre los tejados pidiendo a sus discípulos, que " si fuera necesario den su sangre por ellas? Si no, ¿por qué soportan " que se crea recibir de ellos lo que no pueden dar? Por piedad, si " alguna vez Dios habló, si en algún lugar del mundo —así fuese " sobre el cadalso de un crucificado— El ha sellado su verdad, decíd- " nosla; he ahí lo que tenéis que enseñarnos. ¿O es que sois maes- " tro de Israel para ignorar estas cosas? Desde que se trata de cosas " divinas y de nuestra salvación, es ésta una cuestión que prima sobre " todas las demás. ¿Existe una Revelación? Hay que responder de " inmediato.

"Es así que la razón conduce al filósofo hasta un Viviente más " grande que él y cuyo Nombre es inefable. Y, es verdad, sólo des- " pués de llegar hasta allí podrá aprender la forma de renovar " su ciencia, desde el fondo hasta sus derivaciones. Pero, ¿el filósofo " seguirá a la razón hasta el fin"? (16).

Tal es la respuesta de Jacques Maritain al Evolucionismo bergsoniano, que parece haber comenzado a escalar hasta los astros y que produce el efecto de una especie de *equilibrismo*, pues llegamos a hablar un lenguaje atroz. ¡Que mi hijo espiritual sea colmado de bendiciones! Por haber pedido solamente la sabiduría, como lo hiciera Salomón, Dios le concede por añadidura ser un robusto y luminoso escritor.

Abrazo cariñosamente a mis tres ahijados.

LEÓN BLOY.

*
* *

Bourg-la-Reine, enero 1º de 1913.

Mi queridísima e invisible ahijada:

He visto a Jacques y a Vera hace poco tiempo, pero a ti parecería que no te veo jamás. Esta mañana pido amor a

(16) *De Bergson a Santo Tomás de Aquino*, por Jacques Maritain. (N. del T.).

todo el mundo, soy un mendigo de amor, de piedad afectuosa, de estímulo cristiano. Me he examinado en el umbral de este nuevo año, tan misterioso y oculto aún, y me he visto harto miserable.

Sin hablar de mi endeudada conciencia, te declaro humanamente que el fracaso del libro en el que tanta esperanza había puesto, es ya seguro, lo que significa para mí una abrumadora decepción.

Había soñado conquistar por mérito de él un poco de la autoridad necesaria para enseñar a mis contemporáneos la Palabra de Dios, pues parecería que ésa es mi misión; pero parecería también que eso me es negado. He aquí, pues, que sufro y no sé ya nada de nada.

Abraza por mí a Jacques, a Vera y a tu madre. Dile a ésta, te ruego, el gran afecto que me inspira.

LEÓN BLOY.

*
* *

Bourg-la-Reine, enero 19 de 1913.

Mi queridísima ahijada:

Mucho he pensado en ustedes tres esta mañana, recordando el temor que les inspira la Septuagésima, ese primer suspiro del Jardín de la Agonía: *Circumdederunt me gemitus mortis.*

Por el contrario, si realmente en este momento del año litúrgico suelen verse sometidos a prueba, eso debe ser para ustedes motivo de alegría.

¡Qué signo de predestinación! En general, los cristia-

nos capaces de amor no comparten el duelo de la Iglesia sino a partir del Miércoles de Ceniza o del primer Domingo de Cuaresma. Pertenecen ustedes al pequeño número de los privilegiados que sienten más profundamente y pueden dar más que los otros. ¿Qué temen, entonces?

Yo les digo que ustedes son bienaventurados y es menester creerlo.

¿No han experimentado esta mañana cuán amorosamente San Pablo les recordaba el Bautismo de nuestros padres *in Moïse,* en la nube y en el mar, y el deleite que les fué concedido, de comer y de saber espiritualmente, como nos sucede a nosotros mismos, habiéndonos el Señor prometido, según está consignado en San Lucas, servirnos en persona, a la manera de un siervo?

¿No es esa, por ventura, la embriaguez que nos prometiera Alguien que se embriaga muriendo de amor cada mañana? ¿Tenemos otra cosa que hacer que embriagarnos como El y con El?

He ahí por qué los obreros de la última hora serán pagados al igual que los demás. ¿No es justo que puedan todos juntos embriagarse en el banquete del Hijo de Dios, al terminar el Día?

Quisiera, queridos míos, poder decirles algo, pero he *bebido* tanto esta mañana (17), desde antes de iniciar mi trabajo, que no encuentro mi equilibrio de profeta.

---

(17) ¿Es necesario advertir que ciertos críticos enemigos del sentido figurado y de la ironía han deducido de esta frase que León Bloy bebía, en efecto, como un *viejo borracho?* Recuerdo que algunos cronistas, tomando al pie de la letra el título de su obra *Quatre ans de captivité à Cochons-sur-Marne,* llegaron a suponer que el autor había pasado cuatro años en la cárcel. (N. de J. M.).

Les ruego, pues, que tengan la caridad de imaginar que les he expresado realmente alguna cosa y que me permitan abrazarlos con la ternura de un viejo borracho.

LEÓN BLOY.

*
* *

Mévoisins, marzo 27 de 1913.

Mi querido Jacques:

Volvemos el sábado. La situación es insostenible. Almorzaremos en tu casa o en la de Martineau, pues necesitamos detenernos en Versalles.

¡Qué semana de Pascua hemos pasado! Hoy, jueves, recibimos una herida que me hace llorar y que sangrará mucho tiempo. Este día, para mí uno de los más hermosos del año, no hemos podido oír misa ni comulgar.

Quid ploras? quia tulerunt Dominum meum et nescio ubi posuerunt eum.

Hasta el sábado, pues, queridos míos.

LEÓN BLOY.

*
* *

Bourg-la-Reine, domingo de Pentecostés, 1913.

Lumen cordium!

Mi querido Jacques:

Ayer, después de escucharte, se me ocurrió que debería publicar lo que pienso de tus conferencias y de ti, que tengo el deber de hacerlo, y he decidido, temerariamente quizás,

tentar ese esfuerzo —harto difícil por cierto para un furioso visionario como yo— en cuanto se publiquen, pues necesitaré leerlas en conjunto. En esa oportunidad tendrás que proporcionarme algunas notas.

Admiro la fuerza de tu razón, la magnífica salud de tu fe, mi querido ahijado, y me empeño en proclamar esa admiración.

No desespero de poder realizar, con la ayuda de Dios, un estudio interesante, que publicará el *Mercure*. ¿Te parece bien?

Besos a mis queridas ahijadas.

LEÓN BLOY.

*
* *

Mévoisins, julio 21 de 1913.

Mi querido Jacques-Christophe:

Pienso en el 25 y temo llegar con retraso, pues no sé dónde puede alcanzarte esta carta. Pero, sea donde fuere, te darás cuenta de inmediato que estoy totalmente desprovisto de genio, al menos por el momento.

Ya te imaginarás el espantoso vacío que hay en mí. Me hago a mí mismo el efecto de una triste escoria, de una silicua incapaz de excitar el apetito del Pródigo más hambriento.

Necesito, sin embargo, un empuje extraordinario. Me espera, ante todo, *El peregrino de lo absoluto*, sexto volumen de mi diario, alrededor de quinientas páginas, de las cuales sólo he escrito la mitad y que debo terminar para octubre. Luego, las pruebas de *Sudor de sangre*, que van a llover; y por fin las de *Exégesis* y *El Desesperado*, para el

Mercure, que caerán sobre mí, pues estos tres libros deben aparecer a fin de año. Y para colmo, un sinnúmero de cartas.

Nada digo de las preocupaciones de orden subalterno que se hacen sentir. Pero sé, o creo saberlo, que las antiguas penas terminarán. La opinión de Crès, mi nuevo editor, que quiere lanzar con pompa *Sudor de sangre,* es que estoy a punto de resultar un *buen negocio.*

Es, pues, el pináculo.

Espero tus conferencias antibergsonianas sin impaciencia, pues no sé si podría dedicarme de inmediato a ese nuevo trabajo, tan ajeno a mi aptitud, pero que haré, a pesar de todo, puesto que forma parte de mis deberes de padrino.

Pero basta de hablar de mí. ¿Dónde estás y qué haces? ¿Te reunirás con mis ahijadas en Binic? Hemos recibido de ellas noticias que parecen buenas. Has de necesitar tú también un gran descanso y me agradaría saber que has escapado por un tiempo a esa filosofía que te carcome sin piedad.

Philosophia hoc est decipula et manis fallacia; dicit Apostolus.

Te abrazo desde lejos, como desde cerca, mi querido ahijado.

LEÓN BLOY.

*
* *

Bourg-la-Reine, Domingo de Pascua de 1914.

Mi queridísima ahijada:

Quisiera, en este día de la Resurrección, atraparlos con mis garras de león, a ti, a Vera y a Jacques, y devorarlos amo-

rosamente. ¿Por qué me envían dinero? ¿No sabes que tengo siempre el mismo banquero? Además, invierten los papeles. No es a los ahijados a quienes corresponde dar, es a los padrinos. ¡Cuántas cosas debes aprender aún, mi pequeña Raïssa!

Tienes razón cuando encuentras simbolismo en mi vida. Hay más del que tú piensas, más del que yo mismo sé. Y ésa es la historia de cada una de las criaturas fabricadas a la semejanza de Dios, que no pueden ser concebidas sino como símbolos. Sí, es cierto, he sido singularmente privilegiado.

Este fin de Cuaresma me ha parecido muy rudo. Hoy, por excepción, tengo el alma en paz. El domingo de Pascua ha sido a menudo penoso para mí, porque soy de aquellos que están tristes y lloran aún el lunes, con los discípulos de Emaús.

Es demasiado brusco pasar del dolor inmenso a la alegría plena. Hay que habituarse a esta transición prodigiosa, y veinte siglos no han sido suficientes.... El mismo Jesucristo no ha podido manifestarse en su Gloria sino después de haber descendido *a los infiernos*. Este texto de nuestro *Símbolo* es grave.

Beso con cariño a mis tres hijos espirituales.

LEÓN BLOY.

*
* *

Bourg-la-Reine, junio 18 de 1914.

Mi querido Jacques:

Te envío con ésta una carta maravillosamente imbécil y perfectamente inmunda, que tú apreciarás como corresponde. Te ruego que prestes atención a las palabras subrayadas con rojo.

Hazme también el favor de decirle al remitente —por si tiene intenciones de introducirse en mi casa— que apenas haga la primera tentativa *será arrojado escalera abajo.*

Sé que se trata de un personaje peligroso e hiriente, y no toleraré jamás, ni un solo instante, que un individuo, así sea un idiota, hable con desprecio de mis amigos M. y B., para no mencionar a otros.

He aquí, mi querido ahijado, todo lo que puedo decirte hoy, con mucha prisa.

Besos a Raïssa y a Vera.

LÉON BLOY.

Te ruego que conserves el documento.

*
* *

Bourg-la-Reine, julio 7 de 1914.

Mis queridos ahijados:

Partimos el viernes para Saint-Piat. Magdalena y yo llegaremos a Versalles a eso de las once y treinta y les pediremos que nos inviten a almorzar.

Juana, con Verónica siempre enferma, no podrá detenerse.

No hemos encontrado nada mejor.

Que Dios los bendiga a todos. Estoy abrumado de pena y de miseria y pienso en mi última permanencia bajo los cipreses.

Los abraza.

LEÓN BLOY.

El viernes cumpliré sesenta y ocho años.

*
* *

Rennes (Ille-et-Vilaine),
Calle de las Damas, 6, setiembre 9 de 1914.

Mis queridos ahijados:

Henos desde hace seis días en Rennes, donde la carta de ustedes, despachada el primero, nos llegó ayer, fiesta de la Natividad.

Si hubiese sido sólo, me habría quedado en Mévoisins, pues no tenía una amenaza inmediata; pero Juana y yo estábamos inquietos por las niñas, cuando la ayuda inesperada de la Señora P... nos pareció un signo de la Voluntad divina. Nada te diré del viaje, que ha sido largo y penoso. Llegamos al fin, deshechos, con nuestras valijas en la mano, perdidos entre la multitud de fugitivos. Después de algunas horas de un pésimo descanso en los bancos de la Cruz Roja, mi valiente Juana pudo descubrir, en esta ciudad repleta, una humilde vivienda, donde nos hemos instalado a la espera del desarrollo de los acontecimientos.

No se preocupen por nosotros, mis queridos ahijados. Podemos subsistir todavía un par de meses. Además, el bueno de Termier es nuestro vecino y ocupa aquí, mientras dure la guerra, un puesto importante, el de teniente coronel de artillería. Nos ha invitado ya tres veces, proporcionándonos ayuda sin habérsela solicitado.

Recibí tus cincuenta francos, mi pobre Jacques. Los he puesto aparte para devolvértelos más adelante o para dárselos a Pierre cuando sea posible. Ha tenido que volver a París con Cristina y sus hijos, pues Bures está en zona peligrosa. El cónsul de Holanda ha debido repatriarlos. Estas son las últimas noticias. Esperamos ahora una carta de Rotterdam, donde pensaban refugiarse.

En cuanto a la guerra injusta y atroz que nos hacen los alemanes, me declaro completamente optimista. Sufriremos horriblemente, no cabe duda, pero el Imperio Alemán está perdido.

No es esta guerra lo que más temo. Me espanta el *despertar* después de la victoria, es decir, la república francmasónica, engreída por su triunfo. Entonces habrá que saldar, no sé por medio de qué tiranía, la vieja cuenta de la Salette.

Roguemos mucho los unos por los otros.

LEÓN BLOY.

*
* *

Mévoisins, octubre 12 de 1914.

Mis queridos ahijados:

Todavía estamos aquí, y permaneceremos hasta fin de mes, pues los cursos de la Schola comienzan el 3 de no-

viembre, con o sin profesores ni alumnos, y quizás con bombas, pues parece que éstas caen sobre París.

El porvenir es horriblemente incierto, y suponiendo —razonablemente— el aniquilamiento de las infames huestes alemanas, como es el deseo de toda Europa, habrá otra guerra, aún más infame, contra el cristianismo, guerra que anuncio en todas mis cartas desde hace dos meses...

Tuve noticias de los Van der Meer. Están en Rotterdam, viviendo como pueden, con el inmenso deseo de volver a Bures, donde han dejado todas sus cosas. Pierre ha podido conseguir trabajo.

Esta dispersión de los que amo destroza mi corazón. Felizmente todavía tenemos a nuestro cura.

Todos los días, cuando ruego por mis ahijados y por mis amigos, pido para mí *la luz y la paz,* pues sé perfectamente desde hace muchos años que tengo una misión, que se aproxima la hora y que necesito un auxilio extraordinario.

Jacques, Raïssa y Vera, queridos nuestros, los abrazamos con el mayor cariño y ternura.

LEÓN BLOY.

*
* *

Febrero 8 de 1915.

Mi queridísimo Jacques:

Juana me reprocha, con razón, mi negligencia. Me remitiste por su intermedio, hace ya dos semanas, los cuatro tomos de Denifle (maldito nombre), y no he respondido. Mi disculpa, si la admites, es que he vivido en un furioso torbellino. Me era necesario terminar mi libro y tragar al

mismo tiempo esos tremendos volúmenes que me hacían falta para mi conclusión. El primero fué suficiente, gracias a Dios. Mi *Juana de Arco* está completamente terminada. Parece que es una obra maestra. Encontré el medio de citarte, sirviéndome de tus resúmenes.

¿Cuándo y cómo nos volveremos a ver?

Besos cariñosos a los tres ahijados.

LEÓN BLOY.

*
* *

Bourg-la-Reine, lunes de mañana.

Mi querida ahijada:

Juana está en cama con gripe. Te escribo en su nombre. Le será imposible ir a Versalles el miércoles.

Yo te abrazo desde lejos, que es todo lo que puedo hacer. Mis setenta y dos años empiezan penosamente. Me encuentro privado de fuerzas y desfallecido, incapaz hasta de escribir una carta.

Hágase la Voluntad de Dios.

Tu padrino,

LEÓN BLOY.

(Julio 24 de 1916)

CARTAS A PIERRE Y CRISTINA VAN DER MEER DE WALCHEREN

Calle de la Barre 40.
Noviembre 28 de 1909.

Señor:

No me rehuso a recibirlo, pero es una excepción. Por principio, soy un solitario. Además, la vida es corta y ya he pasado la juventud.

Venga usted después de las cinco de la tarde. A esa hora termino mi trabajo del día y puedo disponer para usted de unos momentos. Pero nada de reportajes, le ruego.

Suyo,
LEÓN BLOY.

*
* * *

París-Montmartre, diciembre 6 de 1910.

Estimado señor:

No lo he olvidado. Y me alegra la noticia de su regreso.

Mi puerta está abierta para usted, pero le agradeceré que venga preferentemente un domingo, día en que dejo todas mis ocupaciones para recibir a mis amigos.

Le estrecha la mano

LEÓN BLOY.

A partir de las tres de la tarde.

Querido amigo:

Ayer hablé de usted con el excelente padre Langlois, que tendrá mucho gusto en recibirlo y departir con usted. Es un sacerdote de gran bondad y clara inteligencia, uno de los pocos que me leen con amor.

Recibe todos los días, excepto el domingo, antes de las once de la mañana. Cuando le sea posible, venga a buscarme, de nueve a diez, y yo lo presentaré.

Suyo,

LEÓN BLOY.

*
* *

Montmartre, enero 5 de 1911.

Vigilia de la Epifanía.

Mi querido ahijado:

No sería yo el hombre que usted cree, si no le dijera que su carta y la de su amable esposa nos han emocionado hasta el fondo del corazón.

¡Qué bendición para nosotros la conversión de ustedes! ¡Y qué gloria para mis pobres libros, a los que atribuyen ustedes tanta participación en este maravilloso acontecimiento!

Pierre y Cristina: ¡qué nombres de predestinados!

Ni mi mujer ni yo podemos acompañar hoy a Magdalena a la Schola, y lo lamentamos. Una visita hubiera, sin duda, valido más que esta pobre carta. Pero, escuche: es usted mi ahijado, nuestro ahijado. Por lo tanto, me debe un poco de obediencia. Pues bien: vengan a almorzar a casa el do-

mingo, si les es posible. Tenemos mucho que conversar, y nada mejor que la mesa para la intimidad. El domingo pasado había demasiada gente.

Basta con que lleguen de doce a doce y media y, si es posible, que nos avisen la víspera.

Una última recomendación. Es contrario a la justicia que me llamen *señor*.

Nací señor León Bloy, hijo del señor Juan Bloy. He trabajado y sufrido durante más de treinta años para convertirme al fin en León Bloy, a secas. Es como si, habiéndome iniciado con el grado de cabo, me hubiera convertido, después de muchas campañas y heridas, en Mariscal de Francia. Ese *señor* de ustedes me obliga a entrar nuevamente en las filas. No es justo.

Suyo,

LEÓN BLOY.

*
* *

Montmartre, febrero 20 de 1911.

Mis queridos amigos:

Supongo que mañana, cuando lleguen a París, encontrarán esta carta en su casa. Los esperaremos el *miércoles*, no el jueves, pues estaremos forzosamente ausentes todo el día. Si hubiera cualquier inconveniente, cuenten con nosotros; el viernes a las diez y media llegaremos a Saint-Médard, acompañados por el padre Langlois.

La hermosa carta de ustedes nos ha hecho felices. ¡Qué consuelo magnífico nos envía Dios por intermedio de tales amigos! Se repite la admirable bendición de 1906 con motivo del bautismo y casamiento de los Maritain. Estos prodigios

de la Gracia son incomparables. Es la Mano de Dios, el Corazón de Jesús, que en ciertos días se hace sensible. Ya sentirán ustedes esa embriaguez. Tendrán la sensación sobrenatural de no estar ya desnudos, con la desnudez de los primeros padres después de su falta. Y todo ello repentinamente. Nada han de comprender, ni yo tampoco, y nadie comprenderá, pero sentirán que realmente es así, y la felicidad los ahogará. Se verán ustedes, en efecto, *vestidos de Cristo.*

Son ustedes personas de *buena voluntad.* Tendrán, en consecuencia, la *pax in terra* prometida por los ángeles de la Navidad en esa medianoche gloriosa del Nacimiento de Cristo. Poseerán esa paz divina en su plenitud y en toda su extensión, y el aspecto de todas las cosas cambiará de tal manera que la pobreza, y hasta el peor sufrimiento, les parecerán buenos y agradables.

¡Ah, queridos amigos, cuánto los envidio! Dios, en verdad, me ha colmado muy particularmente, puedo decir que he recibido de El más de lo necesario para ser santo, y confieso dolorosamente que nada he realizado de lo que El esperaba de mí en compensación. ¡Ah, cuánto quisiera estar en el lugar de ustedes! Van a entrar en la *inocencia,* y yo los miraré desde muy lejos, desde el fondo de la miseria de mi alma, como miro a los Maritain, que me han superado infinitamente desde el primer día. Se ve, mi querido Pierre, el padrino de *aquí abajo,* obligado a contar con ustedes para elevarse a lo alto, a la Luz. Comprendo que todo esto ha de parecerles excesivo y que clamarán ustedes contra mi humildad. Sin embargo, ¡si ustedes supieran!...

En definitiva, se han hecho ustedes cristianos para auxiliarme espiritualmente, y creo que esto es, sobre todo, lo que ha de pedírseles, exactamente igual que si se hubieran enriquecido para liberarme de la miseria.

He aquí todo cuanto puedo decirles hoy. Hasta pronto, pues, hasta el miércoles o el jueves. ¡Que Nuestra Señora de la Compasión los bendiga y me bendiga!

El pobre padrino,

LEÓN BLOY.

Se sobreentiende que el viernes, después de la ceremonia, vendremos todos aquí a almorzar con el padre Langlois. Será una pequeña fiesta de *familia,* en la que tenemos especial interés.

*
* *

A Pierre-Léon.

Montmartre, Fiesta de la Invención de la Santa Cruz, mayo 3 de 1911.

Mi queridísimo ahijadito:

Tu padrino tiene mucha pena y te pide que reces por él.

Sé que el dulce Jesús y su dulce Madre María escuchan las oraciones de los niñitos que les hablan con amor y de todo corazón.

Pedirás, pues, a Jesús y a María que concedan a tu viejo padrino la paz y la alegría que necesita. Lo pedirás con todas tus fuerzas, y estoy seguro que de inmediato se acabarán mis penas.

Lo espero de ti, mi querido ahijadito, y te abrazo con todo mi amor.

LEÓN BLOY.

*
* *

Taillepetit, julio 17 de 1911.

Mi querido Pierre-Matthias,
Mi querido Pierre-Léon,
Mi querida Cristina:

Deben pensar ustedes, y con harta razón, que soy un mal padrino. No me siento nada bien; soy algo así como un enfermo paralizado por el calor horrible e incesante que me impide trabajar. Llegué aquí con hermosos proyectos y no sé si podré realizar alguno. Esperaba gozar de esta magnífica naturaleza; el sol implacable me lo impide y un dolor continuo en el pie derecho me hace penoso cualquier paseo. Ya se imaginarán toda la fatiga que significó para mí la instalación, que duró más de una semana.

Si Dios no hace llover, no sé cómo terminará esto.

Nunca hemos deseado tanto la presencia de ustedes. Podrían venir con pasaje de tercera clase, que es barato. Tenemos comodidad para alojarlos aquí algunos días o algunas semanas. La vida material no es cara en estos lugares.

En cuanto a la vida del alma, tenemos, gracias a Dios, un buen párroco, muy pobre, muy humilde, muy simple, que no me conocía y que devora mis libros con un apetito increíble. Nuestra llegada ha sido un consuelo para él. Imagínense que en este país de paganos somos los *únicos* asistentes a misa todos los días. La aparición de ustedes aumentaría su alegría y pasaríamos juntos horas muy agradables.

Les ruego, les rogamos, pues, que vengan cuanto antes. ¡Qué auxilio será para mí la presencia de ustedes! Me parece que recobraré en seguida toda mi energía y todas mis fuerzas. He traído mi juego de ajedrez, Pierre, y he encontrado también y encolado la cabeza de María Antonieta. ¡Qué perspectiva!

Mientras espero la bienaventurada visita de ustedes, te ruego, mi querido Pierre el grande, que me escribas algo. Te aseguro que me hace falta. ¿Conservan siempre en Bures la impresión del Paraíso terrenal? ¿Fuiste por casa, en Bourg-la-Reine? ¿Estaba todo en orden?

Necesito darte algunos encargos. El primero es que tomes de uno de los estantes superiores de mi biblioteca seis ejemplares —los más limpios— de *La salvación por los judíos* y seis de *La sangre del pobre*, que deben estar en mi escritorio, en el cajón de abajo, y los envíes al librero Le Meland, calle Jules Ferry 24, Libourne, Gironde.

El segundo es que me remitas por certificado un ejemplar de *El viejo de la montaña*, que encontrarás cerca de los de *La sangre del pobre*, y otro de *Ultimas columnas*, en rústica, que está seguramente encima de los *Ensayos* de Montaigne. Estos dos libros son para nuestro párroco.

El tercero es que aproveches la oportunidad para sacudir un poco mis pobres libros.

He tenido dos noticias gratas, una, que en la diócesis de Périgueux se ha fijado para el 21 la fiesta de San Bernabé, que me es tan cara, y la otra, realmente inesperada, que esta iglesia está dedicada a San Blas, uno de mis patronos de elección. Mucho espero de ello.

Rueguen por nosotros, y *hasta pronto*. Los abrazamos con todo nuestro corazón.

León Bloy.

*
* *

S. Pedro ad vincula, *1911.*

Mis queridísimos Pierre-Matthias, Pierre-Léon y Cristina:

Con gran unción he rogado por ustedes esta mañana en nuestra iglesita de Annesse, dedicada a San Blas Auxiliador. Creo haberles dicho ya que San Blas es uno de mis patronos de elección, y han sucedido entre él y yo tales cosas y experimento tanta emoción cuando veo u oigo su nombre, que imagino, desde hace mucho tiempo, que por alguna razón llevo a ese mártir en mi patronímico. Cuando supe que nuestra humilde y pobre iglesia estaba bajo su advocación, me emocioné profundamente. Creí que he sido verdaderamente llamado aquí, como lo fuera a Cayeux el año pasado, no sólo para sufrir, sino también para obtener algo muy precioso, y nada más hermoso he encontrado para ofrecer a ese personaje del Paraíso que las queridas almas de ustedes.

Estoy muy contento de tu celo, querido ahijado. Recibí los dos libros que me enviaste, y he sabido que a mi amigo, el librero de Libourne, le llegó lo demás. Debo también agradecerte especialmente tu atención con mis viejos libracos de Bourg-la-Reine, y he de advertirte, por si acaso, que nuestro departamento está ocupado desde hace unos días por dos señoras a quienes queremos mucho, circunstancia que no te impide de ninguna manera ir a explorar mi biblioteca, si lo deseas. Me he anticipado a presentarte; saben quién eres y tendrás el placer de conversar con dos verdaderas cristianas tan amadas por Dios como para sufrir gozosamente por El.

Temo que no estés satisfecho del resultado de mis vacaciones. La triste verdad es que no trabajo nada o casi nada. El calor me mata. Quizás tengan que enterrarme en este pueblo, y lo único que pido es que puedan ustedes venir

antes. ¿Es tan difícil eso? Si tuviera dinero, les enviaría. No pasa día sin que los recordemos, mis queridos amigos. Creo, incluso, que la presencia de ustedes haría descender la temperatura y yo recobraría toda mi voluntad.

Envidio a mis otros ahijados, que pueden ir algunas veces a Bures, donde han estado el domingo último, como acabo de enterarme. En nuestra melancólica soledad somos felices al saber que contamos con la amistad de nuestros hijos espirituales. ¿No creen ustedes que nuestro Jacques es un cristiano delicioso, tal vez un poco estucado de filosofía, pero de corazón profundo y alma tierna? Me parece que están ustedes hechos para quererse y me apenaría grandemente que así no fuera.

En estos momentos, cuando trato de escribirles, lucho contra todas las moscas de Egipto, que se ensañan contra mí creyendo que soy de *miel*. Inútilmente las persigo con un folletín de Paul Bourget, que un amigo me envía con regularidad y que anoto con cuidado día por día. Creo que esto las vuelve más combativas.

La introducción a la infancia de Melanie me resulta difícil. Me siento completamente estúpido.

Mañana, 2 de agosto, día del Gran Perdón de San Francisco, indulgencia de la Porciúncula, es una gran fecha, muchas veces grata para mí, como una flor maravillosa en el desierto tan frecuentemente horrible de mi vida. A través de treinta años de distancia nada es más delicioso, más paradisíaco que esa pausa de veinticuatro horas bajo el más implacable de los cielos. En otro tiempo sentíame inflamado de amor ese día, y mañana espero arder en el mismo fuego. Espero también liberarme de la espantosa impotencia que su-

fro desde hace un mes y poder escribir al fin algunas páginas para la gloria de Dios.

Los abrazo cariñosamente.

LEÓN BLOY.

*
* *

Agosto 21 de 1911.

Dilectissimi:

In festo Sancti Bartolomaei Apostoli pro vobis "hostias immolamus".

Venite adoremus.

LEÓN BLOY.

*
* *

Dominica II Adventus, 1911.

Magnopere diligo te, fili mii:

Advertat nos Deus noster ab opulentia pessima et ab exsecrabili filia ejus, hoc est cupiditate, scilicet "radix omnium malorum" dixit Apostolus.

Sed contra et aliunde, Prodigus in lucem profertur, simulque in exitium pharisaeorum crescens usque ad custodiam porcorum et orbitatem nimiam siliquarum.

Tunc, illa tempestate, surgit gaudens et vadit hilariter in Domun Patris panibus abundantem.

Talis est propensatio tua, beate fili.

Christinam carissimam et parvulum Petrum dilectissimum flagrantissime amplector.

Vale.

LEÓN BLOY.

*
* *

Saint-Piat, julio 11 de 1912.
66º aniversario de mi nacimiento.

Mis queridísimos Pierre-Matthias, Pierre-Léon y Cristina:

Me avergüenza que se hayan adelantado ustedes a escribirme, pero recién hoy comenzamos a estar un poco instalados y hasta ahora no había podido escribir sino las cartas absolutamente indispensables, algunas con el objeto de conseguir un aumento de nuestros míseros recursos. En estos momentos trato de saber cómo haré para pagar el alquiler de julio, que vence dentro de cuatro días. Tengo confianza, pero la angustia puede no estar muy lejos. Es una prueba más después de tantas otras, y ciertamente no podemos esperar consuelo de nuestro cura párroco.

¡Quiera Dios, amigos míos, traerlos aquí el mes próximo! Acaso seamos entonces felices y podré, sin duda, trabajar.

Contemplo a veces con tristeza el tablero de ajedrez.

Los abrazo con gran cariño a los tres y les envío todo mi corazón.

LEÓN BLOY.

Podemos recibir la comunión todos los días, pero no tenemos misa, ignoro el motivo.

Saint-Piat, julio 24 de 1912.

Mi queridísima Cristina:

Esta mañana he rezado y comulgado por ti de todo corazón, pidiéndole a Jesús y a su Madre que santifiquen todos mis actos y mis pensamientos para que mis pobrísimas oraciones sean poderosas.

Nuestra separación, mis queridos ahijados, es una prueba muy dura para nosotros, y en particular para mí. No ceso de admirar el sorprendente poder que tienen ustedes, Pierre y tú, de consolarme y confortarme. Es Dios quien ha querido esta maravilla. Pierre me escribía la extraordinaria e imprevista alegría que le fué otorgada en la iglesita de Bures el día de San Juan Gualberto, 66º aniversario de mi nacimiento. ¿No es ésta una prueba más de ese vínculo misterioso de caridad que existe entre nosotros y que parece anunciar que Dios desea esta unión para el cumplimiento de algún designio oculto? ¡Y estás tanto con nosotros tú, mi querida Cristina!

Pido, pues, para ti y para el que debe venir —él o ella— las más abundantes bendiciones, y abrazo a los dos Pierre y a ti con toda mi ternura.

LEÓN BLOY.

*
* *

Saint-Piat, Natividad de María, 1912.

Mi querido Pierre, mi querida Cristina y mi queridísimo ahijadito:

Por falta de tiempo, Juana le escribió ayer a Cristina sólo algunas palabras. Ahora contesto yo la carta de ustedes, que recibí con alegría ayer de mañana.

Quisiera estar tan contento en Saint-Piat como ustedes lo están en Bures, pero el frío nos atormenta y comenzamos a sentirnos cansados de nuestra vida en este castillo musgoso; quizás nos falte valor para quedarnos hasta fines de setiembre.

Nuestra buena amiga Margarita Levesque parte mañana. Quedaremos solos. No podemos esperar consuelo de nuestro cura, ni de nadie.

Me atormentan algo las posibles dificultades de nuestro regreso, pero sé que Dios proveerá generosamente; les prohibo, queridos ahijados, con toda mi autoridad de padrino, que se inquieten por ello.

Como proyectábamos volver el año próximo a Saint-Piat, habíamos buscado dónde guardar nuestros muebles, pues no podemos dejarlos en esta casa, que es un criadero de hongos. Juana encontró la solución. Renunciamos a volver a Saint-Piat, donde nunca se oye el *Angelus*, y les enviaremos a ustedes todo nuestro escaso mobiliario: camas, ropero, mesas, sillas, bibliotequita, etc. Todo les será útil a ustedes para la nueva instalación y el verano próximo nos arreglaremos fácilmente, pues *El alma de Napoleón* me reportará este invierno por lo menos unos mil francos.

No he escrito ni una línea de la nueva serie de *Lugares comunes*. Me falta aptitud para trabajar entre las delicias del fango.

Esta mañana recibimos carta de Jacques. Juana le había propuesto el castillo de Walcheren; es una ganga, pero no puede aprovecharla. Como desea verme en Versalles esta semana, me haré afeitar allí el sábado, en lugar de hacerlo en Maintenon. Si puedes, almorzaremos con él, Pierre. Tomaré el tren de las ocho y treinta y dos y llegaré a Chantiers al-

rededor de las diez. Una vez que me desocupe del barbero, te esperaré en el café que ya conoces. Pero necesito que me avises lo que resuelvan y que te pongas también en comunicación con el pobre Jacques, que tiene sus horas muy ocupadas y desea saber con anticipación a qué atenerse.

También recibí esta mañana cartas de Coulanges y de Martineau. Todo va muy bien respecto a las *Marches*. Coulanges me dice que le has prometido algunas direcciones en Holanda para hacer envíos en consignación, lo que podría ser muy útil.

¡Cuánto lamentamos este alejamiento, queridos amigos! Las pocas horas felices de este mísero veraneo se las debemos a ustedes. Estamos a tal punto hechos para entendernos, que acaso Dios querrá acercarnos más aún, y de un modo más duradero.

Cierto es que diariamente le ofrezco sufrir hasta el fin de mi vida, si ésa es Su Voluntad. Pero al mismo tiempo, muy quedamente, le ruego a Mi Señora de la Compasión que considere mi vida dolorosa y haga que alguna vez goce de un poco de paz y de seguridad, siquiera en mis días postreros, pues en el fondo este heroísmo mío sólo es la máscara de mi cobardía.

Hasta pronto, pues, queridos míos. Abrácense en mi nombre y no dejen de orar por mí en la apacible iglesia de Bures. Abracen también a Bob, *canis potabilis et blandimento suae caudae gaudens.*

Patrinus multorum.

LEÓN BLOY.

El pequeño Pierre habrá tenido que firmar hoy el recibo del envío de su madrina.

Bourg-la-Reine, octubre 24 de 1912.

Mi queridísima Cristina:

Juana me dice que te reprochas haberme escrito una carta absurda. ¡Pluguiera a Dios que me llegaran a menudo cartas semejantes! He recibido ya algunas muy entusiastas, sobre todo, últimamente, una de Pierre; pero la tuya me ha llenado el corazón de delicias. No encuentro otra expresión.

"La Palabra de Dios", dices. ¡Te parece, pues, que lo que yo te escribo es la Palabra de Dios! ¡Qué emoción abrumadora, qué deseo de morir de alegría y de vergüenza me haces sentir! ¿De manera, pues, que, el materialista, el mísero, sólo porque me fué dado alguna vez aceptar un poco de sufrimiento, sólo por haber deseado la salvación de algunas almas, no menos preciosas que la mía, o haberlas buscado llorando por rutas peligrosas, sólo por eso estaría situado, no sé cómo, en el torbellino de tinieblas y de luz que se llama la Palabra de Dios? ¿Sólo por eso residiría en el rayo?

¡Es una locura, es un delirio, y sin embargo, no es absurdo y es embriagador!

Hay que creer que me hace falta eso para volver a cobrar ánimo, pues me parece que la confianza en mí disminuye a medida que va aumentando mi capacidad de escritor. No, verdaderamente no es absurdo. Somos miembros de Dios, ¡somos dioses! Es el Maestro quien lo afirma. Tenemos, pues, el poder y, por consiguiente, el deber de hablar divinamente, todas las veces que no hablemos en vano. Conscientes como somos de nuestra debilidad y de nuestra miseria infinitas, acaso el colmo de la humildad sea creer simplemente que es así.

Admiro, pues, tu fe, mi querida Cristina. Tu luminoso

entusiasmo me llena de felicidad y te bendigo por haber hecho descender hasta mí tales pensamientos.

LEÓN BLOY.

Festividad del Arcángel San Rafael.

*

* *

Bourg-la-Reine, 20 de mayo de 1913.

Mi querido Pierre:

Ahí va el prefacio, que me devolvieron esta mañana. Tú harás lo que quieras. Si te place, puedes citarlo enteramente. Encontrarás en él material para un artículo curioso y enérgico.

La edición Crès de *El Desesperado* debe aparecer dentro de pocos días, de manera que no dispones de mucho tiempo si deseas llegar a tiempo, pues se trata de que anuncies la resurrección de un libro que podría creerse enterrado.

Conociéndome como me conoces, y con este prefacio a la vista, el trabajo te resultará fácil y creo que podrás hacerlo en pocas horas. Sería una nueva ocasión de demostrar la tontería y la perfidia de los que publican que he sido un *communista* (18) y creen en mis *cuatro años de cautiverio* (19).

Besos a Cristina y a los niños.

Acabo de escribir a Lefebvre, citándolo para el *jueves;* te esperaré antes de las diez en el andén de la estación. Tendrás que salir de Bures a las nueve y dieciocho.

Tu padrino,

LEÓN BLOY

No olvides, llegando a Bourg-la-Reine, de asomarte a la ventanilla del lado izquierdo.

---

(18) Partidario de la *Commune* de París, en 1871. (N. del T.).

(19) Ver la nota de la página 125, escrita por Jacques Maritain, acerca de esto mismo. (N. de R.).

Mévoisins, julio 20 de 1913.

Mi queridísimo Pierre:

¡Cuánto has trabajado por mí y con qué poco resultado!

No sé qué pensar de Crès, a quien le escribí el día 8 una carta explícita y urgente. Le hubiera sido fácil acceder a mi pedido e informarme por medio de unas líneas, pero, evidentemente, pertenece a la temible cofradía de *aquellos que no contestan*, y comienzo a creer que no es el hombre activo que imaginaba. Me ha enviado las pruebas de *Sudor de sangre*, pero los ejemplares de autor de *El Desesperado* no llegan, y no sé cuándo aparecerá este libro que me había anunciado para fines de mayo. En fin, le escribiré hoy, como también a Vallette.

Esto urge porque vamos a quedarnos sin dinero. Pero no te inquietes. Está, ante todo, el Introito de la misa de este día: *Jacta cogitatum tuum in Domino, et ipse te enutriet.* Luego, debo recibir el miércoles la visita de Raoux, que seguramente accederá a ayudarme. Además, puedo contar con Vallette. No te atormentes por nosotros. Te lo prohibo.

Espero también que no habrás hablado en vano con Crès, que me ha parecido muy benévolo y que acaso está sólo acosado de trabajo. No veo qué otra diligencia pueda hacerse. Trabaja en paz en tu retiro. Por mi parte, estoy anonadado. Tengo *El peregrino de lo absoluto* y las pruebas de *Sudor de sangre*, a las que seguirán las de la *Exégesis* y después, todavía, las de *El Desesperado* del *Mercure*.

No puedo perder ni un día. Y mi correspondencia se resiente.

Sin embargo, no he olvidado a Cristina, a Jacques y a la

pequeña Ana María, cuyas almas tan queridas recordaré muy especialmente el jueves, el viernes y el sábado.

Dios quiera que ese día, el sábado, te veamos llegar con van Haastert. Te esperaremos en la Halte a la hora que tú me indiques por carta o por telegrama.

Realmente estaré encantado de recibir a ese joven, pero grande sería mi decepción si viniera solo. No tendríamos la fiesta esperada, *en absoluto*. Se entiende que quedarán los dos a dormir en casa; no es nada difícil. De otra manera, una visita de tan pocas horas sería absurda. Deben venir *juntos*, para hacerme feliz. Prométemelo, mi querido Pierre. Van Haastert, pese a sus cartas deliciosas, es un desconocido. Contigo, ya lo comprendes, me parecerá otro ahijado.

Si les fuera imposible viajar el sábado, podrían postergarlo para el día siguiente. Pero deben venir juntos, lo repito. Es el precio de mi alegría.

Abrazo a Cristina con la mayor ternura, lo mismo que a Pierre-Léon y ofrezco a Ana María las más respetuosas caricias.

Te ruego le digas a tu padre que siento por él un gran afecto.

Tu padrino,

LEÓN BLOY.

Anoche, a mi regreso de Maintenon, adonde había ido para la afeitada semanal, tuve la grata sorpresa de encontrarme en la Halte con Lefebvre, que había venido por algunas horas.

* *

Julio de 1913.

Exspectantes, exspectamus quotidie cum gemitibus liberos spirituales et amicum dilectissimum Henricum in eremo eremitarum, hoc est in pago dicto Vicinorum nequam.

*
* *

Bourg-la-Reine, diciembre 12 de 1913.

Mi querido Pierre:

¡Pluguiera a Dios darme la posibilidad de enviarte algo más que estas pobres líneas! Sé que están sufriendo ustedes en Bures lo mismo que nosotros en Bourg-la-Reine, y esto me llena de cruel inquietud. Cierto es que todo puede cambiar en cualquier momento, lo que tú lo sabrás de inmediato. Entre tanto, siento la necesidad de escribirte, en la esperanza de consolarte un poco. Es, además, un deber de estricta justicia, después de las magníficas emociones que tú me has proporcionado.

Leí todo lo que me confiaste de tu manuscrito. Esta mañana estaba con el corazón triste y cuando terminé su lectura quedé muy agitado. En verdad, es muy bello, muy angustioso. Muestras tu alma, que es todo cuanto puede hacer el más grande escritor del mundo. Hay páginas verdaderamente espléndidas, y otras tan patéticas que destrozan el corazón. ¡Qué sed de Infinito! ¡Qué constante preocupación del Misterio! ¡Ah, querido ahijado, tú has sido designado para adorar y para sufrir!

Estoy impaciente por leer lo demás. No me lo hagas esperar demasiado.

No escribiré nada con más amor que la *Introducción* de ese libro. El solo pensarlo me exalta. Hay que pulirlo un poco, es verdad, y me he ocupado de ello mientras leía, pero tendremos que trabajar juntos. En muchos párrafos se nota que has pensado demasiado en holandés, y no comprendo bien. Pero todo se arreglará fácilmente en dos o tres sesiones; es cuestión de oficio.

El manuscrito, por lo demás, es suficiente; no habrá necesidad de volverlo a copiar. Cuando nos pongamos de acuerdo, yo me encargaré de las tachaduras y correcciones, que realizaré con todo gusto y con mi letra más legible.

He aquí, mi querido amigo, todo lo que puede escribirte en este día un padrino triste.

Abraza en mi nombre a mi querida Cristina, al pequeño Pierre y a Ana María. Sé que Jesús y su Madre están con ustedes.

LEÓN BLOY.

*
* *

Abril 15 de 1914.

Mi querido Pierre:

Tu libro es magnífico. Estoy releyéndolo con gran placer; la letra de molde lo transfigura y lo ilumina.

Debemos corregirlo juntos hasta el final. Te habrás fijado que encontré algunas faltas que habías pasado por alto. Quizás sean necesarias algunas modificaciones.

Cuando le devuelvas a Crès estas primeras pruebas, no olvides de pedirle que las envíen juntamente con las segundas, para *verificar* nuestras correcciones. Esto es muy importante.

Guarda cuidadosamente ese curioso manuscrito. Formará parte de la herencia que dejes a tus hijos.

Tu padrino,

LEÓN BLOY.

*
* *

Bourg-la-Reine, abril 28 de 1914.

En estos momentos recibo los diez francos que me enviaste, mi queridísimo Pierre. Ayer, cuando vino a visitarme, Barbot me prestó veinte. Nos alcanza hasta mañana.

Barbot es muy generoso conmigo; se ha encargado de convencer a Bernoville para que arregle en seguida el asunto de *Je m'accuse,* lo que significaría un poco de dinero. Después, Dios proveerá de un modo o de otro.

Este mes de abril ha sido extremadamente duro, pero presiento que se prepara algo muy importante. Ignoro qué podrá ser. Todas las mañanas, en la iglesia, me emociono hasta las lágrimas, como si tuviera la revelación de una inaudita Presencia. Es a la vez muy dulce y muy angustioso. ¿Qué irá a sucedernos?

Te envío tus pruebas, que he leído llorando. ¡Qué libro estupendo! ¡Y qué gloria *excesiva* para mí ese testimonio de las últimas páginas!

Los abrazo a los cuatro con todo mi cariño.

LEÓN BLOY.

Bourg-la-Reine, junio 9 de 1914.

Mi querido Pierre:

Supongo que Juana te habrá advertido que almorzaré el jueves 11 en casa de Maritain. Es un almuerzo de fundación, como ya lo sabes, con motivo del aniversario de su bautismo.

Naturalmente, tú irás. Juana le escribió esta mañana a Raïssa que tú y yo llegaremos antes, juntos.

Te esperaré, pues, en Massy-Palaiseau, el jueves a las diez y media, *ut fert consuetudo.*

Tienes tiempo de contestarme si me he de privar de ese placer.

Besos cariñosos para toda la colonia de Bures.

LEÓN BLOY,
Pedibus negrovigens.

*
* *

Junio 14 de 1914.

Mi querido Pierre:

El jueves olvidé en Bures el libro de Vallón y también, lo que es más enojoso, mi misal, que extraño enormemente.

Te ruego que cuando vengas por aquí me traigas este último, y de paso, si es posible, algunos otros libros.

Mi situación no se aclara. Continúo esperando con un poco de angustia este fin de mes, como puedes comprenderlo.

Salvum me fecit (*Dominus*) *quoniam voluit me*, decía esta mañana la Iglesia. Espero entre tinieblas.

Besos cariñosos del viejo padrino.

LEÓN BLOY.

Bourg-la-Reine, julio 7 de 1914.

Mi querido Pierre:

Ha llegado el momento de que practiques la caridad con tu pobre padrino.

Partiremos el viernes y aún no he tenido ánimo para empezar los preparativos.

Como me conoces, ya te imaginarás en qué estado me encuentro.

Si puedes venir a almorzar, trabajaremos y lloraremos juntos.

Los abrazo a todos.

LEÓN BLOY.

Hasta mañana, si es posible.

*
* *

Mévoisins, julio 14 de 1914.

Mi queridísimo ahijado:

Sólo unas líneas, para despreocuparme de un pensamiento fastidioso.

El viernes, en Versalles, como Jacques me dijo que te vería próximamente, le entregué las llaves de Bourg-la-Reine, para que te las diera; las guardó en un cajón después de escribir en un papelito que yo te indicaría —en caso de que las necesitaras— que las otras llaves de la bodega, de la biblioteca, etc., estaban escondidas bajo la mascarilla de Napoleón. Pero me inquieto pensando que Jacques, Raïssa y Vera parten en estos días para la isla de Wight y mis llaves podrían quedar olvidadas en el cajón. Te ruego me tranquilices a ese respecto.

Nuestra situación es poco brillante. Estamos en vías de devorar a nuestro casero de Bourg-la-Reine. ¡Qué amargo alimento!

Hemos podido venir gracias al dinero del alquiler, largamente vencido ya. Ignoro cómo acabará este asunto. Necesitaríamos una fuerte suma y no sé de dónde sacarla. Crès, a quien recurrí con energía, me ha enviado cien francos, lo que no soluciona nada. Felizmente todavía no me carcome la inquietud, y espero que Dios hará algún milagro. Humanamente nada es posible. Quizás me ayude Juana de Arco. Ya he escrito el título de mi libro. Es algo.

Estamos soportando un calor terrible; soy presa de las moscas, como en Taillepetit, y necesito enormemente de ustedes, queridos míos.

¡El pecado original, el pecado actual, y los veraneos!

Los abrazo con el mayor cariño.

LEÓN BLOY.

*

* *

Mévoisins, julio 28 de 1914.

Mi querido Pierre:

Es inútil decirte la alegría que me proporcionó tu carta. Puedes adivinarlo.

¡Qué buenas horas pasaríamos juntos durante esos tres días y qué compañía para mí en ausencia de Juana y de Magdalena!

Podría darme el gusto de obsequiarte el *Peregrino*, un ejemplar para ti y otro para Cristina. Podría también leerte la introducción —harto copiosa— de mi *Juana de Arco*, pues trabajo mucho aquí, único medio de *matar el tiempo*.

Ya que tienes las llaves de Bourg-la-Reine, necesito que me traigas un ejemplar de *Sudor de sangre*, otro de *El Desesperado* (edición del *Mercure*) y otro de *Exégesis* (segunda serie). Los encontrarás en la biblioteca, abajo, en el primer estante. Si es mucha incomodidad, déjalo para otra vez. Puedo esperar.

Abrazos cariñosos.

LEÓN BLOY.

*
* *

Mévoisins, agosto 5 de 1914.

Mis queridos amigos:

Hemos recibido anoche tu carta, mi querido Pierre, al mismo tiempo que tres de nuestra pequeña Magdalena. Desde que te marchaste, ni correspondencia, ni diarios, Moríamos de inquietud y de tristeza. Nada te digo de la situación financiera, que es espantosa, tanto para nosotros como para ustedes. Ayer, cuando al fin llegó el cartero trayéndome junto con las cartas un recorte de *Le Matin*, estaba ya en el último grado de depresión. Puedes imaginarte hasta dónde este estado de ánimo contribuye a hacer más fácil mi trabajo sobre Juana de Arco.

Sin embargo, no hay que dejarse abatir. Tenemos la oración; tenemos —*sobre todo ustedes*— la protección maravillosa de la Inocencia. Además, pienso y digo, creyendo saberlo, que Dios odia la injusticia y que Alemania ha colmado toda medida. Parecería que Guillermo, al declarar la guerra, simultáneamente a Francia y a la formidable Rusia, y quizá mañana a Inglaterra, ha llegado al límite de la locura: *Quos vult perder Deus dementat*. Es preciso, evidentemente, que

esos bandoleros sean castigados, y estamos terriblemente bien colocados para ser testigos de ello. Pienso en 1813, cuando todos los ejércitos de Europa lucharon contra Napoleón. Hoy sucede a la inversa, y el imbécil de Guillermo acabará menos gloriosamente.

Los quiero con todo mi corazón y los abrazo desde lejos con la mayor ternura.

LEÓN BLOY.

Por caridad, escríbannos cuando puedan.

*
* *

Mévoisins, agosto 6 de 1914.

Te agradezco, mi dulce y buena Cristina, tu afectuosísima carta, que encontré anoche, al regresar de una tristísima e inútil diligencia, después de una tarde pesada y dolorosa. Quiero esperar que Pierre haya recibido la mía de ayer y que a ti te llegue ésta. De lo único que se puede estar seguro en estos tiempos es de la angustia y la miseria universales.

Creo, lo mismo que Juana, que Pierre está perturbado, que su lugar está ahí, a tu lado. Lo mejor que podría hacer es ayudar a los campesinos a salvar sus cosechas. Es una pena grande ver que van a pudrirse bajo la lluvia y que nadie las recogerá. Matanzas y hambre, tal parece ser el porvenir más próximo. La angustia, como tú dices, es extraordinaria y *misteriosa*. Están cumpliéndose, probablemente, las amenazas de la Salette tantas veces y tan en vano recordadas por mí.

A pesar de todo, no debes dejarte abatir, Cristina.

"¿Qué vamos a hacer sin recursos, en el *extranjero?*", me escribes. Verónica se ha impresionado penosamente. ¡De manera que Francia, donde han conocido a Dios, donde se hicieron cristianos, donde nació Ana María, donde tu marido y tu hijo fueron bautizados, es el *extranjero!* ¿Has pensado en ello, mi querida amiga? ¡Es casi lo mismo que si dijeses que el Cielo es el extranjero! Los amigos de Dios no perecerán, yo te lo afirmo, y no me dejo llevar por la impresión del momento, pues estamos muy amenazados. El poco dinero que nos quedaba ha ido agotándose, y no vemos llegar nada; pero Juana y yo tenemos la plena seguridad de que lo necesario, y acaso hasta un poco de lo superfluo, nos será concedido a tiempo, de un modo o de otro. Y que serán ustedes tratados en Bures con la misma bondad. Hay que rezar con energía. He ahí todo lo que hace falta.

Nada te digo de la ausencia de Magdalena, porque me destroza el corazón. Dios sabe lo que hace y hasta dónde somos capaces de soportar.

Los abrazo.

LEÓN BLOY.

*
* *

Mévoisins, agosto 12 de 1914.

Mis queridos amigos:

Les escribo únicamente porque me hallo apenado, y el hacerlo me consuela un poco. Desde hace ocho días no recibimos noticias de Magdalena y reina aquí la miseria. Estas dos cosas, además de la gran angustia, nos parecen difíciles de soportar. Hemos tenido días muy amargos.

Las noticias de la guerra han atenuado algo nuestro tormento. Parecería que los alemanes no triunfan en su expedición de bandoleros y también que su imperio de inmundicia está en peligro. Su amenaza de invasión fulminante, inopinadamente desconcertada por Bélgica, ha sido respondida con la invasión misma. Los franceses están en Alsacia. Se esperan ahora las grandes batallas que decidirán el fin. Pero parece que los ingleses acuden ya, y los rusos deben estar marchando sobre el Vístula y sobre el Oder. Vamos a asistir a los acontecimientos más inauditos. El pobre Barbot, de quien recibimos carta esta mañana, renuncia a su actitud de profeta. Había imaginado que una revolución sangrienta precedería a la guerra, pero he aquí que toda Francia está unida contra Alemania. Parecería que hay en ello algo de sobrenatural, y realmente todo se puede esperar.

Cierto es que habrá que sufrir terriblemente. Aquí estamos con los últimos céntimos. Los editores y los amigos son impotentes o se esconden. Sólo nos queda el rosario.

Juana pregunta si Cristina recibió una carta suya de cuatro páginas. En la excepcional situación que atraviesa el mundo, hay que acusar recibo de *todo*. Me han llegado al mismo tiempo tus dos cartas del 8 y del 9, querido Pierre.

Besos cariñosos para los cuatro de Bures.

LEÓN BLOY.

*
* *

Mévoisins, agosto 17 de 1914.

Mi querido Pierre:

Mucho te agradezco tu larga carta, que es un verdadero regalo. Hay aquí mucha tristeza y los días caen sobre nosotros pesadamente.

La ausencia de Magdalena es un enorme agravante. Hace ya quince días que nos vemos privados de esta hija, lo que significa para mí una dura prueba. Pienso muy a menudo en ustedes, amigos míos de Bures, y no sin lágrimas. ¿Cuándo nos volveremos a ver? ¿Cómo y en qué estado? Jacques, por lo menos, está seguro en la isla de Wight, al amparo de sus benedictinos, con Raïssa y Vera.

En ninguna época de la historia Francia, Europa, el mundo entero, se han encontrado en una situación tan extraordinaria. Quince o veinte millones de soldados en armas, el odioso imperio alemán amenazado de ruina después de espantosas matanzas, y ¿luego? Reprimiendo un acceso de risa dolorosa, quiero creer en la fraternidad y en el *desinterés* de Inglaterra y de Rusia, pero de todos modos habrá que reconstruir a Europa. ¡Qué jauría, qué desencadenamiento de apetitos, qué visión de Apocalipsis habrá entonces!

El imperio alemán debe ser destruído, y eso parece seguro. La arrogancia y la brutalidad prusianas han colmado toda medida. Dios y los hombres están hartos. Francia es necesaria para ese propósito y, por lo tanto, Francia vencerá. ¿A qué precio? Su extrema derecha está en Alsacia y su extrema izquierda en Lieja. Es una tenaza de cien o doscientos kilómetros que debe cerrarse sobre Metz y Estrasburgo, fortalezas robadas a Francia, casi inexpugnables desde hace cuarenta y cuatro años y que serán defendidas con la más horrenda desesperación. Se está a la expectativa de una gigantesca batalla que acaso decida su suerte. Es posible que Francia logre la victoria, ayudada por Bélgica e Inglaterra; pero, vuelvo a repetir, ¿a qué precio? Supongamos, pues, reconquistadas las provincias robadas y al ejér-

cito alemán espantosamente mutilado, rechazado más allá del Rin, obligado, para su exterminio, a salir al encuentro de los rusos. Según esta hipótesis, todo marchará muy bien y el abominable imperio dejará de existir. ¡Sea! Pero quedará la Salette. ¿Francia habrá hecho penitencia? En absoluto. Las conversiones determinadas por el miedo me inspiran poca confianza.

Barbot pensaba que una revolución diabólica precedería a la guerra. Se ha equivocado profundamente. La realidad visible es que Francia está en estos momentos muy unida y que se puede esperar la destrucción de los bárbaros. Por el momento, ése es el único deseo, la única preocupación. Pero está la Salette, y tengo el convencimiento absoluto de que Dios quiere actuar sin demora, manifestándose El mismo, de una manera inaudita que nadie puede prever. Hasta tanto no se manifieste lo Sobrenatural, nada se habrá logrado.

Esta guerra no es, pues, no puede ser el *Fin*. Suponiendo la ruina de Alemania, cabe pensar que ese triunfo aumentará infinitamente la impiedad y el endurecimiento de Francia, la que no habrá tenido su castigo y que no *debe* escapar a él. Desde ese punto de vista, parece indudable que esta guerra es sólo un *episodio*, un *preludio*. Abatido el monstruo germánico, Francia tendrá todavía que ajustar cuentas con un Amo enamorado de ella, pero implacable. Ese será el momento de Dios. Entonces, sin duda, El hará surgir a *alguien*...

Tu carta, mi querido Pierre, me ha demostrado una vez más hasta dónde coincidimos y estamos unidos en nuestros sentimientos y en nuestras ideas. Creo que los dos hemos sido designados para ver las más grandes cosas. Pero

es preciso no arredrarse. Nosotros seremos perdonados, suceda lo que suceda. Mis ahijados serán perdonados conmigo. No podemos hacer otra cosa que rezar, que es todo cuanto se nos pide.

Estos días han sido muy sombríos para nosotros, pero no estamos en el abandono. Queda convenido, mis queridos amigos de Bures, que ustedes nos ayudarán si Dios les hace llegar recursos muy abundantes, pero sólo en ese caso. Podemos vivir. Crès me ha enviado espontáneamente un pequeño auxilio. Espero otros, y quizás tengamos la dicha de poder ayudarlos nosotros mismos. Les pido, pues, que tengan serenidad y confianza.

Nuestra mayor pena va a terminar. Magdalena estará con nosotros dentro de algunos días.

Dile a Cristina que me ha emocionado mucho su última carta y abrázala con ternura en mi nombre, lo mismo que a Pierre-Léon. Pídele en mi nombre que le haga hacer a Ana María cuatro veces la señal de la Cruz, una por Juana, otra por Verónica, otra por Magdalena y otra por mí. Creemos en la maravillosa eficacia de ese gesto de la inocencia.

Te ruego que me acuses recibo de esta carta y la conserven. La necesitaré para el próximo volumen de mi diario y no tengo fuerzas ni ánimo para sacar copia.

Los abrazo cariñosamente.

LEÓN BLOY.

Mi *Juana de Arco* ha quedado interrumpida, desgraciadamente.

*
* *

Mévoisins, agosto 27 de 1914.

Mi querido Pierre:

Te escribí anteayer, 25, pero estoy tan triste que vuelvo a hacerlo hoy.

Estamos esperando, sin paz en la vigilia ni en el sueño, un telegrama que nos anuncie la llegada de Magdalena a París, donde Juana irá en seguida a buscarla. Todo lo que puedo decirte es que la ausencia de esta criatura ha sido terrible para nosotros.

Por lo demás, todos los días esperamos que el cartero nos traiga la mísera hojita de *Le Petit Parisien*, por la que nos enteramos de las pocas noticias que el Ministerio de Guerra permite publicar.

Recibí anoche una carta de B..., del más detestable pesimismo. Todo anda mal, según él, y *por sistema* no nos comunica sino falsas noticias. ¿Qué sabe ese pobre hombre que tanto se ha equivocado en sus predicciones? No se dejen influenciar por él, mis queridos amigos; sería tonto. Me dice que te envíe los primeros capítulos de su *Épée foudroyante*, que recibí hace pocos días. No valen *nada*. Como tiene muy pocas luces, abusa de las profecías de Melania, que es incapaz de comprender.

La situación de Francia es horrible, sin duda, pero, ¿qué decir de la de Alemania? Por mucho que sean ciertos los graves sucesos ocurridos en Bélgica y en Alsacia, ¿cómo no contar con la cooperación de los ingleses, cuyo *interés* evidente es oponerse violentamente a la expansión alemana? Los rusos y su zar, abofeteado y humillado canallescamente en Berlín en la persona de su embajador, inundan la Prusia Oriental y marchan sobre la capital de Guillermo. Por muy

formidable que sea el ejército que estos bribones tienen en Bélgica, se verá forzado a dar media vuelta y a aflojar en su ataque para acudir contra los rusos, dejando a sus espaldas a cuatrocientos mil o quinientos mil franceses, ingleses y belgas, que los perseguirán furiosamente, con el deseo de castigar sus atrocidades, pues todo debe pagarse. No se trata de una guerra ordinaria, sino de una guerra de *exterminio*.

Nada me ha revelado Dios, pero tengo el íntimo convencimiento de que Alemania está condenada y que Prusia —corazón militar de Alemania— debe ser destruída. Esto *antes que nada*.

No es B... el llamado a hacerme saber que Francia ha merecido los peores castigos. Los sufre ya con la matanza de sus hijos y con las atroces desgracias, sin perjuicio de las cuentas que deberá rendir después. Pero lo primero es Alemania.

Vivo como en un sueño doloroso. Esta mañana, en nuestra pobre iglesia, pensaba en todos los muertos de hoy y de ayer, en todas las agonías, en todos los duelos, en todas las amenazas; y al mismo tiempo revivía todo mi cruel pasado. Con una angustiosa precisión recordaba cosas antiguas, vistas u oídas hace treinta y cinco años, cuando, viviendo como contemplativo, me fué revelado que un lugar —ignoro cuál— me estaba reservado en las inmensas catástrofes que habían de sobrevenir. Y lloré en las tinieblas de la esperanza.

¿Qué será de nosotros, de todos? ¿Nos veremos obligados a huir? ¿Adónde y cómo? ¿Regresaremos a Bourg-la-Reine sin recursos? ¿Volveré a Bures para ver a mis

queridos ahijados? Los amigos de Dios no serán abandonados, sin duda; pero, ¿qué nuevas pruebas tendrán que sufrir?

Te escribo, mi querido Pierre, desde hace una hora, tiempo ganado a esta jornada de soledad y de tristeza.

Pierre-Matthias, Cristina, Pierre-Léon y Ana María, rueguen por el pobre padrino que los lleva en su corazón.

LEÓN BLOY.

P. D. La inseguridad del correo me obliga a pedirte la fecha de recibo de mis cartas.

*
* *

Rennes, setiembre 17 de 1914.

Mis queridos amigos:

Hoy, por fin, después de dos semanas de angustiosa preocupación, hemos recibido, primero tu carta, querido Pierre, fechada el 13 de setiembre en El Havre, donde anunciabas la partida de ustedes para Holanda, tras un viaje terrible, y luego el bendito telegrama de Henri, que nos tranquilizó completamente.

Sabemos ahora, y nadie lo ignora, que Francia ha ganado la partida y que la inmunda canalla alemana, perseguida por el ejército franco-anglo-belga, se verá muy pronto obligada, después de terribles convulsiones y matanzas infinitas, a pasar nuevamente el Rin, sin gloria, con quinientas mil bayonetas a la espalda y un millón de rusos frente a ella, en las puertas de Berlín. Será el fin del odioso imperio de los brutos, pues Austria ya no cuenta. Tenía, pues, razón en mi optimismo. Sin embargo, debí hacer lo que

ustedes y tantos otros: huir. Mal informado, pero sabiendo que los alemanes marchaban sobre París después del desastre de Charleroy, temí una irrupción de los ulanos. Juana estaba muy angustiada y mis noches eran dolorosas. Un auxilio completamente inesperado y milagroso nos llegó y pensamos que Dios nos manifestaba así su voluntad; tomamos, pues, el tren para Rennes, con algunas valijas de mano. ¡Qué viaje! Tú conoces, Pierre, el trayecto de Saint-Piat a Chartres, que se recorre en tiempos normales en veinte minutos. Pues bien, empleamos siete horas, y el resto del recorrido en la misma proporción. Pánico universal y empujones sinnúmero. La verdad es que nada nuevo tengo que contarles, ya que han estado ustedes en El Havre en las mismas condiciones. Llegamos al fin a Rennes, deshechos, pero por lo menos con la seguridad de encontrar a Termier, que ocupa aquí un alto cargo militar. Es una alegría para él y para mí vernos dos o tres veces por semana. Como la ciudad se halla colmada, fué difícil encontrar alojamiento. Pero pasado el primer día, la Providencia proveyó.

Entonces les enviamos de inmediato a casa de Mme. W... un telegrama que jamás recibirán, diciéndoles: "Vengan, tenemos dinero". Dios quería nuestra dispersión dolorosa, y esto es adorable, sin duda...

Muchas veces te he dicho, mi querido Pierre, que estamos llamados a ver juntos muy grandes cosas. Estas que ahora vivimos, aunque horrendas, son apenas el comienzo. Millones de muertos, infinitas desgracias, duelos incalculables, he aquí lo que han provocado fríamente los Hohenzollern, sobre quienes —y sobre el infame reblandecido de Habsburgo, llamado el Emperador *apostólico*— reposa el *Espíritu de Dios*. Es como para enloquecer cuando uno piensa en ello.

El tedio aumenta aquí día a día. No puedo continuar mi *Juana de Arco,* pues dejé mis libros en Mévoisins. Si los bandoleros continúan su retirada regresaremos a Mévoisins a fin de mes y permaneceremos allí hasta octubre, a la espera de que sea posible instalarnos en Bourg-la-Reine. Quizás ustedes también puedan volver entonces a Bures, donde han dejado cuanto poseen.

¡Cuántas veces, Pierre, y con qué vehementes deseos, pienso en nuestro banco de la estación, en el pequeño café vecino, en la iglesita silenciosa, en el almuerzo bajo tu árbol, en Cristina, en los queridos niños y hasta en el pobre gato sin cola!

Querida y muy amada Cristina, ¿cómo has podido creer que estaba enojado contigo, que había entre nosotros una *sombra?* Es verdad, soy un viejo oso de pata pesada, pero tú tienes un lugar muy grande en mi corazón. La carta que te inquietó fué una broma que te escribí riendo, y así debiste haberlo comprendido de inmediato. Créanme, mis queridos hijos espirituales, que nada de ustedes puede causarme pena, excepto verlos sufrir, y que me atormentaría ser yo la causa. Abracémonos, querida Cristina, esperemos el esplendor de Dios y oremos juntos con el más grande amor.

Después del telegrama recibido esta mañana, deseamos con impaciencia una carta de Holanda, que probablemente se cruzará con ésta. Les ruego que abracen en mi nombre a Henri, expresándole mi sincera amistad por él y el lugar que ocupa en mi corazón. Le escribiré uno de estos días. Me llegó aquí su carta del 29 de agosto y no olvido nuestros hermosísimos días de Mévoisins.

Todo mi cariño para ustedes.

León Bloy.

Bourg-la-Reine, octubre 30 de 1914.

Mi querido Pierre:

Recibí esta mañana tu carta que nos fué a buscar en Rennes y luego en Saint-Piat. Grande es nuestra pena porque no les llega nada de cuanto les enviamos. Nos hemos enterado de ello por carta de Cristina, que recibimos el 23 y que Juana contestó. El 10 me había llegado una tuya, la última, y el mismo día mandé a Henri van Haastert algunas páginas bastante importantes, que eran también para ustedes. ¿Las recibió?

¡Qué tiempo abominable y qué espantoso comienzo del cumplimiento de las amenazas de la Salette! Es indudable que Alemania está ya condenada y que los infames devastadores de Francia y de Bélgica no tardarán en verse forzados por la ofensiva Rusa a pasar nuevamente el Rin, dejando tras ellos la peste, centenares de miles de muertos y el más espantoso desierto. Su imperio de demonios será destruído, pero, ¿no nos convertiremos entonces en presa de la lepra socialista y anticristiana, que es más temible aún? No puedo expresarte todos mis pensamientos en esta pobre carta, que quizás no recibas nunca. Por otra parte, ya sabes qué sombríos son.

Naturalmente, no dejamos de rogar por ustedes. A pesar de todo esperamos verlos en Bures, donde han dejado cuanto poseen y algunos de sus más caros recuerdos. Dios no nos rehusará esta alegría. ¿Te acuerdas, querido Pierre, que en Saint-Piat me viste llorar? Tenía entonces los más negros presentimientos, los que por desgracia se han cumplido. Sin embargo, no dejamos de abrigar esperanza, pese a los riesgos que nos rodean. Estoy como un pobre viejo ami-

go de Jesús ante un muro de bronce, pero sé que el Paraíso se halla detrás de él y que Nuestro Señor es Todopoderoso.

Nos ha impresionado penosamente la enfermedad de tu padre. Dios quiera abrirle los ojos.

Los abrazo con todo mi corazón, Pierre-Matthias, Pierre-Léon, Cristina, Ana María, siempre queridísimos, y les envío todo el cariño de Juana, Verónica y Magdalena.

Saludos afectuosos a tu padre.

LEÓN BLOY.

*
* *

Bourg-la-Reine, noviembre 13 de 1914.

Mi querido Pierre:

Recibí mis llaves esta mañana y tu carta anteayer. Esta, tan largamente esperada, ha sido para mí un consuelo. La pesadilla de que hablas, la pesadilla interminable de esta guerra diabólica, pesa terriblemente sobre mí. Desde que comenzó, estoy sobrecogido de angustias. Aquí, a mi alrededor, veo a la gente agitarse en vano, reír con estruendo, continuar su vida como si nada sucediera, divertirse todo cuanto puede, mientras millares de hombres son asesinados diariamente. Indiferencia total, ceguera absoluta de todos aquellos a quienes la guerra no amenaza. Leo los diarios y tomo notas para un próximo libro, pero estoy penetrado de un continuo horror. Lo que más me hace sufrir de lo alemán, lo que de ninguna manera puedo aceptar, es la horrible injusticia de esta guerra de asesinos y ladrones hipócritas, que tienen la osadía de abusar del Nombre de Dios para justificar sus infamias. Nunca se había visto na-

da parecido. Se podría creer que un soplo diabólico ha pasado sobre ese pueblo abominable y que los alemanes ya no son hombres. Todos los que han visto las batallas coinciden en expresar la impresión de haber estado en el infierno. No se trata siquera de conquistas, pues ya la partida está perdida para esos iracundos. Lo que buscan es el exterminio de los hombres y de las cosas. Cuando el sorprendente progreso de los ejércitos rusos les obligue a cruzar nuevamente el Rin, ¿qué quedará de nuestros departamentos del norte y de la desgraciada Bélgica? Para esos amigos de Dios, la más bella catedral no vale los huesos de un granadero pomeranio. En esta expansión suprema, Lutero nos muestra al fin toda su flor.

Me inquieto por Holanda, es decir, por ustedes, queridos ahijados, pues se dice que también los amenaza la insolencia de los bárbaros. Pretenden que el que no está con ellos está contra ellos, y sin duda tienen razón, ya que a todo el mundo inspiran terror. Este imbécil y feroz Guillermo ha tenido últimamente la osadía incomparable de proclamar que "sostiene una guerra *defensiva* contra un mundo de odio, de envidia y de *codicia*", presentándose asimismo como una víctima que debe inspirar compasión a todos los corazones generosos, y a su Alemania como una deliciosa podredumbre apetecida por el universo.

Temes que la guerra dure mucho tiempo aún. Yo no lo creo. Esfuerzos tan gigantescos no pueden renovarse. Alemania se agota. Para multiplicar hasta el infinito los duelos y las miserias le sería preciso gastar por mes más de mil millones, y se cree que en estos tres meses ha perdido ya, en Occidente y Oriente, un millón de sus invencibles soldados. El Imperio, no cabe duda, está condenado. Las convul-

siones del monstruo serán espantosas, lo sé, y ello costará muy caro; pero Europa quiere que perezca. Dios lo quiere también y no escapará a su destino.

Tampoco yo escaparé al mío, que parece ser sufrir siempre. Nuestra vida cotidiana está suspendida de algunas telas de araña. No morimos, pero la penuria es permanente; Dios así lo quiere.

Henri, de quien he recibido una honrosa carta esta mañana, habla de su ansia de sufrimientos. Abrázalo de mi parte y dile que tenga cuidado. Dios no escucha todas las oraciones, pero si se le pide sufrir, nos lo concede infaliblemente, primero, porque ello está *en el orden,* y luego, porque a menudo se mezcla, en esta petición, una especie de orgullo que debe expiarse; y como de esa manera se entra en lo Absoluto, los efectos pueden ser terribles. Yo sé algo de ello. Cuanto te digo aquí no está quizá muy claro, pero me parece que he de ser comprendido.

En mi tribulación he vuelto a mi *Juana de Arco,* interrumpida tres veces. Los acontecimientos actuales agregarán algo, lo espero, a mi visión personal de ese drama histórico.

Voy a entrevistarme nuevamente con Crès y a hablarle de tu libro. Desgraciadamente dudo que pueda ser publicado ahora; los negocios de librería atraviesan un pésimo momento.

Jacques almorzará probablemente aquí el domingo, con Termier, que me ha hecho saber su deseo de aprovechar su corta estada en París para verme. Mucho te extrañaremos.

¿Cuándo nos volveremos a ver, mi querido Pierre? Me hablas de las tardes felices en Bures, en Bourg-la-Reine, de nuestras partidas de ajedrez y nuestras charlas. ¡Ah! recuer-

do con lágrimas nuestra separación en Maintenon, el 1º de agosto a las cuatro de la mañana. Verónica quiso acompañarte conmigo. ¡Con qué dolor de corazón te vi partir! Algunas horas más tarde anunciaban la movilización general. Tales momentos no se olvidan.

¿Qué decirte de los católicos modernos que ya no te haya repetido cien veces? Son heroicos como siempre, y la Fe progresa. La Salette es más despreciada que nunca. Cuanto más se realizan las amenazas de La que llora, menos se cree en ellas. ¡Qué despertar después de la guerra, cuando los sectarios, más poderosos que nunca, los miren con sus ojos cubiertos de parásitos fosforescentes!

Hazme el favor de decirle a tu querido padre, cuyo sufrimiento me aflige, que lo quiero y ruego por él con todo mi corazón, lo mismo que Juana, Verónica y Magdalena. ¿Por qué no reza como nosotros y con nosotros? ¡Qué consuelo y qué enorme tesoro de paciencia tendría!

Los abrazo a todos, a ti, a Cristina, al pequeño Pierre y a Ana María, con inmenso cariño.

LEÓN BLOY.

Cuando puedas escribirme, acúsame recibo de ésta. Espero también que Cristina haya recibido una que Juana le escribió anteayer, informándole de su fracaso en Bures, donde estuvo con Verónica; la señora de H. le impidió la entrada en la casa, poco menos que insolentemente. Además, le anunciaba que encontró el baúl de ustedes en la portería de la señora de Verbrugghe.

Rogaremos por el éxito de tu conferencia del 16. Creo que necesitarás una extrema prudencia.

*

* *

Bourg-la-Reine, enero 13 de 1915.

Mi querido Pierre:

Recibí tu tan esperada carta con la alegría que puedes imaginar. Acabo de leerla y me aferro como puedo a la última frase: "Quizás nos veamos pronto". ¡Ah! ¿Quién puede saberlo? Los extraño a los cuatro enormemente. Pienso en ustedes constantemente, no sólo por la mañana, en la iglesia, sino también durante todo el día y en toda ocasión, a menudo con una aplastante tristeza. ¡Se suma esto a tantas otras penas! Verdad es que no podemos quejarnos mucho en la actualidad, pues Dios hace intervenir misericordiosamente a algunos amigos. Aunque reducidos estrictamente a un estado de mendicidad, subsistimos. Pero hay en todo el mundo, y en nosotros muy particularmente, una terrible angustia.

Debes estar tan impresionado como yo del carácter netamente diabólico de esta guerra. Cito un hecho entre más de diez mil: nuestros soldados, al entrar en un cementerio de Flandes, se encuentran ante una gran cruz, de la que los alemanes han sacado a Cristo y crucificado en su lugar a un hombre. Esto lo supe ayer. No pasa un día sin que se relaten hechos similares, que sólo pueden explicarse por una especie de *posesión colectiva* de todo el ejército alemán. Desde los jefes hasta los últimos soldados y los no combatientes aplauden estas atrocidades. Es el absceso luterano madurado durante cuatro siglos, que revienta al fin. Tal espectáculo y, sobre todo, el presentimiento de lo que *ha de venir,* es para mí una permanente pesadilla que me mantiene en un estado de excitación horrorosa, cuyas huellas se verán en todas las página de mi libro. ¡Felices los que han muerto

¡en la paz del Señor! ¿Qué nos tocará ver a nosotros los sobrevivientes?

¿Recuerdas, mi querido Pierre, nuestras conversaciones en Bures y en otros lugares y todo cuanto yo decía del futuro próximo, que tan sombrío me parecía? *"Initium* dolorum haec". He aquí donde estoy ahora. Creo verdaderamente que lo que vemos es sólo el principio. Desde Alsacia hasta Ostende hay masacres diarias, casi sin avanzar. La enormidad de la tarea impuesta a nuestros pobres soldados nos obliga a esperar en esas condiciones a los rusos, cuya lentitud es desoladora. Pero cuando éstos marchen sobre Berlín, los bárbaros se verán obligados a soltarnos, no sin destruir o acribillar en Francia y en Bélgica todo lo que aún ha podido subsistir. En ese momento se creerá estar leyendo el Apocalipsis. Trata de imaginarte esa avalancha de dos o tres millones de franceses, ingleses y belgas, enloquecidos de ira y ansiosos de vengar duelos infinitos y horribles ultrajes, precipitándose sobre un vasto imperio de demonios desesperados... La exasperación unánime provocada por la barbarie alemana es tal, que vamos visiblemente hacia lo que llamo la guerra *integral,* es decir, aquella en la que ya no habrá prisioneros, lo que ya comienza a ser un hecho. La sentimentalidad francesa podrá tal vez durar un poco más, ¡pero los belgas, los ingleses, los rusos!

En lo que respecta a Francia, la amenaza más tremenda que veo es que con la reapertura de la Cámara, que acaba de tener lugar, reaparezcan en escena los políticos, cuyo primer intento será desprestigiar al gobierno y desquiciar la defensa nacional, destituyendo a los jefes del ejército para colocar en su lugar a pomposos capituladores, a menos que se dediquen a lo más urgente, que es evidentemente

clausurar todas las iglesias y alentar las más infames persecuciones. ¡Ah, mi querido ahijado, cuántas cosas hemos de ver! Las amenazas de la Salette están próximas a cumplirse.

Lo que me dices de tu padre es muy doloroso. Si crees que eso puede hacerle algún bien, dile que rogamos muy especialmente por él. Todos los días le ofrecemos una decena de nuestro rosario.

¿Qué puedo escribirte que tú no sepas o no adivines? Tienen ustedes todo mi cariño, mis queridos ausentes, y este exilio es una de las mayores tristezas de mi vida.

El viejo padrino los abraza con todas sus fuerzas.

LEÓN BLOY.

Afectuosos saludos a nuestro querido Henri.

*
* *

Bourg-la-Reine, febrero 11 de 1915.

Mi querido Pierre:

Me ha dolido la noticia, que recibí esta mañana por ti, del desistimiento sin heroísmo de tu editor holandés, que, por lo visto, ha inmovilizado su entusiasmo detrás de un dique.

Ese proyecto de editar en Holanda me agrada. Hubiera significado para mi libro una difusión afortunada, que probablemente habría llegado hasta Inglaterra y Rusia. ¡Era una oportunidad tan hermosa, tan única!

Yo lo había consultado a Vallette acerca de las informaciones que me pedías. Me contestó que un libro como

ese, publicado en tales circunstancias, era a su juicio un *excelente negocio,* de éxito seguro para el editor, y que desde el punto de vista actual, París no sería tan ventajoso como Holanda para esa publicación. Crès me dió más o menos la misma respuesta. ¿Será el tuyo, por ventura, uno de esos líricos editores que no quieren ganar dinero? No, no lo creo. Ha pedido unos días de reflexión, simplemente para poder consultar con terceros, y el pretexto de que deseaba hacer un examen previo de mi libro es la mejor prueba de esa pequeña villanía.

Como, ingenuo de mí, esperaba una respuesta favorable, le escribí anteayer a nuestro amigo Henri van Haastert, dándole algunas instrucciones precisas, que ha debido comunicarte. Ahora no sé qué hacer. ¿Mi libro, que he terminado —sabe Dios con cuánto trabajo— hace ya tres días, tendrá que dormir en un cajón? Sería muy duro. A falta de otra cosa, te transcribo el índice, que podrás mostrar si lo crees útil.

INTRODUCCIÓN

Meditación preliminar

I. El Lugarteniente de Jesucristo.
II. La Angélica.
III. El Milagro.
IV. Dii estis.
V. La Epopeya.
VI. La Guerrera.
VII. La Profetisa.
VIII. La Taumaturga.

IX. Los Amigos.
X. Los Enemigos.
XI. Las Lágrimas.
XII. Obispo, muero por Vos.
XIII. El Holocausto.

Conclusión. La Cruz de madera y la Cruz de hierro.

Nada más. A mi edad, y después de todo lo que he escrito, me niego con indignación a cualquier examen previo. He leído mi obra, íntegramente o en parte, a algunos amigos a quienes todavía veo: los Maritain, los Martineau, Termier, La Laurencie, etc. La impresión de todos ellos coincide en que jamás he escrito nada tan importante e irresistible. Es preciso no olvidar el título:

JEANNE D'ARC ET L'ALLEMAGNE

Título de segura atracción y que no he buscado. Se me impuso por sí mismo. ¿Cómo no comparar a cada instante la guerra tan noble y caballeresca de la "Pucelle" con esta infame de Guillermo? Y luego, la atroz angustia, cada vez mayor, la cólera, la maldición infinita. Hay en todo ello, me parece, materia para un magnífico libro.

Y ahora, una vez más, ¿cuándo y cómo nos volveremos a ver, mis queridos amigos y ahijados Pierre, padre e hijo, mi querida Cristina y tú mi pequeña Ana María? Pienso a menudo y con gran amargura en Bures, donde tendrán que volver algún día, aunque sólo para recoger las cosas que dejaron allí y que nosotros no hemos podido cuidar, pues la casera nos ha prohibido la entrada.

Quiero hacerles saber que después de una serie de días muy penosos nos hemos visto favorecidos con el milagro de siempre, vale decir, que nos ha llegado inesperadamente un gran auxilio de una persona desconocida, que arde de entusiasmo por mis libros. Es una mujer, una madre de familia que no sabe qué hacer ni qué decir para agradecerme que le haya hecho encontrar de nuevo a Dios, a quien creía haber perdido.

Los abrazo a los cuatro, llorando de amor.

LEÓN BLOY.

*
* *

Bourg-la-Reine, viernes 26 de junio de 1915.

Mi querido Pierre:

Mañana, sábado, nos veremos a las diez en el banco de siempre.

Quizás pueda darme el gusto de llevarte uno o dos libros, pero hasta el momento tengo las manos vacías, tan vacías como lleno está mi corazón de ti y de algunos otros.

Hoy es el día de San Juan y San Pablo, mártires bajo Juliano el Apóstata, personajes realmente *extraordinarios.*

He aquí la sorprendente antífona del Magnificat: *Isti sunt duae olivae et duo candelabra lucentia ante Dominum: habent potestatem claudere coelum nubibus et aperire portas ejus; quia linguae eorum claves coeli factae sunt.*

Abrazo a mis queridos amigos.

LEÓN BLOY.

*
* *

Vicini nequam, por Saint-Piat, julio 29 de 1915.

Mi querido Pierre:

Los diarios me llegan con más o menos regularidad, pero el pobre padrino continúa sin recibir carta de su ahijado.

Felizmente hemos sabido esta mañana, por unas líneas de Cristina, que has vuelto con todos tus miembros a pesar de haber sido bombardeado en Reims. Sé muy bien que como ahijado mío cuentas con una especial protección, pero no hay que abusar e ignoro si tienes el derecho de exponerte así, no siendo combatiente. Tu diario holandés no pagará seguramente lo que valen tus huesos. Estábamos aquí muy inquietos.

Ten valor, querido Pierre, escríbeme algo. Conoces mi soledad y sabes cuánto te quiero.

Besa de mi parte a Cristina, a Pierre-Léon y a tu deliciosa Ana María.

Te abraza fuertemente

LEÓN BLOY.

*
* *

Vicini nequam, agosto 26 de 1915.

Mi querido Pierre:

Ayer recibí tu carta. Tengo enorme deseo de verte una noche y algunas horas antes y después, como vimos a Jacques. Creo que en estos momentos una conversación contigo me sería muy provechosa.

Trabajo mucho, tanto, que espero volver con un nuevo volumen de cuatrocientas páginas, la continuación del *Pèlerin*, de 1913 a 1915.

Esta tarde, estudiando el mes de agosto de 1914, uno de los más angustiosos de mi triste vida, encontré esto:

"Agosto 11. Larga carta a Pierre. Le digo todo cuanto pienso de los acontecimientos, rogándole que la conserve, pues el tiempo me falta para sacar copia".

Si tienes esa carta a mano, hazme el favor de mandármela lo más pronto posible. Quizá me sea muy útil.

Estoy tan ocupado, mi querido Pierre, que no escribo cartas, limitándome a enviar a mis amigos más queridos, trozos de papel como éste.

Abraza en mi nombre muy cariñosamente a Cristina, al pequeño Pierre, a Ana María, a Raïssa, a Vera y a Jacques. Me siento más padrino que nunca. Cuanto más envejezco, más los quiero.

LEÓN BLOY.

*

* *

Mévoisins, setiembre 19 de 1915.

69º aniversario de la Salette.

Mi querido Pierre:

Recibimos la noticia con emoción. Nosotros también esperábamos rezando, y tu carta nos llega en medio de la novena que hacíamos para que el acontecimiento fuera feliz.

He aquí que eres padre por tercera vez, ¡y de qué deliciosos hijos! Abraza a todo tu pequeño mundo en nombre del viejo padrino que tanto los quiere.

Querida, mi querida Cristina, en el momento en que escribo, el recién nacido recibe, acaso, el sacramento del bautismo. He ahí el verdadero milagro, el verdadero nacimiento. ¿No soy yo, por ventura, el abuelo espiritual? ¡Qué alegría para mí!

Ayer hemos tenido una gran pena, pero por mi parte la he aceptado sin protesta, comprendiendo que se nos pedía sufrir, que había algo que pagar. Era esto, seguramente. ¡Qué bálsamo divino, pues, esta mañana, sobre nuestra herida!

Dentro de pocos días volveremos a Bourg-la-Reine y podré verte al fin. Estos tres meses sin tu visita han sido para mí muy largos, te aseguro. Felizmente, he podido trabajar y orar.

Te abrazo cariñosamente.

LEÓN BLOY.

FIN

INDICE

Pág.

Prefacio 5

Cartas a Jacques y Raïssa Maritain 17

Cartas a Pierre y Cristina Van der Meer de Walcheren 137

Este libro se terminó de imprimir el día 30 de julio de 1953, en los Talleres Gráficos "Pedro Goyena", Herrera 541, Buenos Aires. — 2624. chaaa.